UN THRILLER PSICOLÓGICO



CUATRO HORAS DE OXÍGENO

RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Cuatro horas de oxígeno

Un thriller psicológico que te dejará sin aliento

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2025

© BRALTON BOOKS 2025

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2508242879531

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



A Eva y a su magia.

«Tres pueden guardar un secreto, si dos de ellos están muertos.»

Benjamin Franklin

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

¿Te gusta leer thriller policíaco?

Sumérgete en la **saga más exitosa de Riccardo Braccaioli**, protagonizada por el sargento Álex Cortés. Decenas de miles de lectores ya han disfrutado de sus investigaciones.
Al final de este libro podrás **descargarte totalmente gratis** la primera

investigación del inspector Álex Cortés.



Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Serie El Forense

El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado
Asesinato en la Academia



“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

1

Vivianne Blackmoor yacía en su ataúd, para sorpresa de todos. Siempre había sido una persona sana, y nadie se esperaba aquella muerte súbita con apenas cincuenta y tantos.

Para su hija Rebecca, la escena era como un *dejà vu.*

Primero fue su padre.

La muerte se lo llevó de un plumazo. Estaba sentado en un banco de piedra, bebiendo agua tranquilamente tras regresar de un paseo en bicicleta. Se agachó un momento y se quedó allí, petrificado, como una estatua en un cementerio. La iglesia del pueblo se abarrotó de gente. Su padre era un próspero empresario muy conocido por la comunidad de la zona.

Fue un duro golpe para una chica de diecisiete años.

Diez años después, la escena se repetía: una llamada inesperada. Una muerte repentina y un funeral exprés.

Le dio justo el tiempo de meter cuatro prendas en su mochila y acudir en coche desde Londres. Dejó su piso vacío y avisó de lo ocurrido en su trabajo como restauradora de arte.

Al llegar, Nikos ya se había ocupado de todo.

La presencia de ese hombre en esos momentos había sido un alivio a pesar de la sensación incómoda que siempre había sentido respecto a él. Siempre tan perfecto y oportuno en todos sus comportamientos. Incluso en el funeral de su esposa.

Nikos era casi veinte años más joven que su madre; habían contraído matrimonio pocos años después de quedarse viuda.

Veía a su madre feliz y eso, para Rebecca, era lo importante.

Pero eso ya era el pasado, porque allí estaba, delante de ella, con su mejor vestido y en un ataúd abierto. Entre lino y flores, era ella, pero sin decir nada.

Miró a la gente del banco anterior y lanzó la vista hasta donde pudo. La muchedumbre tapaba la entrada.

La lluvia seguía cayendo lenta. Como si, adrede, quisiera dar una atmósfera aún más tétrica al evento.

El viejo vicario entró en la iglesia y el murmullo fue disminuyendo. Sus pasos se difundieron por las frías piedras.

—Rebecca, tienes que pensar que no ha sufrido —susurró Nikos.

Ella se giró. Con un pañuelo, se secó las lágrimas.

Nikos le pasó el brazo por el hombro y la apretó hacia él. Fue un gesto rápido, casi involuntario, que rompía la etiqueta tradicional de la familia. La soltó enseguida y regresó a colocarse con la espalda recta.

—No me dio tiempo ni de despedirme —dijo la hija.

—No te preocupes, ella ahora está en un lugar mejor —contestó Nikos.

—Ya, pero eso no es ningún consuelo —replicó Rebecca con una sonrisa forzada—. Las madres no deberían irse de repente. Deberían dar tiempo a despedirte.

—A veces, las cosas suceden así, sin más. Sin una explicación lógica —replicó con un tono conciliador.

En el primer banco de la iglesia del pueblo, de madera oscura y estilo rural clásico de la campiña de Buckinghamshire, solo estaban ellos dos.

—¿Por qué no están mis primos y mi tía aquí con nosotros?

Nikos, que se sentaba en la parte del banco que daba al pasillo central, se giró y miró hacia la parte contraria de la fila de asientos. Levantó la cabeza ligeramente, como si quisiera señalar a un grupo de personas en una dirección.

—Ahí los tienes, han venido.

—Pero ¿por qué allí y no aquí con nosotros?

—Nosotros somos su única familia y tenemos que estar aquí delante… —dijo, y le cogió la mano— y unidos.

Ella miró sus manos envueltas por las del hombre, su tacto era sudoroso y frío.

«¿Única familia? Pero son más familia ellos que tú», pensó ella.

Rebecca saludó a los primos y a los tíos moviendo la cabeza.

El vicario se preparó para hablar. Golpeó el micrófono para ver si estaba encendido y el sonido de los altavoces se propagó por toda la iglesia.

—Levantemos los corazones para nuestra hermana Vivianne, que se ha marchado a los brazos de Dios —enunció el vicario, y arrancó con esas palabras la misa.

Rebecca hacía mucho, demasiado, que no rezaba, ya ni se acordaba.

El vicario se apartó lo justo del micrófono para que no se oyeran sus palabras. La iglesia se inundó del zumbido de los comentarios de los asistentes. Rebecca levantó la vista y miró a Nikos. Ese hombre, que le pasaba más de diez centímetros, rezaba en griego. Entre sus manos, sujetaba un rosario negro con un crucifijo también negro, casi aislado del ritual que se estaba desarrollando.

Fue entonces cuando Rebecca tuvo la primera visión y comenzó su lucha interna.

Al dejar de mirar a Nikos, se giró de nuevo hacia su madre. Desde donde estaba, solo podía ver la parte superior del rostro por estar tapado por la madera oscura.

Cuando estaban acabando la plegaria, lo vio.

La nariz de la madre se movió ligeramente.

Un acto casi reflejo. Como si le picara. Como cuando sientes un cosquilleo en la nariz y no te puedes rascar y la tuerces. Un respingo.

Los ojos de Rebecca se abrieron de par en par. Luego, la boca, dejándola abierta.

El miedo y la incertidumbre se apoderaron de ella.

Un escalofrío le recorrió su piel blanquísima tapizada de pecas.

Se giró con un gesto patoso, casi torpe. Consiguió ahogar un grito que casi salió solo; no quería ser el hazmerreír de la comunidad.

—¿Has visto eso? —balbuceó.

2

Nikos se giró hacia ella solo cuando acabó la plegaria.

—¿Qué dices, de qué hablas?

—Mi madre. ¿No lo has visto? Se ha movido —susurró.

Nikos encogió el cuello y la miró de reojo.

—¿Cómo dices? Eso es imposible —dijo mientras miraba a su alrededor por si alguien lo había oído.

Rebecca iba a responder y recordó las palabras que siempre le decía su padre: «Rebecca, piensa, nada es imposible si te lo propones».

No era la situación más idónea para aplicar los consejos de su padre, pero esa palabra, «imposible», era un cuchillo en su costado.

—Me ha parecido como si moviese la nariz, ¿no lo has visto? —dijo con un tono más alto.

—No grites, por favor —espetó Nikos—. Creo que te has confundido.

—Te lo juro, es que…

—No, escúchame, Rebecca —susurró Nikos con cariño—. Te entiendo, ¿sabes? Yo también perdí a mis padres muy pronto. Demasiado pronto. Era más joven que tú. Pero tienes que ser fuerte. Luego tendremos tiempo para hablar.

El vicario, que tenía una cabeza redonda y unas orejas enormes, poseía una voz aguda y profunda.

—Fieles, estamos aquí por un suceso trágico. Nuestro Señor ha llamado a nuestra compañera, nuestra madre, nuestra esposa, nuestra amiga, Vivianne, antes de lo que nos esperábamos. Esto nos llena el corazón de tristeza. El único consuelo que tenemos es que sabemos que va a estar en la casa del Señor, acompañada de la familia que la ha precedido.

Rebecca miró de forma fugaz a Nikos, ese «luego tendremos tiempo para hablar» la había tranquilizado parcialmente.

Apretó una pelota de espuma que tenía para desestresarse. La llevaba en el bolsillo del abrigo. Abría y cerraba la mano, nerviosa. Como en un acto reflejo que ya no controlaba, como el respirar o el tragar, o incluso el parpadear.

Era su escapatoria al estrés. De una caja comprada en internet, de las tres bolas ya había cogido la tercera, la más dura, la más resistente. Sus músculos se habían acostumbrado a las dos más blandas.

Rebecca se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Se levantaba y se sentaba por reflejo. Sin dejar de mirar a su madre, maquillada de forma sutil, peinada con el mismo estilo de hacía años, perfecta, como siempre le había gustado mostrarse. Se preguntó si habría aprobado su anodino vestido negro cortado a la altura de la rodilla y algo de vuelo.

Las plegarias y los violines se entremezclaban en el ambiente.

Llevaba tanto rato mirando a su madre que ya no sabía qué estaba viendo. Apartó la vista un segundo para secarse una lágrima que estaba bajando, arrastrando el rímel, cuando le pareció que lo había hecho otra vez.

Un movimiento rápido, casi reflejo, de la nariz.

Otra vez la nariz.

Abrió la boca y se giró hacia Nikos.

—¿Lo has visto ahora? —susurró otra vez.

—¿Cómo? —preguntó, distraído, separando su atención de la misa.

—Mi madre se ha movido otra vez. Estoy segura —insistió.

Nikos le cogió la muñeca, sin fuerza. Su mano era fría y húmeda.

—Rebecca, tu madre ha muerto. Lo siento, pero no podemos hacer nada por cambiarlo. Tienes que considerar que en esta iglesia está toda tu familia y medio pueblo. Controla tu ansiedad. Tienes que ser fuerte, no dejes que tus… —dijo, y se interrumpió.

Él miró en sus ojos claros, desubicados y perdidos. No era la primera vez que tenía que asumir las funciones de padre, aunque fuera postizo, para poner en orden la vida de la joven.

—Dejemos que el vicario acabe y luego iremos tú y yo personalmente a comprobarlo antes de que cierren el ataúd. Por favor, confía en mí —concluyó, esperando que Rebecca lo mirara—. Mírame a los ojos, Rebecca.

Ella se giró y lo miró con sus grandes y azules ojos.

—¿Confías en mí?

Ella no respondió de inmediato, la incertidumbre que siempre había tenido con respecto a él afloró más fuerte que nunca. Nikos empezó a fruncir el ceño y ella se apresuró a contestar.

—Sí —mintió.

—Bien. Gracias —respondió, satisfecho.

Rebecca bajó su mirada al banco de madera y se quedó callada durante el resto de la homilía.

Las dudas, como centenares de veces le había pasado, le inundaron la mente y el alma.

¿Era real lo que había visto? ¿O solo vio lo que hubiera deseado ver? Que su madre se levantara y se despertara. Que la tomara de la mano y se fueran juntas, pidiendo disculpas a todos los que habían acudido a la iglesia.

Pero no era así, su madre yacía en el féretro.

No dijo nada más hasta que la misa finalizó y entraron los hombres de la funeraria. Iban a proceder a cerrar el ataúd. Entonces se levantó Nikos, ofreciéndole la mano para que lo acompañara.

Rebecca se acercó a su madre ante la mirada atenta de toda la iglesia.

Él tocó el cadáver de su esposa. Apoyó la mano en el cuerpo sin vida. Acercó el reloj a la nariz y esperó que el vaho de la mujer empañara el cristal, cosa que no ocurrió.

—¿Ves? —dijo Nikos a Rebecca.

Ella solo pudo asentir. Se limpió otra lágrima. Nikos asintió a los hombres de la funeraria que estaban a punto de cerrar el ataúd.

—Un momento —interrumpió la hija.

Sacó un folio y lo enfiló entre los dedos de la madre.

—Por lo que no he podido decirte en vida, llévatelo contigo al otro lado. Buen viaje —susurró Rebecca, y apoyó los labios en su frente.

El beso fue sentido y largo mientras apoyaba discretamente una mano en la garganta de su madre.

Cuando se incorporó, lo hizo aún más confundida. Su frente estaba fría y su cuello, sin pulso.

«Nikos tiene razón, estoy teniendo alucinaciones», pensó.

Se quedó más tranquila y, al mismo tiempo, desorientada. Era verdad. Su madre había muerto. No había dudas.

Sin quererlo, como si fuera un acto reflejo, miró el reloj, eran las 9:25 cuando los trajeados hombres de la funeraria sellaron el féretro.

3

La vieja mansión Blackmoor era una vieja reliquia georgiana. Una villa que dominaba el pueblo desde una colina verde.

Los invitados que no habían podido asistir a la iglesia se acumulaban en la propiedad. El aparcamiento y los accesos a los jardines estaban llenos de coches, como nunca.

Los asistentes entraban y se encontraban un banquete con comida y bebida. Como una fiesta si no fuera porque todos iban de negro y con el semblante triste.

Una vez sellado el ataúd, lo llevaron en comitiva al cementerio anexo a la iglesia. Estaba rodeado por un murete de piedra cubierto de líquenes. El portón de hierro, siempre oxidado y ligeramente torcido, chirrió al abrirse. No era un camposanto grande, apenas una pradera salpicada de lápidas desgastadas por el tiempo, muchas con apellidos repetidos y flores marchitas. Lo más destacable era el mausoleo de los Blackmoor, de piedra por fuera y mármol negro por dentro. Una estatua de un ángel llorando y con las alas decaídas abrazaba el techo, protegiendo a sus huéspedes.

Luego, todos se dirigieron a la mansión Blackmoor, a unos tres kilómetros de distancia del pueblo, Rebecca entre ellos.

Aparcó su Land Rover entre los coches de los demás, encima del césped mojado.

Se quedó unos instantes a ver la fotografía que aparecía a través del parabrisas. Las gotas, lentas, bajaban por el cristal y picoteaban el techo del vehículo. Su casa, con tantos invitados, era casi irreconocible. Sus padres eran amantes de la paz y la soledad doméstica. Esa invasión de personas rompía con la imagen tradicional de la mansión e, inevitablemente, la devolvió al funeral del padre.

Sacó un par de pañuelos de la guantera y se limpió el maquillaje que se le había estropeado, mirándose en el retrovisor; sintió que era hora de entrar y afrontar la realidad.

Se metió por dentro del cuello del Barbour su largo pelo rojizo, se levantó las solapas y caminó hacia la casa.

Un empleado recibía a los invitados en la puerta. Cuando vio a la muchacha, le hizo una pequeña reverencia.

—Señorita Rebecca, le expreso mi más sentido pésame por su madre.

Ella asintió, forzando una sonrisa y un «gracias».

—¿Quiere que le guarde su abrigo, *milady*?

Ella negó y se sacudió las cuatro gotas de lluvia.

En cuanto entró, Rebecca se detuvo para ver qué la esperaba. El salón principal de la villa se abría frente a ella. Pequeños grupitos de personas hablaban en voz baja, cuchicheando y observando a su alrededor, dando la impresión de que, entre mirada y mirada, criticaban a los otros asistentes. Generaban un murmullo que creaba una capa acústica homogénea que solo era sobrepasada por una música de violines.

Camareros que no reconocía paseaban con bandejas con copas de vino y pintas de cervezas.

Rebecca sintió vacío y soledad a pesar de toda la gente que estaba en su casa. Le hubiera gustado coger el teléfono y llamar a su psicóloga, pedirle consejo, escuchar una voz amiga y que le dijera qué se suponía que tenía que hacer, qué decir, qué sentir.

Suspiró y recordó que el móvil estaba sin batería. Podía ir a su cuarto a cargarlo, pero no lo consideró urgente.

Levantó la mirada y reconoció a alguien al otro lado de la estancia. Unas amigas de su madre estaban hablando entre ellas. Siendo los únicos rostros conocidos, decidió ir hacia ellas, pero por el camino otros asistentes se acercaban a ella.

—La ceremonia me ha encantado, Helen —comentaba una señora en el comedor.

—No me habría perdido por nada del mundo su funeral. Margaret, ¿cómo puede ser que anteayer estuviéramos tomando el té en la cafetería de Henry y hoy estemos aquí? ¡La vida es tan extraña!

—No me lo puedo creer. Siempre piensas que la muerte repentina sucede a personas ajenas a ti, pero luego, el día menos pensado, te toca de cerca.

—Sí, sobre todo a las buenas personas. Las víboras siempre son las últimas en caer, quizá por eso me ha pillado tan de sorpresa el fallecimiento de Vivianne —comentó, maliciosa, Margaret.

La otra mujer abrió su bolsito pequeño y oscuro, colgado al hombro con una cadenita elegante, sacó un pañuelo de tela y se lo acercó a la boca para disimular una tos jocosa.

—Somos unas arpías… —dijo Helen.

En ese momento, Rebecca entró por la puerta y todos querían saludarla y darle el pésame. Los primeros fueron los primos y los tíos. Dijeron que se tenían que marchar, venían de lejos y solo podían pedir en el trabajo un día. Los despidió y prosiguió caminando entre los asistentes.

—Oye, Margaret, ¿esa no es Rebecca?

—Espera que me ponga las gafas, que no veo nada —dijo, se las colocó y afinó la vista—. Pues sí, es ella.

—No puede ser, ha adelgazado aún más, parece una de esas modelos anoréxicas de las revistas de moda.

—No exageres. Está delgada, pero no tanto. Qué raro…

—¿Qué te pasa?

—¿Y su chico?

—Ah, sí… el bombero. Estaba en el mes de marzo del calendario de bomberos del pueblo.

—Vivianne me dijo que lo dejaron cuando Rebecca aceptó el trabajo en Londres.

—Qué lástima. Espera, que la llamo —dijo, y levantó una mano para que la hija de la difunta las viera.

Rebecca, que ya las había visto, despidió a un matrimonio amigo de la madre y se fue hacia ellas enseguida.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bueno, ya sabes. Gracias por haber venido, Margaret.

—No digas eso. Somos las mejores amigas de tu madre, ¿cómo no íbamos a venir?

—Gracias, Helen.

—Ni lo digas.

—Con tanta gente, creo que sois las únicas personas que conozco de la familia, aparte de mis tíos, que ya se han ido —dijo con un tono triste.

—Por cierto, te hemos enviado un mensaje hace horas y ni siquiera lo has visto.

—Tengo el móvil sin batería, pero no lo voy a cargar. No tengo ánimos aún de responder mensajes.

Ellas asintieron y le sonrieron.

—Hacía tiempo que no te veíamos. ¿Qué tal por Londres, querida?

—Bien, no tiene nada que ver con la vida en nuestro pueblo.

—Ya lo sé. Londres es un nido de delincuencia y estafadores.

Rebecca se encogió de hombros.

—No, Margaret, hay de todo. Es una ciudad preciosa y la gente ha sido muy buena conmigo.

—¿Y pareja? ¿Has encontrado a alguien? —preguntó con tono de maruja.

—No —dijo, categórica—. Nadie. Mejor así.

—¿Y ese chico? Sí, el bombero. ¿Ya no lo ves?

—¿Te refieres a Elijah? —dijo Rebecca, y esbozó una fugaz sonrisa—. No, es agua pasada. Y como se dice, agua pasada no mueve molinos. —Suspiró—. Perdonadme, voy a buscar algo de comer, me acabo de dar cuenta de que llevo desde ayer sin tomar nada.

—Claro, Rebecca, come, que estás en los huesos.

Sonrió y se apartó de las amigas de su madre.

Fue a buscar una mesa con comida, pero cuando llegó a la primera, solo había cordero, faisán, minihamburguesas y tartaletas con mayonesa con colores horribles.

Dejó la primera mesa y fue a la siguiente.

—Mis condolencias —dijo un hombre anciano con chepa y más alto que ella varios palmos.

—Gracias.

—Mi pésame —intervino una mujer con un vestido negro, muchas joyas al cuello y un diente manchado de carmín rojo.

—Lo siento en el alma. Era muy joven.

—Lo siento, mi pésame. Cincuenta y ocho años, estaba en la flor de la vida.

—Ya, gracias —respondía a las personas que iba encontrando por la sala.

Cuando casi llegó a la segunda mesa, en búsqueda de algo vegetariano que comer, se apartó una cortina y la figura de un hombre que la sujetaba apareció.

Era Nikos aflorando de la nada.

Le dio un buen susto.

Le hizo una señal para que lo acompañara a la sala oculta tras la cortina y Rebecca dudó antes de hacerlo.

4

Nikos, con su elegancia y sensualidad griegas, la había invitado a entrar en un cuarto de estar de los que siempre se había preguntado Rebecca por qué estaban en esa casa, ya que nadie los usaba.

Él le encontró de repente un uso: hablar con ella.

¿De qué querría hablarle?

—Me has asustado —dijo Rebecca.

—Lo siento —se disculpó Nikos—. Solo quería decirte que lamento la situación…

Ella giró la cabeza hacia un lado, sin acabar de entender si lo decía en serio o si de su boca solo salía lo que ella necesitaba escuchar.

Tragó saliva y se aclaró la voz.

—Te digo que la he visto moverse. ¡Estoy segura!

—Rebecca —dijo con tono comprensivo y se acercó a ella—, ¡tu madre ha muerto! Y, por desgracia, no podemos hacer mucho ya.

Ella ladeó la cabeza y él la abrazó.

Se dejó abrazar casi paralizada por el gesto del hombre, ya que rara vez solía mostrarse cariñoso. Se quedaron unos segundos así hasta que ella se apartó con movimientos suaves.

—He comprobado yo mismo que lo estuviera, lo viste tú también. ¿Te acuerdas? Entiendo que sea una situación difícil, es duro perder al último familiar que te queda, pero tienes que ser fuerte.

—¿Fuerte? No sé cómo voy a serlo, ni siquiera me he despedido, no he podido hablarle, ni mirarla una última vez a los ojos.

Él torció la boca y asintió.

—Lo siento. Ya te lo he dicho, te quería mucho.

Se quedaron en silencio unos segundos. Ella se miraba las manos, unas manos pecosas con dedos largos y uñas cuidadas.

—Me recuerdan a las de tu madre —comentó él.

Ella asintió y suspiró como si fuera a decir algo.

—Pero… —la animó él a que hablara.

—Pero la vi moverse… —insistió a pesar de que ya sabía la respuesta.

Nikos miró al techo por un segundo y, después de resoplar, apoyó las manos en sus brazos.

—Rebecca, escúchame —dijo como si lo que iba a decir le pesara más que arrastrar un coche con una cuerda—. Ya no te reconozco. Entiendo que te marcharas a Londres, este lugar es tan… opresivo. Pero tienes que demostrar, en los momentos de necesidad, que eres una Blackmoor, ¿sabes? —se lamentó Nikos, y la soltó.

Su voz y su rostro se habían apiadado de ella.

—Lo siento, es que… Te lo prometo —levantó los ojos llorosos y miró al marido de su madre—, me pareció ver a mi madre moverse.

Nikos sonrió comprensivo.

—Respira, Rebecca.

Ella obedeció.

Una vez realizadas las respiraciones, ella abrió los ojos.

Él sonrió de nuevo y le preguntó si se encontraba mejor.

Ella mintió, devolviendo una sonrisa tímida y veloz.

—¿Qué hacemos, volvemos con nuestros invitados?

Ella asintió, sin estar muy convencida. Si por ella fuera, se habría quedado allí dentro hasta el día siguiente.

—Has organizado todo tú, ¿verdad?

—Es lo mínimo por tu madre.

—Has llamado a todos muy rápido y el *catering*, y la música, y los servicios fúnebres…

Nikos se rascó la nuca. El pelo largo, que siempre llevaba cuidadosamente peinado, se desajustó y enseguida se pasó la mano para arreglarlo. Siempre lo había considerado como un dandi y un perfeccionista con su cuerpo, con su pelo y con su ropa. Ella había sido igual en otra época, quizá por eso la asqueaba tanto. Había crecido intentando ser perfecta, tal y como su apellido

exigía, como le habían inculcado. Ahora, no prestaba demasiada atención a su imagen, solía vestir ropa casual de tonos oscuros que compraba cerca de su piso en Londres. No necesitaba más ni impresionar a nadie; su pelo rojizo ya era bastante llamativo de por sí sin tener que añadir adornos, un color que nunca le había gustado. La hacía sentirse diferente. En el exclusivo instituto donde había cursado la secundaria o en la universidad, donde fuera, se sentía rara. Hubiera preferido ser rubia como sus amigas, o morena, que era mucho más elegante a ojos de su madre. En ese punto de su vida, le bastaba con un cepillado y listo. Un pelo tan lacio y fino como el suyo era fácil de cuidar. Y a pesar de su poco interés en llamar la atención, aun así, lo hacía, no por ser pelirroja o por su vestimenta, sino por su belleza elegante y serena.

—Pagando, la gente se encarga de todo, Rebecca. Por eso, en poco tiempo se ha podido organizar todo.

—Te agradezco que te hayas encargado.

—Es lo mínimo por tu madre —volvió a decir.

Se quedaron en silencio unos segundos hasta que él movió la cabeza en dirección a las cortinas.

—¿Qué?, ¿vamos?

Ella asintió.

—Ve tú primero.

Ella salió de la salita.

La visión de su madre moviéndose la perseguía como una sombra que no le pertenecía. Pero sí supo apreciar que estaba algo más tranquila, aunque la pesadez en su alma no se había disipado del todo. Respirar y hablar con Nikos le había ido bien. Tenía que hacer caso a lo que le había dicho la psicóloga. Reconoció que Cressida Byrne era la mejor en su disciplina y ahora, en su casa y por primera vez, echaba de menos llamarla.

El estómago de Rebecca seguía quejándose. Tenía que buscar algo para comer, no tenía sentido que todos comiesen en el funeral de su madre y ella no.

Pasó al comedor principal y buscó entre las mesas algo para aplacar esos sonidos. Pero nada era de su gusto. Intentaba disimular su presencia entre los invitados evitando cruces de miradas que llevasen a conversaciones fútiles con gente que no había visto antes.

Llegó a una mesa redonda en una esquina donde una persona del servicio estaba cortando una tarta.

«¿Una tarta? ¿Qué demonios es esto, una boda o un funeral? Toda esta gente ha venido para llorar un rato y comer como beduinos hambrientos después de haber cruzado el desierto», pensó Rebecca.

El hambre la ponía más nerviosa e irascible. Entonces escuchó el repiqueteo de un cristal. Era Nikos golpeando con un cuchillo una copa de *champagne*.

—Quisiera proponer un brindis. ¡Brindemos por Vivianne! La mujer más elegante, más generosa… más inolvidable que hemos conocido —dijo, y siguió con un tono más bajo—. No te olvidaremos jamás.

—¡Por Vivianne! —respondieron todos mientras levantaban las copas del dorado espumoso burbujeante.

Luego bebieron.

Rebecca había cogido una copa de una mesa y la levantó. Sin embargo, en lugar de beber, la dejó en el mismo lugar y desapareció como un fantasma.

Entró en el bullicio de la cocina.

Caminó entre camareros de la casa y otros del *catering* que Nikos había contratado. Su tranquila mansión parecía un hotel en Nochebuena.

Siguió hasta encontrar a Claire. Esperó a que acabara de arreglar unas tartaletas en una bandeja que sujetaba un camarero. Cuando acabó, indicó al joven que saliera y este se fue rápidamente.

Al girarse, Claire la vio.

—Pequeña princesa. No sabía si te vería —dijo Claire, y las dos se abrazaron—. Mi pequeña zanahorita que ya es una mujer. Lo siento muchísimo.

—Gracias, Claire.

—Ha ido todo demasiado rápido.

—Lo sé. He venido enseguida, pero Londres es un caos, salir, el trabajo, mi jefe. En fin.

—Tranquila, si hubieras llegado antes, no habrías podido hacer mucho más.

—Eso me temo.

—Mírame, estás en los huesos. ¿Qué haces en Londres? ¿Comes? ¿Alguien te cuida?

—Déjate de preguntas, por favor, no es día de confesiones.

Claire, que era una mujer de unos cincuenta años pasados y muy fornida, la miraba con sus ojos grandes y oscuros. Ella había sido más que una camarera, más que una sirvienta, casi una amiga, casi una tía.

—¿Tienes hambre?

—Muchísima, y todo lo que hay allí fuera lleva cerdo o es grasiento o con mil salsas.

—No me hagas reír, pequeña zanahoria. Te has vuelto muy fina en la *city*… Te voy a preparar algo yo. Siéntate en el comedor.

—No, prefiero aquí. No conozco a casi nadie allí afuera.

—Está bien. Yo te preparo un platito vegetariano para chuparse los dedos.

Rebecca dio las gracias y se sentó en el escalón de la puerta que daba al patio trasero de la cocina. Esa vista del jardín, bajo el pequeño porche de madera que la resguardaba de la lluvia, le recordaba a su infancia. Esperar a que las galletas se horneasen o a que Claire le preparara un vaso de leche con cacao o, simplemente, tomarse en silencio un zumo en un caluroso día de verano. Era curioso que sus recuerdos más entrañables no fueran con su madre a pesar de lo mucho que la entristecía su pérdida. Sintió un pinchazo en el corazón.

Estuvo tentada de sacar un cigarrillo del paquete que guardaba en el bolsillo del Barbour. Sin embargo, optó por la pelota antiestrés. Ejercitando los músculos y distrayendo la mente de las ganas de nicotina. Mientras observaba el patio, le llamó la atención una caja de cartón con la foto de una trituradora en el frontal, tirada junto a los cubos de la basura.

Pasados unos minutos, apareció Claire con un maravilloso plato de alimentos variados, todos vegetarianos, a cual más colorido.

—Aquí lo tienes.

—Gracias, Claire. ¿Cuándo han comprado una trituradora? —preguntó, señalándola.

—¡Oh! Llegó esta mañana a primera hora. El señor Drakos pidió que la subieran al despacho de tu madre nada más llegar.

—¿Estás segura de que la pidió él?

—Sí, venía a su nombre —dijo y se encogió de hombros.

5

La imagen de la caja hizo crecer en Rebecca la inquietud que no había parado de molestarla desde que recibió la noticia de la inesperada muerte de su madre.

Dejó de apretar la pelota antiestrés.

Había sido casualidad que la falta de comida vegetariana la hubiera empujado a ir a la cocina para conseguir algo de comer. Y sentada en el mismo lugar que de niña esperaba leche y galletas con chispas de chocolate, encontrara aquello.

Dejó el plato y se acercó a la caja.

No daba lugar a malentendidos. La etiqueta del transportista decía claramente que era para él, para Nikos. Además, era un paquete exprés con un sobrecargo por transporte rápido. Eso era muy extraño porque su madre casi nunca tiraba papeles, lo guardaba todo en carpetas muy bien organizadas.

¿Qué quería destruir Nikos que incluso había pagado un porte urgente?

¿Y por qué?

Apartó la caja y agarró el plato. Comenzó a comer de forma voraz, casi sin darse cuenta de los sabores.

La aparición de Nikos en la casa y en su vida había sido de forma abrupta y repentina.

Una mañana, al bajar a desayunar, se encontró a ese hombre en la mesa del desayuno.

Enseguida fue amable con ella, pero el lugar de su padre no podía ser sustituido tan fácilmente.

No entendía qué veía su madre en ese hombre.

Luego, llegó Elijah y Rebecca probó el sexo. Entonces entendió muchas cosas.

Su madre era una mujer guapa, se conservaba muy bien, era elegante y, lo más importante, muy rica. Al enviudar, los hombres intentaron seducirla. Pero solo Nikos, al que conoció en un crucero, lo consiguió.

Y así hasta ese momento. Hasta esa caja trituradora de documentos.

Sin darse cuenta, recordando esos sucesos, Rebecca se comió el plato de huevos duros, humus, cereales y pan integral. Se levantó y dejó el plato en la pila, en medio de la marabunta que era ese día la cocina.

Regresó al recibidor y subió por la escalera que llevaba al piso de arriba. A cada escalón, con la mano, apretaba la pequeña pelota de su bolsillo.

Llegó al primer piso. Las voces y la orquesta contratada para ese evento en honor a su madre resonaban allí. Las notas del cuarteto de cuerda, que ejecutaba magistralmente una partitura de Hauser, *Adagio in sol minore mi 26*, acompañaron a Rebecca hacia su destino.

Caminando por el pasillo, tuvo una sensación extraña. Era su casa, sí, del linaje de la familia Blackmoor, pero hacía años que ya no la sentía su hogar. Era un lugar donde visitaba a su madre. Prefería la fría e impersonal Londres antes que esas paredes que la hacían sentir incómoda.

Su curiosidad crecía con cada paso que daba en ese lugar. De igual manera, su ansia se incrementaba por hacer algo que siempre había tenido prohibido: hurgar entre las cosas de su madre.

Llegó a la puerta.

Miró a su alrededor por si alguien la veía, como una extraña, como si fuera un invitado del banquete y hubiera acudido para robar un collar de diamantes en alguna supuesta caja fuerte.

Apoyó las manos de dedos largos en la maneta. El frío del metal le pareció que la quemaba.

Apretó el hierro forjado y el despacho de su madre no se abrió, estaba cerrado.

Maldijo. Seguramente, por el funeral y la invasión de invitados, lo habían cerrado para evitar posibles sustracciones de objetos de valor, pensó Rebecca.

O eso era lo que se quería justificar.

Pero, al mismo tiempo, la verdad que sentía era más profunda, más afilada.

Tenía que conseguir abrir esa puerta.

Ella no tenía la llave. Solo había una copia, por lo que recordaba. La que tenía su madre y que, seguramente, habría sido la que Nikos había usado.

También había otra opción. Ferdinand, el mayordomo, guardaba la llave maestra desde que, ya en época moderna, la casa fue rehabilitada y se cambiaron todos los bombines de las cerraduras.

Ferdinand nunca le había caído bien, tal vez porque siempre la mandaba a freír espárragos con su exquisita elegancia inglesa. Pero tenía que intentarlo.

Se giró hacia las escaleras. Como un huésped inesperado, el miedo la bloqueó. Quizá era mejor esperar.

Pero algo le decía que el tiempo apremiaba.

Debía abrir esa puerta lo antes posible, aunque solo la idea de hablar con ese hombre o buscarlo o acercarse le provocara sarpullido.

Bajó de nuevo las escaleras y se apresuró a buscar al mayordomo entre los invitados que lo paraban para darle el pésame, haciéndole perder el tiempo.

Buscó en el comedor y en la biblioteca. En la cocina y en el pasillo de la entrada. La aguja de los segundos pasaba y no lo encontraba.

«Quizá no es una buena idea, quizá lo mejor es esperar», pensó.

Y entonces lo vio entre la gente, en la sala de música, donde su madre solía tocar el piano de cola.

Entró y se fue acercando con paso ligero.

Llegó frente a él.

Este, al verla, le hizo una ligera reverencia.

—Mis condolencias, *milady*.

—Gracias, Ferdinand —dijo mirándolo.

Había envejecido, quizá el que más en esa casa. Sus entradas de pelo, en poco tiempo, se habían convertido en una calva. Su piel, cada vez más arrugada. Sin embargo, su elegancia y pausados movimientos no habían cambiado. Ni siquiera su uniforme, compuesto por chaqué, camisa blanca con corbata, pantalón de rayas, guantes blancos y, cómo no, zapatos negros perfectamente lustrados. Como siempre, impoluto.

—¿En qué puedo ayudarla?

Rebecca tragó saliva e intentó respirar ocho veces. Se conformó con tres.

Se armó de valor para hablar con ese hombre, ya no era una niña y no debía temer que le contara a su madre sus travesuras.

6

Solo quedaba humo entre los escombros.

De las mangueras seguía saliendo agua, pero ahora eran solo gotas, las restantes que quedaban cuando se dejaban de usar.

El viejo granero se había calcinado. De las piedras centenarias y del tejado de tejas rojas solo había quedado polvo y ruinas. Ladrillos mugrientos y humeantes. Pequeños amasijos de hierro y objetos imposible de saber qué habían sido antes del fuego.

Las llamas habían exterminado todo lo que había dentro.

A pesar de la humedad del lugar y de la rápida intervención de los bomberos, del almacén rural no quedaba nada.

Solo los animales, evacuados por la emergencia, se salvaron junto al tractor, que reposaba ese día de poco trabajo en el campo.

—Señor Goodbeld, dejaremos la zona vallada con una cinta. No puede entrar, tienen que venir mis compañeros para determinar el origen del incendio —dijo Elijah al dueño de la granja.

—Entendido —contestó, desanimado.

—Lo siento.

—No se preocupe, sargento. Han hecho lo que han podido —murmuró, y se dio la vuelta para entrar en su casa.

El sargento Elijah Thornhill no estuvo de acuerdo con la reacción del viejo granjero. A pesar del esfuerzo, solo habían podido salvar a los animales y el tractor. La estructura la habían devorado las llamas.

—Hemos hecho todo lo posible, ¿me oyes? —comentó un compañero.

—Lo sé, pero eso no quita que ver esto me duela —dijo, observando las cenizas.

—Hemos salvado esos animales y casi te dejas el pellejo en ese infierno. No te fustigues por nada.

—Lo sé, pero…

—Pero ¿qué? Ese viejo cascarrabias debería haberte dado las gracias por lo menos, ¿no crees?

—En fin —contestó mientras enrollaba las mangueras del camión para regresar al parque de bomberos de Hambleden.

—Oye, ¿te has enterado del funeral? —preguntó el compañero.

—Sí, claro, ¿quién no se ha enterado?

—¿Y por qué no has ido?

—Porque no podía —respondió Elijah, indicando el lugar del incendio.

—Bobadas, jefe. Habría venido otro en tu lugar.

—No, tenía que venir yo. Me siento responsable.

—¡Menuda tontería! Todos están en casa rascándose la barriga, John o Gregory habrían venido si los hubieras llamado. ¿Por qué no has ido al funeral de tu exsuegra? —espetó.

Elijah hizo caso omiso. Seguía enrollando con precisión las mangueras que aún escupían agua a cada estirón que daba.

—¡Jefe! —dijo, y pisó la manguera para que parara.

—Está bien. Te lo voy a decir, ¿vale? Es que no me han invitado. No querían que fuera. Eso es todo. Además, aquí me necesitaba mi pueblo.

—Déjate de rollos, jefe. Podías haber ido igualmente. Siempre me has dicho que la señora, la madre de Rebecca, siempre fue correcta contigo. ¿Por qué demonios no has ido?

Elijah miró al suelo mientras se mordía un labio.

Ver a Elijah, un jefe de bomberos fuerte y musculoso, con esos pensamientos, incertidumbres y miedos no era habitual.

Al ver que no contestaba, se acercó más.

—¿Sabes que ha vuelto de Londres?

Él de repente subió los ojos y los bajó enseguida.

—Lo suponía.

—¿Cómo que lo supones, no lo sabes?

—Le he escrito, no me contesta. De hecho, no ha recibido el mensaje, creo que me tiene bloqueado. ¿Sabes qué quiere decir eso?

—Una tontería, a lo mejor no te contesta por los miles de mensajes que habrá recibido.

—No, me tiene bloqueado. No quiere saber nada de mí —respondió, desconsolado Elijah.

El compañero puso cara de pícaro.

—No lo sé, pero yo… iría a verla de todas formas.

—¡Qué va! —dijo con un movimiento, dando a entender que era una mala idea.

—Sí. Creo que deberías ir a verla y decirle que aún la tienes en tus contactos como «Becky» y un corazón —dijo el otro mofándose.

—Maldita la vez que te lo dije —espetó el bombero, y se puso firme, a la defensiva—. Venga, deja de hablar y ayúdame a terminar esto. Tenemos que volver a la central.

7

En un segundo, la habitación se vació de invitados y la mansión de los Blackmoor se quedó en silencio.

Todo se detuvo alrededor de las palabras del mayordomo.

Rebecca hundió la cabeza entre los hombros; hubiera preferido comerse un sapo antes que afrontar esa conversación.

Nunca le había gustado hablar con desconocidos, no habría valido para ser vendedora a puerta fría.

Los conflictos tampoco le gustaban, pero desde que vivía en Londres, en muchas ocasiones, se las había tenido que apañar sola. La psicóloga, Cressida, había conseguido que diera pasitos en su rutina: una conversación fútil en una cafetería, pedir ayuda al chico del supermercado porque no encontraba un producto, aunque supiera perfectamente dónde se encontraba, un intercambio de palabras en un autobús… Pasos que le sirvieron para mejorar su fobia social.

—Ferdinand —balbuceó—, necesito un favor.

—Sí, *milady*, dígame.

Al cruzar por un instante sus miradas, ese hombre, al que consideraba tosco y enfermizo, no se lo pareció tanto como en sus recuerdos.

—Verás… —dijo, y se armó de valor.

La casa era suya y de su familia, no debía tener miedo de pedir algo que era suyo.

—Necesito entrar en el despacho de mi madre —soltó, y dio un suspiro.

Ferdinand arrugó las gruesas y tupidas cejas.

—Claro. Me imagino que tendrá que entrar por el motivo que sea —dijo, y esperó un segundo.

Rebecca interpretó que ese silencio por parte del mayordomo era para que le diera explicaciones. Sin embargo, ella no tenía intención de darlas.

—En fin, vayamos, le abriré.

—¡No! —La voz le salió más ahogada de lo que pretendía.

Se recompuso y miró a su alrededor. Los invitados ignoraron la subida de tono de la muchacha. La música siguió sonando y todos continuaron hablando y comiendo.

—¿No? ¿No quería entrar en el despacho?

Ella tragó saliva.

—Preferiría que me dieras la llave. Iré yo misma al despacho cuando pueda.

—¿Mi llave maestra? —preguntó, horrorizado, como si le hubiera pedido un riñón o el corazón mismo.

Rebecca se pasó la lengua por los labios y respiró hondo.

—No quiero distraerte de tus tareas y… —dijo sin saber qué excusa inventar hasta que de repente recordó que el hombre había respetado a su padre por encima de todo—. Ya sabes, discreción, como decía mi padre.

El padre de Rebecca siempre decía que los mejores mayordomos eran los que guardaban los secretos y tenían la discreción como religión.

Ferdinand, alto y delgado, siempre se mostraba firme y solemne, pero, al nombrar a su padre y sin que Rebecca supiera cómo, se puso aún más recto.

El mayordomo asintió.

—Entiendo —dijo con resignación.

La verdad era que Rebecca no sabía qué había entendido Ferdinand, pero le dio lo que más custodiaba en esa casa: la llave maestra. El tesoro que le daba acceso a todo y la convertía en la persona más importante allí dentro.

Rebecca la cogió con sumo cuidado.

—Solo le pido una cosa, *milady*, que me la devuelva cuando haya acabado. Por favor —exigió, y bajó la cabeza al dársela.

Ella sonrió y la guardó en el bolsillo del Barbour, junto a la pelota de espuma.

Le dio las gracias y no perdió ni un segundo en dirigirse hacia las escaleras que llevaban arriba.

Miró a su alrededor intranquila; a pesar de que la casa era suya, lo que iba a hacer no estaba precisamente en los libros de etiqueta para señoritas.

Introdujo la llave y se coló en el despacho de su madre.

Al cerrar la puerta, la fiesta bajó de volumen. Sus oídos agradecieron ese alivio. La música, los platos y el continuo zumbido de voces de gente extraña pasaron a un segundo plano.

Cerró los ojos apoyada en la puerta.

Hacía tiempo que no entraba allí, desde que Nikos había irrumpido en sus vidas. Le pareció más asfixiante de lo que recordaba, quizá porque las cosas de su padre habían sido sustituidas por la fuerte personalidad de su madre, que empezó a usar aquel espacio tras la muerte de su marido.

Sin embargo, había conservado el mobiliario principal, lo que le sacó una pequeña sonrisa durante unos segundos. Se vio en las rodillas de su padre mientras leía el periódico, en el sofá, leyendo mientras él hablaba por teléfono con el responsable de alguna fábrica al otro lado del planeta, o en la enorme alfombra persa con unos cubos de madera y unos cochecitos de juguete.

En su mente, todo era igual, casi perfecto solo por un detalle: faltaba su padre.

Miró el reloj.

Arrugó el ceño y, antes de ir directamente a buscar la trituradora, cerró con la llave y se la guardó en un bolsillo.

Estaba justo al otro lado de la mesa, como resguardada.

Era como un animal en reposo. El artilugio la miraba y ella lo miraba a él. Se veía bastante limpio, como si no se hubiese usado. Pero cuando se acercó, el pequeño objeto eléctrico tenía en su interior una sorpresa.

Se acercó más y lo confirmó. Eran verdad sus temores, Nikos ya lo había usado: en su barriga transparente se veían unas tiras de papel.

—¡Maldición! —susurró Rebecca—. ¿Qué diablos has destruido, Nikos?

Se sentó en la silla del escritorio para pensar. El tiempo pasaba y en su interior no sabía por qué era tan importante.

Abrió el cajón derecho para buscar un rollo de celo y encontró un frasco de pastillas que no había visto antes. “Escopolamina”, leyó extrañada. No le sonaba que su madre tomase ninguna medicación. Lo dejó en su sitio y cogió el celo. Luego desconectó de la corriente el triturador. Lo agarró y lo llevó a la mesa de lectura, así la llamaba su padre.

Separó el depósito transparente del resto del artilugio. Volcó su contenido en la mesa y lo observó. Se quedó estudiándolo unos segundos.

Había tiras de varias tonalidades. Las había amarillas, blancas con rayas y con escritura de bolígrafo y blancas mecanografiadas.

Se dio cuenta de que había solo tres o cuatro páginas trituradas, lo que era una bendición si quería seguir con esa idea alocada.

Dividió las tiras en cuatro montones.

Cuando se puso a ordenar las tiras amarillas, un ruido de pasos la detuvo. Su sangre se heló. Si alguien entraba en ese momento, la pillaría completamente in fraganti.

Sintió calor a pesar del frío afilado que hacía en esa estancia sin calefacción.

Los pasos se ralentizaron delante de la puerta; luego, siguieron, sin detenerse.

Respiró de alivio y siguió con su misión.

Cuando tuvo todos los recortes amarillos alineados y en el orden correcto, los unió con celo.

Una vez acabada la operación, leyó el documento.

Era un seguro de vida.

«Copia para el cliente», ponía en un lado.

Su madre, pocos meses antes de morir, había nombrado beneficiario de una póliza de vida

a Nikos Drakos.

Un millón de libras esterlinas da para vivir bien el resto de la vida, se dijo Rebecca.

Pero no estaba satisfecha, quería saber más.

Cogió los otros montones de papeles y siguió el mismo procedimiento. Primero, el blanco con rayas azules y luego, los otros.

De más fácil a más difícil.

El papel de rayas azules era una nota de su madre, de una libreta.

En la parte superior, apuntes banales: citas con el médico, el dentista, tareas de llevar flores a la tumba de su difunto marido, la revisión del coche, pedir hora en la estetición y en la peluquería, una cita con sus amigas para el té de las cinco en la cafetería del pueblo.

Pero debajo estaba el mensaje que, seguramente, Nikos había querido esconder.

Solo había una frase.

Una frase que hacía de ese papel una amenaza y un tesoro a la vez.

«Lamento no haberle dicho la verdad a tiempo; si me ocurriera algo… Ojalá encuentre mi diario».

—¿Qué verdad, mamá? —susurró, sintiendo que le faltaba la respiración al ver confirmadas sus sospechas de que en la muerte de su madre había algo muy raro.

El fallecimiento repentino, la nariz moviéndose dentro del féretro, la insistencia de Nikos de que eran imaginaciones suyas, la trituradora…

Nerviosa, encajó las otras tiras y resultó ser la copia de un testamento en el que Nikos no era el heredero único, sino solo de las inversiones, una parte muy pequeña de la herencia.

Cuando estaba leyendo con atención, la letra pequeña de ese endiablado texto apretujado y cortado y de nuevo reconstruido, unos pasos se detuvieron en la puerta.

¿Cómo no había oído los pasos subir por la escalera o por el pasillo?

Rebecca se sintió atravesada por un miedo inexplicable, como un rayo que le cruzó el cuerpo.

De repente, una llave entró en la ranura exterior de la puerta.

Una vuelta.

Dos vueltas, las mismas que había cuando ella entró en el despacho.

La puerta se abrió y llenó de ruido la habitación.

Era Nikos.

8

Unos cinco años antes, Vivianne había conocido a Nikos.

Entre todas las posibilidades que tenía, había decidido realizar un crucero.

La soledad de la viudedad y una fría y lluviosa primavera en la campiña hicieron que sintiera que necesitaba un respiro.

Invitó a una de sus mejores amigas, Margaret, a un crucero por el Mediterráneo, y se fueron.

Vuelo de Londres a Barcelona y luego, en barco. Una *suite* con todos los lujos. Los americanos eran los ases del todo incluido y de la *hospitality deluxe*.

Desde su terraza, vieron los puertos de Valencia, Palermo, Venecia, y toda Croacia y Grecia.

Las noches pasaban rápido. Cena en los restaurantes de culturas exóticas, espectáculos, alguna apuesta en el casino y finalizaban la noche en la barra de algún *pub* mirando los traseros de los hombres y riéndose de alguna barriga cervecera o de alguna calva precoz.

Fue en Santorini que, en lugar de bajar como los demás, Vivianne y Margaret decidieron quedarse en el barco, disfrutando del sol griego y de la piscina.

Ya habían visto esa isla y preferían disfrutar de un barco casi vacío de huéspedes en el día más codiciado de la travesía.

Un buen libro, crema solar y muchas caipiriñas. Por ese orden.

Hasta que, dos tumbonas más a la derecha, se sentó un hombre moreno, de pelo largo y barba corta pero cuidada.

Rápidamente, entró en el radar de las dos mujeres.

Un salto en la piscina para mostrar sus pectorales y sacó de la bolsa un libro, un *thriller* policíaco del mismo autor que leía Vivianne.

Ella lo vio enseguida.

—¿Le gusta Märćhiker? —preguntó Vivianne con un tono de superioridad y una pizca de curiosidad.

El hombre se detuvo delante de la mujer, cubriéndole el sol, de modo que ella se quitó las gafas.

—Soy un gran apasionado de los escritores nórdicos, sobre todo de Märćhiker, ¿usted también? —preguntó el hombre con un inglés perfecto, pero con un marcado acento griego.

Sus bíceps eran esculturales y los abdominales, como los del mismo Discóbolo de Mirón.

Llevaba un ajustadísimo bañador que marcaba, de forma casi ridícula, sus atributos.

Vivianne levantó el libro, era el mismo título y del mismo formato del hombre.

Los dos sonrieron.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo que no ha bajado a la isla más ansiada?

—Soy de aquí, he nacido en estas islas. No me hace falta verla otra vez.

—¿Y qué hace un griego en este crucero?

—Disfrutando de unos días de relax. Como vosotras, me imagino.

—¿Quiere sentarse con nosotras? —dijo con tono pícaro Margaret.

El hombre pidió permiso a Vivianne y, acto seguido, no dejó pasar la oportunidad.

Se sentó a su lado y, desde ese momento, no se despegaron, ni siquiera esa noche.

Acabaron el crucero y cada uno cogió el avión correspondiente de vuelta a su país. Vivianne, a la remota campiña y Nikos, al centro de negocios de Milán, donde trabajaba en una consultoría financiera.

La separación solo duró hasta el siguiente fin de semana, cuando él cogió un avión para encontrarse con Vivianne en la mansión Blackmoor.

El resto de su relación se sucedió con la misma celeridad que tiene el agua en el salto de una catarata.

Al año, ya estaban celebrando el matrimonio.

9

La maneta bajó y, poco a poco, la puerta dejó entrar el ruido de la gente en la planta inferior.

Nikos apareció en el umbral.

Se quedó mirando en silencio e hizo un escaneo a la habitación. A simple vista, todo estaba en orden.

Entrecerró los ojos para identificar si había algo fuera de lugar o incluso alguien en ese espacio. Todo aparentaba estar tal y como lo había dejado antes de acudir al funeral.

Cerró la puerta.

Se adentró un par de pasos y sacó el móvil.

Lo miró durante varios segundos mientras susurraba algo en griego incomprensible. Comenzó a teclear la pantalla para mandar un mensaje de texto.

«¿A quién le manda un mensaje?», pensó Rebecca.

Su aguda vista salía de una fisura del escritorio de su padre. Una fisura tan pequeña que el hombre no habría conseguido identificarla. Siempre que no se acercara mucho más, pensó Rebecca.

Rezó para que se fuera y la dejara sola, pero él arrancó a caminar hacia ella.

Dio un paso hacia el otro lado del escritorio.

Un segundo paso.

Ya se estaba imaginando qué decir o hacer cuando el hombre hubiese llegado a la silla y la viera.

Entonces alguien le mandó un mensaje a Nikos. Su móvil sonó una vez.

«Muy oportuno», pensó Rebecca.

El hombre leyó el mensaje y cambió de dirección.

Abrió la puerta y salió.

Dio dos giros de llave y sus pasos se diluyeron en la confusión de los invitados.

Rebecca suspiró de alivio.

Apoyó la cabeza en la madera maciza del escritorio. Por poco no la había pillado.

Dio gracias porque su móvil estuviera sin batería. Lo peor hubiese sido recibir un mensaje de alguien con Nikos en la habitación y que descubriera su presencia. Pero no fue así, porque lo dejó morir, no quería contestar a mensajes de pésame. No se sentía con fuerzas.

No quería.

¿Por qué quiso destruir Nikos esos papeles?

Esa pregunta se repetía en su cabeza desde que los había leído.

Cogió el papel en el que aparecía la nota de su madre.

—Lamento no haberle dicho la verdad a tiempo; si me ocurriera algo… Ojalá encuentre mi diario —leyó a baja voz, todavía dentro del espacio donde una vez estuvieron las piernas de su padre y ella se metía allí a leer libros de Julio Verne.

Salió de su guarida improvisada.

¿A qué verdad se refería?

Y lo más importante, ¿dónde estaba el diario? ¿Lo habría destruido también Nikos?

Se sentó en el sillón de estilo clásico de piel oscura algo desgastada.

Empezó por el cajón del escritorio, el derecho.

Lo abrió y metió la mano. Estaba lleno de objetos, libretas, bolígrafos, lápices, gomas, todo lo que se podría tener en una escribanía, menos un diario.

Un ruido de la escalera le cortó la respiración. Miró la puerta con el temor de que apareciera otra vez el griego.

Falsa alarma.

Cuando recuperó el aliento y le dio la sensación de que el corazón volvía a latir, siguió buscando.

Metió la mano en el cajón en busca de pistas. Repasó hoja por hoja y objeto por objeto. No encontró nada inusual, aparte de aquel extraño medicamento.

«Podías haber sido algo más explícita, mamá», pensó.

Empezó a palpar la parte superior del cajón, pero solo encontró madera bruta y un par de astillas que se clavaron en sus finas yemas.

Sacó la mano y extrajo los cuerpos extraños de madera de su piel.

«Maldita sea», pensaba. A lo mejor el diario estaba en el dormitorio de su madre, pero no podía colarse allí también; lo había compartido con Nikos. No. El diario debía estar allí, su espacio privado.

Respiró hondo y se instó a tener paciencia. Buscó en el resto de cajones sin éxito y echó un vistazo a su alrededor, desesperada. No tenía tiempo de revisar la librería por si estaba escondido entre los volúmenes. Si se ausentaba mucho más del comedor, empezarían a preguntar por ella y a buscarla. Pero tampoco tendría una oportunidad igual, con Nikos distraído con los invitados y no pendiente de ella.

Regresó a la parte inferior del escritorio como cuando era niña y buscaba refugio con su padre, se llevaba sus muñecas y convertía ese espacio minúsculo en una habitación secreta.

El recuerdo la empujó a palpar las maderas que componían la parte inferior del escritorio, agotada de ideas y sin tiempo.

Tardó pocos segundos en encontrarlo. Allí estaba el diario secreto de su madre, en un hueco entre la superficie y los cajones. Ahogó un grito y abrazó el diario contra su pecho antes de levantarse y sentarse en el sillón.

Un pequeño marcapáginas indicaba un punto concreto. Durante un instante, perdió el valor de invadir la intimidad de su madre, pero aquello era importante. Tenía que encontrar la «verdad» allí escrita. Abrió el diario por el marcapáginas. La entrada era del 12 de febrero, poco tiempo antes.

Lo leyó y su sangre se heló. Lo que había apuntado su madre la dejó sin aliento.

Eran las 12:56. ¿Sería demasiado tarde?

10

Elijah Thornhill regresó del servicio.

Aparcó el camión en el garaje e hizo las comprobaciones necesarias. Cargó de nuevo la cisterna de agua para la siguiente intervención. Desplegó las mangueras para que se secaran y guardó la ropa ignífuga en la taquilla. Lo tenía todo listo, menos el informe.

Se colocó delante del ordenador para redactarlo.

Se pasó la mano por su mandíbula marcada.

Al sacar el móvil, comprobó que había recibido algún mensaje, pero nada importante. Él esperaba uno en concreto, el de Rebecca. Entró en la aplicación y, la que fue su pareja, aún no había recibido su mensaje. La posibilidad de que lo hubiera bloqueado cobraba más fuerza.

Se preguntó por qué razón lo habría hecho, si se merecía ese trato después de todo lo que habían pasado juntos.

Suspiró y entró en el procesador de texto.

Se puso a teclear para redactar en la plantilla el informe del incendio del pajar del viejo granjero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó alguien a su lado.

Elijah se giró.

—¿No lo ves?

El otro se acercó y miró la pantalla.

—¡Uf! Te lo dejo para ti, jefe. Eso de escribir lo que hemos hecho es un rollo.

—Pues es lo que hay, nuestro trabajo no termina hasta esto.

—Ya, pero a mí eso no me va. Ya sabes.

—En fin, vete a casa, nos vemos mañana. Buen trabajo hoy —felicitó Elijah.

El compañero se rascó una ceja mientras lo miraba.

—¿Qué? —preguntó de nuevo el jefe.

—¿Vas a ir o no?

Elijah bufó.

—Eres muy pesado, ¿sabes?

—Ya lo sé, mi mujer me lo dice siempre. ¿Y qué vas a hacer?

—No puedo, tío. Tengo el coche en el taller. No sé cómo ir.

—Eso es una chorrada —se mofó, haciendo un gesto con la mano—. Puedes ir perfectamente con el todoterreno oficial.

—¿Qué dices? Ese coche no es para uso personal. Lo pagan los contribuyentes.

—Déjate de rollos. Es una emergencia, no tienes coche y tienes que ir a ver si tu exnovia está bien. ¡Venga ya!

Elijah se quedó un momento pensando. No había contemplado esa opción. El todoterreno de intervención de los bomberos era, al fin y al cabo, un coche adaptado al servicio rápido. Que hiciese unos kilómetros de más no sería un problema. Si alguien preguntara, podía decir que habían tenido una llamada que resultó ser una falsa alarma.

—En fin, jefe, yo ya te lo he dicho —dijo, y se despidió desde la puerta.

—Hasta mañana —respondió Elijah.

El compañero salió y desapareció junto a los ruidos de sus pasos por la escalera metálica.

Cuando el informe estuvo preparado, Elijah apagó el ordenador. Se quedó observando su imagen reflejada en la pantalla negra. No sabía si ir o no.

No quería hacer el ridículo. No tenía las más mínimas ganas de ser rechazado por la persona por la que, en el fondo del corazón, aún sentía algo y que desde hacía un año no veía.

Pero debía tomar una decisión, rápido.

Tuvo una sensación, como una vocecita que le decía que no pasaría nada si iba a dar el pésame. Si de verdad lo había bloqueado, quería saber a la cara el porqué de un acto tan radical.

Se levantó del escritorio y fue a cambiarse. A pesar de conducir un coche oficial, no quería presentarse con el uniforme. Se puso unos tejanos y una sudadera negra con una chaqueta.

Cogió las llaves y se dirigió al todoterreno que estaba en el aparcamiento, en la parte trasera del edificio de los bomberos.

Y, comprobado una vez más que Rebecca no había contestado, arrancó.

Condujo hasta el desvío que llevaba a la mansión de los Blackmoor. Esa ruta la había realizado centenares de veces cuando estaban juntos; la conocía como sus bolsillos. Subió la colina hasta llegar a la caseta donde había un guardia.

—¿A dónde va? —preguntó el hombre de vigilancia.

—Voy a ver a Rebecca Blackmoor, ¿me recuerda? Soy su exnovio. Voy a darle el pésame.

—Ya, es un mal trago, sí. Estamos todos tristes por la pérdida y algunos, revolucionados.

—¿Revolucionados?

—Sí, Rebecca acaba de marcharse hacia el pueblo como si la hubiese mordido una víbora.

Elijah levantó las cejas.

—¿Cuánto hace de eso?

El otro hombre miró el reloj.

—Unos veinte minutos como máximo, me extraña que no se hayan cruzado en el camino.

—Gracias —dijo Elijah, y se despidió.

Metió la marcha atrás y quitó el coche del acceso cerrado de la mansión Blackmoor para no estorbar y entró una vez más en la aplicación de chat.

Algo había cambiado, el mensaje le había llegado.

Dibujó una sonrisa al confirmar que no lo había bloqueado.

Le escribió otro texto, pero seguía sin conectarse, sin contestar.

No había actividad en su móvil.

—Si aún están llegando invitados a la casa, ¿por qué se ha marchado Rebecca? —susurró Elijah—. ¿Y adónde ha ido?

Levantó la vista hacia la larga carretera que tenía enfrente. La línea gris desaparecía entre la campiña verde y algún árbol que delimitaba los márgenes.

Se preguntó para qué había vuelto al pueblo, si iría a la casa de su novio a buscar consuelo. Pero descartó la idea en cuanto la pensó.

No estaba tranquilo.

Bajó la mirada y cuando iba a dejar el móvil para regresar a la base de los bomberos, recordó un detalle importante.

Poco antes de dejarlo, los dos se habían intercambiado las geolocalizaciones de los móviles con una aplicación especial. Por seguridad, por alguna emergencia.

Comprobó si aún la tenía instalada. Si la hubiese borrado en ese año que llevaban separados, se habría maldecido.

No, seguía allí.

La posición seguía compartida. Ella tenía la suya y él, la de Rebecca.

Amplió para ver dónde estaba y reconoció el lugar.

No podía esperar más, las ganas de volver a verla, con la excusa de darle el pésame en persona, fueron incontrolables.

Arrancó el coche, metió la primera y derrapó las ruedas del todoterreno levantando la tierra del borde de la carretera. Fue hacia la chica, hacia el cementerio.

11

El Land Rover verde de Rebecca clavó las ruedas delante de la entrada del cementerio.

Había conectado el móvil al cargador, aunque fueran pocos minutos; lo necesitaba con batería. Cogió un viejo cargador portátil antes de salir y se lo metió en el bolsillo del Barbour. Abrió el maletero y cogió el único objeto de hierro de que disponía el coche, un gato.

La puerta medio oxidada del recinto chirrió cuando la empujó para correr hacia el mausoleo de la familia. En una mano, sujetaba el gato y en la otra, el móvil con una mísera carga de batería.

La gravilla la hacía resbalar en cada curva por el camposanto.

Llegó al mausoleo y, como sospechaba, se encontró la puerta cerrada.

—¡Aguanta, mamá!

Arrojó el gato contra la puerta; luego, contra los cristales detrás de la decoración en hierro forjado. Mientras intentaba reventar esa puerta, recordó que la pequeña edificación la había construido su abuelo. Él decía que sería el primero en estrenarlo de la familia. Pasaron muchos años, pero la profecía del abuelo se confirmó. Después de él, vinieron muchos más Blackmoor. Todos estaban allí y poco a poco todos los recuerdos afloraron en la mente de Rebecca.

Cuanto más fuerte daba con el objeto, más daño se hacía en las manos y en la conciencia. Estaba derrumbando la puerta del mausoleo de su familia. Pero salvar a su madre, si aún era posible, era mucho más importante que ese precioso edificio familiar.

Cuando llevaba un par de minutos intentándolo, desistió. Tenía las manos doloridas y los músculos, agarrotados. Aquello no era como en las películas.

Gritó a pleno pulmón por impotencia.

Tenía que intentarlo con el coche. Prefería empotrarse con el Land Rover antes que quedarse allí de pie como una inútil.

Se dio la vuelta y corrió hacia el coche. Consideró que lo más probable era que, si no apuntaba bien con el parachoques, chocaría contra el muro y provocaría que el mausoleo se derrumbara. Si eso pasaba, la posibilidad de salvar a su madre se esfumaría por completo.

Mientras corría hacia el coche, que seguía en la entrada, recordó la página manuscrita de su madre, la que había impulsado aquella locura.

12 de febrero

Querido diario:

Ojalá la magia de la vida haga llegar estas palabras a Rebecca algún día.

Quiero que sepa que, por miedo, por vergüenza o por cobardía, la verdad es que no sé cómo definirlo ni cómo admitirlo, no le he explicado nunca lo que llevamos en la sangre. No es una tara, ni es una desventaja ni un defecto, bueno, sí, a lo mejor un defecto, a mí me gusta más llamarlo una característica de nuestro ADN.

Llámalo ADN, llámalo dinastía o linaje, incluso herencia genética.

Lo supe a los diecisiete años, cuando desperté en el hospital y oí a la enfermera decirle al médico: «Por todos los santos, creíamos que estaba muerta».

Lo supe al ver a mi madre temblar sentada en la cama del hospital. En sus ojos, vi la misma alegría y asombro de quien vio a Jesús resucitar. No es magia, no hay truco, pero sí una maldición.

Luego me enteré de que a mi madre también le había pasado.

Mi abuela también «murió» dos veces. La segunda vez no despertó a tiempo. Mi madre dijo que, cuando abrieron el ataúd para colocar sus restos con los del abuelo, es decir, mi padre, el ataúd por dentro estaba arañado y ella tenía las uñas rotas de tanto rascar. En la madera, a carne viva, había escrito: no muerta...

Ahora comprendo que no es una enfermedad, es una herencia, una maldición. Una sombra transmitida de madre a hija. Como una melodía oculta en la sangre.

Catalepsia.

Un nombre tan frío para algo tan devastador.

Durante un episodio, los signos vitales descienden, el pulso se vuelve apenas detectable, la respiración es casi inexistente. El cuerpo se paraliza por completo. A veces, se experimenta conciencia. Otras, solo oscuridad.

Querido diario, lo más terrible no es un ataque de catalepsia.

Lo más terrible es no saber si, cuando despierte, estaré bajo tierra.

Sellada.

Olvidada.

Espero poder decírselo lo antes posible. He intentado decírselo por teléfono, pero desde que vive en Londres siempre está tan ocupada... Esperaré cuando vuelva a casa y se lo explicaré como es debido, me lo prometo. Te lo prometo.

Siento no habérselo dicho antes.

Las palabras escritas de la madre se repetían en la mente de Rebecca mientras corría hacia el coche.

El corazón latía fuerte. Ya no estaba acostumbrada a correr. En la *city* ya no tenía tiempo de cuidarse, solo de saltar de un proyecto a otro.

En cuanto acabó de leer la nota en su diario personal, Rebecca intentó buscar en su móvil el dato más importante. No pudo porque estaba sin batería. Solo cuando lo conectó en el coche y esperó a que reviviera, lo hizo.

Entró en Google y buscó cuánto puede sobrevivir una persona en un ataúd.

La respuesta la dejó helada.

Cuatro horas de oxígeno.

Ese era el tiempo que podía mantenerse viva una persona encerrada en un féretro, antes de quedarse sin aire.

Ese dato la seguía inquietando y era el motor para apresurarse. El tiempo pasaba rápido y, si su madre estaba viva, faltaban pocos minutos para que se quedara sin oxígeno.

A pocos metros de su coche, la figura de un hombre salió de entre la vegetación que rodeaba el muro para interponerse entre ella y el vehículo.

Su respuesta fue detenerse de forma abrupta.

No se imaginaba que él la buscaría allí.

12

El Land Rover verde se lo había regalado su padre.

Un coche con sistemas de última generación, pero construido sobre la estructura clásica, una caja de zapatos rectangular con cuatro ruedas. Un diseño antiguo si se comparaba con los SUV o todoterrenos urbanos que codiciaba la gente que vivía en Londres, con matrículas personalizadas y cristales tintados.

El suyo, en cambio, era un sencillo y versátil coche creado para la campiña y los pastores. Sencillo pero muy eficaz cuando había decenas de centímetros de nieve; incluso cuando los modernos coches no podían avanzar, ella los adelantaba.

Era una tecnología sencilla y funcional y, a ella, ese espíritu le gustaba porque se alejaba de la realidad de su apellido y posición social, algo que su madre había valorado siempre por encima de todo.

Su padre se lo regaló por su cumpleaños, nuevo y con una flamante radio con lector CD y entrada USB, la envidia de sus amigas.

Aunque lo llevaba siempre a la casa oficial a revisiones y a abrillantarlo, ya se veía algo *vintage*. Y eso, a ella le gustaba aún más.

Por todo el cariño que le tenía, usarlo para reventar el mausoleo le pareció una traición. Pero más lo fue ver a la persona que se había encontrado delante.

¿Qué hacía allí?

Jadeaba viendo la figura que se presentaba frente a ella. Con elegancia, con parsimonia.

Su traje caro y refinado no ocultaba qué alma tenía, y ella lo entendió en ese momento.

—¿Qué haces aquí, Rebecca? —preguntó el hombre.

No era la carrera lo que la hacía respirar tan fuerte, sino el miedo. El pavor de perder segundos importantes para sacar a su madre del ataúd si de verdad había sufrido un ataque de catalepsia. En el caso de que la página de Google no se equivocara, las cuatro horas de oxígeno se estaban escurriendo entre los dedos. Faltaban poco menos de treinta minutos.

—¿Por qué te has ido tan rápido, Rebecca? —dijo con un tono preocupado —. Los invitados se han quedado decepcionados.

—Quería venir a ver a mi madre una vez más —mintió ella.

Nikos ladeó la cabeza y se ajustó el traje.

—Deberías volver conmigo a casa, los invitados nos esperan.

Ella dio un paso hacia atrás.

—Prefiero quedarme aquí.

—¿Sabes? Prometí a tu madre que me ocuparía de ti —respondió él, serio, con convicción de lo que estaba diciendo.

—No necesito a nadie que se ocupe de mí, sé cuidarme por mí misma — respondió, dando otro paso hacia atrás.

¿Por qué había aparecido Nikos de repente? ¿Había dejado a los invitados para ir a buscarla por preocupación, por cuidarla o por temor a que desvelara su supuesto plan?

—Pues a mí no me lo parece. Ven —confesó Nikos, y dio un paso hacia ella.

—¡No te acerques!

Él se detuvo y levantó las manos.

—Rebecca, soy Nikos, solo quiero hablar contigo. ¿Por qué te pones así? He venido a buscarte, por favor, ven a casa. Me preocupa que estés sufriendo una crisis.

—No.

—¿Es que no ves que estás haciendo cosas de… —dijo, y se detuvo para no pronunciar la palabra «locos», prohibida por los psicólogos— persona insensata? ¿Qué te pasa?

—Puede que esté viva —dijo, soltando lo que realmente había ido a hacer allí.

Nikos parpadeó dos veces seguidas y ladeó la cabeza.

—¿Otra vez, Rebecca?

—Sufría de catalepsia y lo sabías.

—¿En serio crees que…? —dijo, sorprendido porque ella lo supiera.

Rebecca dio un paso hacia adelante y lo señaló.

—No mientas. Lo sabías, lo sabías muy bien.

Él se mordió los labios, cerró el ojo derecho y se rascó el párpado. Cambió el peso de una pierna a la otra y asintió.

—Es verdad, Rebecca, lo sabía. Y no sabía que tú lo supieras…

—No lo supe hasta que encontré el triturador de papeles que había llegado a la mansión con envío superrápido. Entonces subí al despacho y vi lo que no querías que supiera.

El hombre afinó la vista, boquiabierto por lo que le estaba diciendo. Por un momento, temió que su plan se viniera abajo por la testarudez de la muchacha, pero él era más inteligente y ella, fácilmente manipulable, solo debía tener paciencia.

—Lo siento, tu madre no quería que lo supieras de una forma tan… ¡inoportuna! —dijo con suavidad, y siguió acercándose a la muchacha despacio —. Rebecca, el médico del hospital confirmó su muerte, hemos seguido todos los protocolos. Y te aseguro que yo habría sido el primero y el más feliz si hubiese sido un ataque de catalepsia y no un ataque al corazón. El primero, el más feliz, después de ella, claro.

Rebecca se quedó sin palabras y sin argumentos. No había pensado en la posibilidad de que un médico hubiera examinado a su madre y comprobara que no era un caso de esa característica que su estirpe llevaba en el ADN.

Lo miraba con una mezcla de desprecio y miedo en los ojos. Como un jaguar enjaulado y acorralado. Apretaba su pelota en el bolsillo del Barbour con la misma pulsión y fuerza que tenía su corazón.

Miró el reloj, eran las 12:55. El tiempo pasaba. Pensó que habían pasado unas tres horas y media desde que su madre yacía en ese ataúd. En media hora, toda oportunidad de sacarla viva se esfumaría.

«Aguanta, mamá».

—Si no tienes nada que ocultar, abre el mausoleo y déjame que lo compruebe —exigió con la respiración acelerada y la espalda rígida. Los latidos de su corazón le golpeaban en las sienes.

Él, que seguía caminando hacia ella con una cierta parsimonia, replicó:

—Estás delirando, Rebecca. ¿Es que no te ves, es que no te escuchas? Vámonos, por favor, a tu madre la destrozaría verte así.

A medida que él avanzaba, ella retrocedía. Las palabras de Nikos no podían atravesar la niebla mental que anulaba su razón. El *shock* ante la posibilidad de que la vida de su madre estuviera en sus manos la había llevado a un estado de ansiedad incontrolable.

—No, quiero ver el ataúd de mi madre. Quiero ver si está viva.

Él se tocó la cabeza a la altura de la sien y la separó con un gesto rápido.

—No permitiré que profanes el ataúd de mi esposa —respondió tan serio que la asustó aún más.

Rebecca sintió en sus hombros el peso del miedo y de la urgencia. Estaba sola y delante de una persona que no quería que averiguara la verdad.

—Estamos juntos en esto, soy de tu equipo, Rebecca —dijo él con un tono que demostraba que estaba por encima de la situación y que la tenía más que resuelta. Luego, tendió la mano hacia la chica—. Vayamos a casa, por favor, los invitados nos esperan.

—Ni lo sueñes.

Rebecca se dio la vuelta y corrió hacia el interior del cementerio en busca de un plan que tenía que improvisar. No tenía ni idea de adónde correr.

Primero, tiró hacia el este, pero vio que ese lado era mucho más pequeño de lo que pensaba y no tenía salida.

Cambió de dirección.

Echó una rápida mirada hacia atrás. El hombre estaba ganando terreno, tenía que correr más rápido o la alcanzaría.

Cruzó la calle central y se metió entre las lápidas. Se tropezó con una, cayó y caminó a cuatro patas unos metros, los justos que le permitieron al hombre acercarse. Cuando se volvió a levantar, se dio cuenta de que la mano de Nikos ya estaba a punto de cogerle el hombro.

Tuvo el reflejo de tirar un mueble de hierro oxidado que sujetaba los cubos que utilizaban los visitantes para regar las flores.

Al tirarlo, los cubos se desparramaron por el suelo.

Nikos, al cruzar ese campo de minas de barreños de plástico, tropezó y cayó, perdiendo la ventaja que había conseguido.

No se levantó rápido. Se detuvo a mirar su traje. Este estaba descosido entre el hombro y la manga derecha. El resto de la manga se había estropeado, aparte de llevar una cierta pátina de barro y piedrecitas.

No sintió dolor por haber caído, sino por haberse estropeado ese traje de confección a medida.

—Me has estropeado el traje, Rebecca. ¿En serio era necesario? —gritó, se levantó y comenzó a caminar hacia ella, enfadado y cansado del bochornoso espectáculo.

Cada paso era más rápido, como su rabia. Como la espuma de un *champagne* que estaba creciendo en su interior.

No podía creer que le hubiera arruinado el traje.

Corría más rápido que antes, ella lo vio por el rabillo del ojo.

Rebecca pasó por el mausoleo de la familia, pero casi ni lo miró. Zigzagueó por varios monumentos y pequeños edificios mortuorios, en un vano intento de dejar al hombre atrás.

Pero este ya estaba encima.

Le latía el corazón a mil, casi como si quisiera perforar las costillas y escapar en dirección contraria a Nikos.

Ese hombre estaba loco, más de lo que aparentaba.

¿Por qué Nikos la estaba persiguiendo? Estaba claro, no quería que desvelara su plan. Claro, cristalino. Porque, en caso contrario, no estaría en esa situación, estarían hablando como dos personas sensatas.

A lo mejor no se había conformado con matar o no salvar a su madre, sino que también quería hacerle algo a ella. De ese modo, se quedaría con todo el pastel, toda la herencia.

El único beneficiado era Nikos. Todo el tiempo que estaban perdiendo era para que su madre muriera lentamente asfixiada, si es que no había muerto ya.

Se enfocó en buscar ayuda, tenía que deshacerse de ese hombre e ir directamente a por su madre sin perder más tiempo.

La única manera era saltar el murete que rodeaba el cementerio. Echó a correr todo lo que pudo hacia él. Nikos la seguía muy de cerca.

Consiguió llegar a la pared. Usando casi todas las energías que le quedaban, dio un salto y se quedó enganchada en la parte superior. Enseguida raspó las zapatillas en la pared, en un inútil intento de subir por ella.

Las manos de Nikos tardaron muy poco en llegar y arrastrarla al suelo.

Una vez arrojada al césped, se revolcaron; ella, intentando huir y él, intentando cogerla.

—Rebecca, tranquilízate. Quieta. Estás enferma —gritaba mientras intentaba aplacarla.

Cuando finalmente la agarró, Rebecca sintió que Nikos solo tenía dos opciones: sujetarla hasta que se calmara y de ese modo esperar que el tiempo pasase, o matarla.

Nikos la agarró por las muñecas y Rebecca vio cómo sus ojos se teñían de furia. El recuerdo más terrible de su memoria la abordó con fuerza y se quedó paralizada mientras las lágrimas cruzaban sus mejillas.

13

Rebecca estaba perdiendo la esperanza.

Los minutos pasaban y eso jugaba en su contra.

El tiempo y el espacio se diluyeron en el dolor que sentía por las fuertes manos del griego, que le estaban provocando casi un corte de circulación.

El elegante Nikos Drakos se aferraba a la chica como un luchador de artes marciales, no tenía ninguna intención de soltar a su presa.

—Suéltame, Nikos —dijo con un grito ahogado.

—Mírate, estás desquiciada. Es obvio que todo esto te ha superado. Vendrás conmigo a casa y te tomarás un ansiolítico —gruñó.

Rebecca ya no sabía qué hacer. La escena reactivó los recuerdos de lo que le había pasado, el detonante de que se fuera a Londres. Esas manos, esa fuerza, ese momento tan duro que la bloqueó, reavivando el pasado.

Pero, justo antes de rendirse a la voluntad de Nikos, oyó unos gritos. Sin explicárselo, vio otra vez el cielo.

Respiró.

Se encontró a cuatro patas, alejándose instintivamente del hombre que la sujetaba.

Lo que no tuvo ningún sentido fue lo que se encontró delante cuando se incorporó.

Nikos estaba inconsciente en el suelo.

Elijah, su exnovio, había llegado justo a tiempo. Un minuto más tarde y no sabía qué podría haber encontrado.

Dentro de la confusión y la tragedia, sonrió.

Nunca se había alegrado tanto de volver a verlo.

—Hola, Rebecca. No sé si es el mejor momento para venir a darte el pésame —dijo él, desdramatizando la situación.

—No creo que haya mejor momento —dijo, respiró hondo y se levantó, casi tambaleándose.

Elijah la ayudó a incorporarse.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó, señalando el cuerpo inerte del griego.

—¡Mi madre! —dijo ella, impaciente—. Sufre de catalepsia. Estoy segura de que la enterraron viva.

El bombero sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Cómo? ¿Que la han enterra…? ¿Dónde?

—Ven —dijo ella, le cogió la mano y lo arrastró corriendo hasta la tumba familiar—. Está ahí dentro. Tenemos que sacarla lo antes posible, pero no tengo la llave.

El bombero sonrió.

—Yo tengo la solución. Ven.

14

Elijah fue corriendo hacia su todoterreno.

Detrás iba Rebecca, siguiéndolo.

El bombero le indicó que apartara el Land Rover para que pudiera acceder con su vehículo.

Ella arrancó su coche y lo dejó unos metros más atrás. Después, se subió con Elijah.

Atravesaron la puerta oxidada del cementerio, siguiendo el camino con forma de L hasta el mausoleo de la familia Blackmoor, cruzando una parcela de césped perfectamente cuidado y dejando las marcas de los neumáticos. Se detuvieron a unos metros del pequeño edificio fúnebre.

El hombre bajó del coche y corrió hacia la parte posterior del todoterreno. Subió una pequeña persiana gris y apareció todo tipo de herramientas para la rápida intervención en un siniestro o un incendio.

Agarró una sierra inalámbrica y unas gafas de protección.

La sierra entró con facilidad en la puerta maciza de hierro forjado. Mientras las chispas saltaban de la sierra circular, Rebecca jadeaba de ansia por pasar al otro lado de la puerta.

Miró el reloj, eran las 13:16, unas tres horas y cincuenta y pocos minutos desde que habían enterrado a su madre.

Cuando la sierra hizo un rectángulo perfecto y cayó un bloque hacia el interior con la cerradura, la puerta se abrió.

—¡No la toques! —dijo Elijah al ver que Rebecca iba a abrirla—. Te quemarías.

Entonces ella le dio una patada a la puerta, abriéndola de par en par.

Elijah cogió un martillo y la siguió hasta los nichos.

—¡Mamá, estamos llegando! —gritó, y fue directa al mármol con su nombre, Vivianne Blackmoor.

Apoyó la oreja y no escuchó nada. Se imaginaba que la estaría llamando y estaría dando puñetazos o patadas para ser escuchada, pero Rebecca no oía nada.

—Dios mío… —dijo, y acto seguido se tapó la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No se oye nada.

—Da igual. Apártate —dijo, y descargó con toda su fuerza un martillazo contra el mármol negro, como el resto de ese espacio macabro.

Se rompió en varios trozos que saltaron por todo el mausoleo.

Elijah dejó la maza y quitó a mano los trozos que quedaban. Se habían enganchado unos triángulos de mármol a modo de dientes, como si fuera una boca que no quería soltar su presa. En el interior de su barriga, su víctima: Vivianne.

Agarró el asa del ataúd y lo sacó hasta mantenerlo en equilibrio.

—Ayúdame a bajarlo —pidió Elijah.

Rebecca intentó ayudarlo a sujetar ese peso que la superaba con creces. Se alegró de que su exnovio estuviera tan en forma.

Una vez estuvo el ataúd en el suelo, volvió a coger la sierra mecánica.

—¿Qué vas a hacer, estás loco? —gritó Rebecca, oponiéndose.

—Solo un agujero para que entre aire. No la voy a cortar en dos, ¿qué habías pensado?

—Es peligroso.

—Domino este trasto.

—No, no —gritó ella, invadida por el miedo a que le pudiera pasar algo a su madre.

—O hacemos algo o perdemos nuestra única posibilidad de salvarla.

Rebecca se lo pensó por un instante y bajó la mirada, dejando espacio al bombero para que hiciese lo que creyera oportuno.

—Confía en mí —dijo, y arrancó de nuevo la máquina.

El estruendo del motor de la sierra circular inundó toda esa estancia diminuta.

—No. Podemos hacerle daño. La caja se llenará de humo y el poco oxígeno se perderá. No quiero que lo hagas. Tiene que haber otra opción —gritó, sujetándole un brazo a Elijah en el último instante.

El bombero apagó la sierra y no se impacientó. Fue al todoterreno, dejó la sierra a un lado y agarró una caja de herramientas. Sacó dos destornilladores eléctricos y regresó al mausoleo.

—Ten, ayúdame. Tú empieza por ahí, y yo, por aquí —ordenó Elijah, indicando un lado del ataúd.

Comenzaron a despegar los embellecedores que cubrían los tornillos y, con el aparato eléctrico, los sacaron.

La tarea se hizo larguísima, extenuante y lenta, mucho más lenta que cortar un trozo de la madera, pero más segura.

—¡Aguanta, mamá! —gritó ella.

Llevaban la mitad de cada lado, Rebecca estaba sudando y las gotas de sudor se le metían en los ojos. Las cuatro horas de oxígeno se habían cumplido hacía varios minutos. El tiempo seguía pasando. Rezó para que ese tiempo de cuatro horas fuera un dato aproximado, que realmente fueran unas cuatro y cuarto o cuatro y media. Le seguía el ritmo a Elijah igual de rápido, por desesperación y cargada de adrenalina en sus venas.

—¡Mamá, ya estamos aquí, mamá, contesta! —gritó, esperándose el peor de los desenlaces.

Cuando acabaron con todos los tornillos, dejaron en el suelo los destornilladores, el bombero separó la tapa y la levantó sin ninguna ceremonia.

Rebecca vio el interior y se quedó con la peor sorpresa de todas, la única que no había contemplado desde que arrancó ese rescate desesperado: el cuerpo de su madre no estaba.

15

Rebecca ahogó un grito de miedo, de espanto y de consternación. Se dejó caer hacia atrás, con toda la adrenalina y el impulso agotados, dejándola agotada física y mentalmente.

Se tapó la cara con las manos y, con los ojos vidriosos, empezó a negar.

—No es posible. No, no. ¿Cómo puede ser que no esté mi madre? —susurraba Rebecca—. No puede ser, nos hemos equivocado de lápida.

El mármol oscuro del edificio funerario familiar estaba terriblemente frío a pesar de que ella no llegó a sentirlo.

Sus esperanzas por salvar a su madre se esfumaron con la peor de las sorpresas. Había imaginado llegar a tiempo, sacarla del ataúd y salvarle la vida. Pensó que abriría la tapa y sacaría a su madre, que regresarían a casa juntas y que todo eso, con el tiempo, se quedaría en un recuerdo. O mejor dicho, en una pesadilla que, en cierto modo, marcaría su futuro y un nuevo rumbo en su relación. Que la haría mejor, más empática. Con más amor.

Catalepsia.

Nunca había escuchado esa palabra. Menos se imaginaba que fuera un estigma familiar. Sus antepasadas se habían roto las uñas al arrancar la primera capa de lacado de la madera de un ataúd por intentar abrirlo. Le habría tocado a su madre. En teoría. Pero, al no encontrar su cadáver en el interior, toda la historia se derrumbaba como fichas de dominó.

—No, Becky… —dijo Elijah de forma rápida y sin pensar. Ese diminutivo se lo decía cuando eran pareja y se prometió no usarlo más más, aunque en ese momento le salió espontáneamente—. Rebecca, es la tumba de tu madre. ¿No lo ves?

Mientras decía esas palabras, señalaba la lápida de mármol donde aparecía grabado el nombre de Vivianne.

Pero no lo escuchó, los recuerdos se despertaron al ver otro nicho. El de William Blackmoor, 1966-2015. Por un momento se quedó aislada de lo que sucedía en el mausoleo.

—Rebecca, ¿te encuentras bien? —preguntó Elijah, viendo que la chica estaba completamente abstraída y ausente. Y, justo al preguntarlo, se dio cuenta de que no podía estarlo. ¿Cómo podía alguien estar bien al descubrir que el cadáver de su propia madre había desaparecido?

—No puede ser —repitió ella.

—Pues me temo que sí. No entiendo nada. ¿Dónde está tu madre? —preguntó mientras se levantaba—. ¿Y por qué Nikos te estaba atacando?

Ella no contestó enseguida.

—Él no quería que abriera el ataúd… Pero el cuerpo estaba esta mañana, en el funeral. Estábamos todos. Todos lo vimos —dijo, y miró el reloj—. Hace cuatro horas. ¿Cómo puede ser que no esté el cuerpo? ¿Quién lo ha robado?

Elijah se quedó mirándola, perplejo. Se pasó las manos por el pelo; era una locura.

—¿Dónde? Quiero decir, ¿cómo? ¡No! ¡Qué diablos! ¿Qué está pasando aquí?

Ella le lanzó una última mirada desconsolada y con los ojos húmedos decidió levantarse. No le hizo falta decirle a Elijah que la siguiera para que él lo hiciera.

La lluvia había vuelto a hacer acto de presencia. Una cortina finísima estaba empapando a Nikos, que, aún sentado en el suelo, se sujetaba la cabeza.

—Mi madre no está.

Nikos levantó la mirada hacia ellos. El traje de confección a medida estaba ahora mojado y con barro, aparte de roto. En su rostro, había ahora una expresión de dolor contenido.

—¿De qué me hablas, Rebecca? —espetó el griego, cansado.

El embotamiento que sufría la joven desde que leyó el diario de su madre pareció irse con la lluvia y con la fuerte impresión de ver el féretro vacío. Ahora quería respuestas.

—Mi madre, ¡maldita sea! No está en el ataúd. ¿Qué has hecho con ella? —insistió.

—¿Qué dices, Rebecca, se te ha ido ya la cabeza del todo o qué?

Ese comentario no le gustó a Elijah. Lo cogió de las solapas de la chaqueta y lo levantó. Lo llevó entre empujones hasta el mausoleo y lo obligó a mirar el ataúd con la tapa levantada.

—¡Por todos los santos! —exclamó Nikos, sorprendido y con los ojos casi salidos de sus órbitas—. Pero cómo…

No había ni truco ni puesta en escena posible. Era imposible que alguien se hubiera llevado el cuerpo una vez dentro del nicho. Rebecca no se perdió ni una mínima expresión del griego. Quería ver cómo reaccionaba y no le pareció que fuera algo premeditado.

Estaba claro, el cadáver de Vivianne no había sido enterrado.

—¿Dónde está?

—Eso te lo pregunto yo —espetó ella.

Nikos se apoyó en la pared, la cabeza le dolía como el demonio.

—¡No tengo ni idea! ¡Por todos los dioses griegos, esto no tiene sentido, joder! —imprecó, y se incorporó de nuevo—. Esto no es normal —continuó, y entonces arrugó el ceño y apuntó con un dedo a la joven—. O quizá… Ya sí que lo entiendo. No me la vas a jugar, Rebecca. Te has puesto de acuerdo con tu madre. ¿Con alguien más? ¿Me la estás jugando? —gritó.

Rebecca se giró hacia Elijah, estupefacta.

—¿Perdona? ¿Ahora soy yo la responsable de esto? ¿Después de que intentaras estrangularme?

—¿¡Estás loca!? ¡Quería detenerte porque estabas como ida, joder! Es tu novio el que casi me mata —replicó, indignado.

Intuyendo que no llegarían a ninguna parte mediante reproches que no entendía, Elijah cogió a Rebecca y la separó unos pasos del griego y del ataúd abierto.

—Escúchame, esto es muy grave, Rebecca. ¿Te das cuenta de que aquí falta un cadáver? Tenemos que ir a la policía.

Ella se lo pensó un segundo.

—¿Policía? No, creo que hasta que no sepamos dónde está mi madre, no tenemos que decir nada a nadie.

—Pero es lo que tiene que hacer la policía, buscar el cadáver de tu madre —replicó Elijah.

—Eso es. Llamad a la policía. Ellos sí que pondrán orden en esto. Así veremos si los bomberos pueden ir ayudando a locas que van por ahí abriendo nichos por la vida. Es una excelente idea. Y de paso, les decís que me habéis roto el cráneo porque intenté impedirlo —se burló el griego con tranquilidad, y se levantó.

—Tiene razón —dijo Rebecca.

—¿Razón? Si no llamamos a la policía, seremos cómplices de…

—¿De qué? —interrumpió Nikos.

Los otros dos se quedaron en silencio. Pensaron en lo que había dicho el griego. Esa situación era tan surrealista que no sabían cuál era el mejor camino que debían tomar.

—Pero tú eres como un poli, ¿no? Eres bombero —preguntó Nikos—. Eres de las fuerzas del orden.

—Menuda tontería. No tiene nada que ver.

—Lo único que podemos hacer ahora es meter de nuevo el ataúd en el nicho y cerrarlo todo —intervino Rebecca—. Tenemos que averiguar qué demonios ha sucedido desde que cerraron el ataúd en la iglesia y lo metieron aquí. Eso es lo que tenemos que hacer.

Los hombres se miraron a la cara por un instante, justo el tiempo en que el bombero aparcaba la idea de llamar a la policía.

Había que limpiar todo aquel estropicio y buscar dónde se había metido el cadáver de Vivianne Blackmoor.

16

No era un secreto que Nikos y Elijah no se gustaban.

Ya desde que salían juntos, entre ambos, siempre había habido una tensión palpable las pocas veces que habían coincidido.

Elijah y Nikos metieron de nuevo el ataúd vacío en el nicho. Montaron la lápida con los trozos que pudieron rescatar y dejaron el mausoleo lo más limpio y ordenado posible. Solo cuando volvieron a subir la elegante y costosa caja de madera, el bombero se dio cuenta de algo.

Si no estaba el cuerpo de Vivianne, ¿por qué pesaba tanto?

Al comentarlo en voz alta, retiró el colchón y la tela por una esquina y la iluminó; debajo, el interior estaba lleno de ladrillos bien asentados en el fondo para simular el peso de una persona.

Ese dato les llamó mucho la atención.

Con el portón de hierro forjado del mausoleo familiar destrozado por la radial, poco pudieron hacer, solo lo cerraron.

Rebecca quería hablar con la funeraria enseguida, pero Nikos no dejaba de quejarse de dolor de cabeza y Elijah quiso asegurarse de que no tuviera una conmoción que complicara aquel día tan extraño, por lo que fueron hasta el centro hospitalario de High Wycombe, un hospital situado a unos quince minutos en coche y donde se aseguraban que no se encontrarían con ningún conocido que les hiciera preguntas incómodas.

Además, Elijah tenía un segundo propósito oculto, ya que le resultaba muy extraño que no se le hubiera practicado ninguna autopsia a la señora Blackmoor tras su muerte repentina.

Decidieron ir en el todoterreno de los bomberos y dejar los coches de Rebecca y Nikos allí; si alguien los veía frente al cementerio, podría pensar que estaban visitando la tumba de Vivianne y no levantaría sospechas.

No se dijeron ni una palabra en todo el trayecto. El ambiente era tenso y todos prefirieron no decir nada hasta llegar al hospital. Nikos dijo en el mostrador que había tenido un accidente de coche y que se había golpeado con el volante para que lo atendieran rápido. Elijah aprovechó que Rebecca y él se quedaron solos para contarle su plan de visitar al forense.

—Espera, necesito un café —dijo ella mientras bajaban al sótano.

Ella metió una moneda en la máquina de *vending* y esperó a que se preparara.

—¿Quieres uno?

—No, gracias —respondió Elijah—. Lo he dejado.

Ella se extrañó.

—¿Que has dejado el qué? —preguntó como si fuera una droga o un mal hábito.

—He dejado el café. Ahora solo tomo té e infusiones.

Ella sonrió.

—¿De qué te ríes? —preguntó él.

—Sí que has cambiado en este tiempo —respondió ella.

Él bajó la vista hacia sus pies. En sus sueños, había imaginado muchas veces volver a verla, tener un rato para hablar y restaurar de nuevo una relación de amistad. Pero nunca se había imaginado en una situación tan dramática y complicada.

Todo había pasado muy rápido, demasiado. De la noche a la mañana, Rebecca tomó la decisión de poner tierra de por medio, marcharse a Londres y dejar su relación. Una cascada de acontecimientos que no pudo detener y que no pudo digerir.

Soñaba con un momento como ese y, cuando sucedió, de los miles de discursos y preguntas que tenía, no le salía nada.

—Tú no has cambiado.

Ella negó.

—He cambiado más de lo que imaginas.

Esa respuesta sorprendió a Elijah, pero no supo si para bien o para mal. Si era feliz con el cambio o no. ¿Londres la había hecho mejor persona o peor? ¿Había encontrado buenas amistades o malas? ¿Había encontrado el amor?

—Me alegro por ti.

—Gracias.

—Tenía ganas de verte.

Ella se tomó un segundo para contestar y, justo cuando lo iba a hacer, la máquina sonó por el café, que estaba listo.

Sonrió y él le devolvió la sonrisa. Sacó el café y bajaron a ver al forense.

17

—Soy el sargento Elijah Thornhill. Necesito hablar con el forense —dijo con autoridad a la secretaria de la morgue.

El hospital de High Wycombe se situaba en un viejo edificio que originariamente era un colegio superior. De fachada con ladrillo visto y una entrada que recordaba un templo griego, con altas columnas y un frontón triangular en la parte superior, era un lugar concurrido y de mucha afluencia en la comarca.

Elijah, como uno de los máximos responsables en las operaciones de los bomberos, consiguió hablar cinco minutos con el forense a pesar de que la secretaria le había indicado que no tenía tiempo.

El forense, alto y delgado, se quitó los guantes y, antes de dejarlos pasar, tapó el cuerpo que estaba examinando para salvaguardar la privacidad.

La puerta acristalada se abrió.

—Adelante —indicó el forense—. Soy el doctor Malcolm Cartwrighten, ¿en qué puedo ayudarle?

—Gracias por atendernos —dijo ella, adelantándose al bombero—. Soy Rebecca Blackmoor, mi madre falleció anoche. Tengo que hacerle una pregunta importante y al mismo tiempo muy… —dijo, y se calló un instante para buscar la palabra adecuada— extraña.

El forense, que llevaba una bata blanca con una funda azul manchada de sangre, les indicó que pasaran y no se quedaran en la puerta.

Ellos solo avanzaron lo justo para cerrar.

—¿Quieren sentarse?

—No, gracias. Solo quiero saber una cosa. ¿Por qué no se le ha practicado la autopsia a mi madre?

El hombre arrugó las finas cejas y se rascó su bigotillo canoso.

—No siempre es necesaria mi intervención, más si el médico que atiende a la paciente certifica una causa natural. Yo solo tramité el fallecimiento al registro oficial —explicó el forense.

—¿Y usted no… vio el cuerpo, no se le propuso hacer una autopsia? —preguntó el bombero.

El forense se rascó de nuevo el bigotillo.

—No. No consideró el médico que fuera necesario y, yo, la verdad, que tampoco —dijo Malcolm al bombero, y siguió dirigiéndose hacia la chica—. Lo lamento mucho.

—Gracias, pero lo que quiero saber es que, si usted ha visto el cuerpo, usted… —dijo Rebecca, y después de un suspiro, consiguió seguir—. ¿Pudo comprobar que estaba realmente muerta? ¿Cree que estaba muerta? ¿Lo vio con sus ojos?

El hombre no pudo disimular la sorpresa al escuchar la pregunta.

—Desde luego, su madre estaba muerta. Lo siento, no sé por qué han venido hasta aquí, pero no cabe duda, su madre había fallecido —contestó con un tono seguro pero triste al mismo tiempo—. Si tienen dudas sobre la causa de la muerte, tal vez deberían acudir a la policía.

Elijah y Rebecca se miraron. Los dos tenían dibujada en su rostro una expresión de haber perdido el tiempo.

—¿Por qué, señorita Blackmoor? —preguntó el doctor, picado por la curiosidad y por lo absurda que era esa visita desde su punto de vista.

—Mi madre sufría de catalepsia. Pensaba que a lo mejor… Ya sabe.

Él asintió, en su rostro sombrío comenzó a aparecer un ligero entendimiento.

Dio un paso adelante y apoyó la mano en su hombro.

—Estaba al corriente de esa posibilidad. Quédese tranquila, le aseguro que su madre estaba muerta —dijo con tacto, pero firme—. Por desgracia.

Se quedaron unos instantes pensando y el médico retiró su mano.

—¿Cómo sabía que la madre de Rebecca sufría catalepsia? —preguntó Elijah con curiosidad.

El médico levantó las cejas por un instante.

—Me informó el señor Drakos, Nikos Drakos.

—¿Nikos vino aquí?

—Sí, lo vi muy afectado, quería estar muy seguro de que su mujer había fallecido. Me explicó que la señora sufría de catalepsia y que teníamos que estar completamente seguros.

Rebecca, sin decir nada, le hizo un gesto que lo animaba a seguir.

—Le mostré que no tenía pulso y que, obviamente, no estaba viva. Se fue llorando y entristecido, como si hubiera perdido la esperanza de que su mujer pudiera resucitar.

Esas palabras se quedaron en la mente de Rebecca. *Resucitar. Su mujer*. Nikos había ido a asegurarse de la muerte de su madre después de la certificación del médico de urgencias. Eso podía cambiarlo todo. Nikos tenía la esperanza de rescatar a Vivianne de una muerte aparente. Seguramente por eso estaba tan empeñado en que ella no cometiera el error de pensar que estaba viva. Pero, a pesar de eso, ella la había visto moverse, aunque el médico forense hubiera visto el cadáver de su madre y certificara la muerte. Esa situación la estaba confundiendo. ¿Cómo podía ser que estuviera viviendo eso? ¿Por qué ella? El cuerpo de su madre, si estaba muerta, ¿dónde estaba?

Aceptó el veredicto del forense y se fue con Elijah hacia urgencias, donde Nikos los esperaba para volver a la mansión. Pero no se quedaría así, necesitaba saber dónde estaba el cuerpo.

18

El café que había sacado de la máquina de *vending* lo había dejado en la mesa de la secretaria.

Ya frío, lo tomó del mismo modo que se toma una medicina.

Volvieron a urgencias y esperaron a que Nikos saliera.

Se sentaron en un banco junto a otros acompañantes que esperaban y pacientes con un número en la mano para ser atendidos.

—Hasta mañana no volverá a abrir la funeraria. Necesito hablar con ellos.

—Lo siento, mañana por la mañana estaré de guardia, no podré acompañarte —indicó él.

Rebecca sonrió al comentario de Elijah. Dentro de la situación absurda que estaba viviendo, la única nota positiva era que se había reencontrado a Elijah. Sin él, no habría llegado tan lejos.

Le cogió las manos y él abrió los ojos, sorprendido.

—Gracias.

Él se ruborizó y se encogió de hombros. El tacto suave de su piel fue como tocar el paraíso. Ese gesto amistoso, o involuntario, o de simple agradecimiento, confirmó que el aún sentía lo mismo que el día que vio cómo Rebecca se marchaba con el Land Rover lleno de cajas a vivir a Londres.

Tragó saliva y se sintió como un peluche. Él, Elijah Thornhill, el sargento de los bomberos se había derretido con un simple y gentil gesto de Rebecca.

Bajó de las nubes y le contestó.

—De nada. Un placer ayudarte. Ya lo sabes.

Ella sonrió y le respondió.

—Lo sé, cuando estaba en Londres…

No pudo acabar la frase porque Nikos salió de la sala de urgencias con una expresión que rebasaba el enfado.

—Casi me rompes la cabeza, bombero —acusó con un tono despreciativo mientras se daba golpecitos en la frente con un dedo.

Elijah se levantó. El oso de peluche se había evaporado en un instante, sustituido por los duros y agresivos rasgos de un hombre que se juega la vida tirándose a las llamas por vocación.

No era hombre de discursos ni conversaciones grandilocuentes o diplomáticas, sino de acción y de demostrar lo que sentía.

—Te recuerdo que tenías aprisionada a Rebecca contra el suelo, contra su voluntad —espetó, ahogando las ganas de gritarle.

Rebecca se levantó y cogió el brazo de Elijah. Hacía mucho tiempo que no lo tocaba, pero sentir su calor y su brazo fuerte y musculoso le provocó un escalofrío. Nunca lo había visto tan fuerte como ahora.

—Tranquilos. ¿Ya has acabado?

El griego asintió.

—No tengo conmoción ni lesiones internas, solo debo vigilar mareos, dolores fuertes o visión borrosa durante unos días —respondió al bombero, aunque hubiese preguntado ella.

—Es mejor que salgamos —añadió ella.

Los dos hombres y Rebecca fueron hacia el vehículo.

—A ver cómo me presento delante de todos los invitados con estas pintas —ladró Nikos, señalándose el traje.

Rebecca no se molestó en contestar. Empezó a llover otra vez. Se subió el cuello del Barbour.

—Volvamos al cementerio —propuso Rebecca—. Nikos, tú volverás con tu coche. Puedes entrar por la puerta trasera. Luego desaparece en tu habitación para cambiarte. Nadie se dará cuenta. Mientras tanto, yo entretendré a los invitados hasta que se marchen.

Elijah asintió, pero Nikos ni siquiera se dignó a devolverle la mirada.

Rebecca caminó con paso firme hacia el coche, deseosa de visitar pequeña funeraria del pueblo para conocer la verdad sobre el paradero del cuerpo de su madre.

19

Cuando Rebecca llegó a la mansión Blackmoor, los invitados se estaban marchando.

Un Mercedes tras otro. Una limusina tras otra.

Tuvo que esperar a que una serie de coches salieran antes de poder entrar.

Aparcó en el jardín y entró para saludar a los últimos asistentes.

Los violines habían callado y los músicos guardaban los instrumentos en sus fundas. Los camareros que no conocía, es decir, los del *catering*, ya retiraban los últimos platos saqueados. El personal doméstico de la casa limpiaba todas las migas, toallitas, palillos y tartaletas caídas en el suelo. Otros retiraban carros llenos de copas a medio beber, vacías y con carmín en los bordes. Luego, dejaron paso a los que desmontaban las mesas del *catering*. La foto que tenía delante era de desolación. A pesar de que los invitados eran amigos de su madre, generaban una energía que se estaba esfumando. Sintió el mismo vacío del día del funeral de su padre.

Los últimos rezagados del banquete saludaron a Rebecca con interminables abrazos y recordando viejas batallitas con sus padres. A diferencia de pocas horas antes, ahora no le importaba, se quedaba callada asintiendo mientras los escuchaba. No tenía prisa, el afán de sacar a su madre del ataúd y la cuenta atrás de cuatro horas se había esfumado. Su objetivo ahora era otro: averiguar por qué no estaba el cuerpo allí y encontrarlo.

Acompañó a los últimos invitados hasta la puerta y, al cerrarla, el sonido de la madera cerró un capítulo de su vida.

Suspiró.

Cerró los ojos y respiró ocho veces, las que le había recomendado Cressida.

Luego, buscó a Claire, que le dio otro abrazo y le preguntó cómo estaba. No pudo contestar, porque no sabía ni ella cómo se encontraba. Lo que estaba claro era que su madre había muerto, pero no podía explicarle qué pasaba porque no quería decirle a nadie todavía lo que habían descubierto.

Al entrar en su habitación, se abrieron un sinfín de recuerdos. Su poco equipaje estaba en un rincón en el suelo junto al armario.

Solo una mochila. Ropa interior, una muda, un neceser lleno de cremas coreanas y un cepillo de dientes, un libro y un portátil.

Se dejó caer sobre la cama, agotada. Mantuvo la mirada en las viejas vigas del techo por un buen rato, pero sin verlas, del mismo modo que en yoga intentaba dejar pasar los pensamientos sin atraparlos, aferrándose a ese vacío para no tener que pensar en el día terrible que había vivido.

La fina lluvia aumentó de intensidad y empezó a golpear las ventanas con fuerza. Se levantó con pereza y se acercó al cristal para verla mejor. Sentada en el asiento empotrado bajo la ventana que daba al jardín lateral, con las piernas dobladas contra el pecho, recordó aquellas mañanas en las que su madre la peinaba con demasiada firmeza, pendiente de que cada mechón quedara perfecto. Desde la ventana, veía a su padre trabajando en el jardín, ajeno a las correcciones y a las frases en voz baja que siempre terminaban por cerrarle el estómago antes del desayuno.

Se duchó y se puso uno de sus viejos pijamas que encontró en la cómoda. A las siete de la tarde, una mujer del servicio le subió una bandeja con la cena. Todo rigurosamente vegetariano. Entre la copa de licuado de remolacha, que parecía vino tinto, y un generoso tarro de hummus con diferentes verduras cortadas en palitos, había una tarjeta.

Rebecca la cogió y la leyó.

«Estamos aquí para lo que necesites. Que aproveche. Claire».

La nota arrancó una sonrisa a la chica.

La dejó a un lado y comenzó a cenar. Todos los acontecimientos de ese día le habían provocado un hambre que no era normal en ella.

Mientras se untaba una tostada con el delicioso hummus fresco y con unas especias orientales, recibió un mensaje.

Su corazón se compungió. Algo le decía que era de Elijah y que le preguntaba cómo estaba. Pero la previsualización del móvil le quitó las

esperanzas. Era un correo sin importancia.

Acabó de cenar y regresó a la cama.

Con el estado de ánimo que se encontraba, no tenía ganas de ir pasear por la mansión ni de hablar con nadie. Quizá se equivocaba y necesitaba exteriorizar lo que pensaba, pero el duelo es un camino que cada uno tiene que recorrer solo.

Así que sacó su libro de la mochila y se puso a leer.

El cansancio le dejó leer pocas páginas.

Cayó en un sueño profundo, como hacía tiempo que no conseguía conciliar. Demasiados sucesos en tan pocas horas hicieron que se durmiera sin darse cuenta.

Comenzó a soñar. La mansión Blackmoor era como años atrás. Ella era pequeña, unos cinco o seis años. Su padre daba vueltas en bicicleta por el jardín con un esmoquin y una nariz de payaso, haciendo reír a los asistentes. Los hombres presentes tropezaban con sus propios zapatos o derramaban las copas que intentaban sostener, mientras las mujeres, erguidas y sonrientes, los observaban desde la terraza. Unos perros de caza, que nunca habían tenido, servían copas y unos gatos, en lugar del servicio, servían platos de comida.

Cuando Rebecca fue a coger una loncha de queso, un gato la arañó y ella se puso a llorar. Corrió y corrió por los pasillos y después por las escaleras de la mansión hacia su habitación. Cuanto más se acercaba a la maneta, esta más se alejaba. Corría y corría empapaba de sudor. De repente, estaba de nuevo en la terraza y su madre señalaba a los hombres y se reía de ellos mientras le decía que las mujeres valientes no necesitaban a ningún hombre. Luego, le dio un beso en la frente y le susurró algo al oído. El murmullo se alejaba como si viniera desde el fondo de un pozo.

Rebecca intentó escuchar, forzando los ojos para no despertarse, pero la imagen se difuminó. Abrió los párpados con un fuerte dolor de cabeza, el estómago encogido y las lágrimas tibias corriéndole por las mejillas. Ni siquiera en sueños su madre le daba respuestas.

Pero lo que le llamó la atención hasta el punto de dejarla sin aliento no fue nada de todo eso, sino que, al incorporarse y caerse el libro, se giró y se dio cuenta de que la puerta estaba abierta.

20

Le costó un rato recomponerse.

Despertarse con la puerta abierta no le había gustado ni un pelo.

Alguien había entrado en su habitación mientras dormía.

Cuando consiguió levantarse de la cama, comprobó que el móvil y el cargador estaban donde los dejó. Y así era, no se habían llevado nada.

Arrugó el ceño. ¿Por qué habían entrado?

A lo mejor se había despertado antes de que pudieran hacer nada.

¿Y si seguían dentro de la habitación y se habían escondido?

El dolor de cabeza latía con fuerza, pero, aun así, cogió el cuchillo de la cena y miró debajo de la cama.

Nada.

Solo se podía haber escondido en el armario o en el baño.

Tragó saliva. Miró a su alrededor nerviosa, rezando para que fuera todo una sensación suya y no una realidad. No quería sorprender a nadie en su habitación.

Agarró el pomo del armario y, sin dilaciones, lo abrió.

El olor a cerrado y a moho la alcanzó.

No había nadie dentro. Hizo lo mismo en el baño, pero solo vio reflejada su imagen en el espejo.

Bajó el cuchillo.

No había nadie en su habitación y el dolor de cabeza punzaba más que antes.

Se puso las zapatillas para bajar a la cocina. Allí había un botiquín de medicamentos. Necesitaba un ibuprofeno para rebajar ese dolor o se despertaría con él a la mañana siguiente.

Pero el problema de la puerta seguía. No había nadie en su habitación y ella no había abierto la puerta. O se había convertido en una sonámbula, pero lo consideró una posibilidad remota.

No estaba segura de nada, menos desde que había vuelto a su casa y había vivido unos sucesos tan extraños y surrealistas.

No estaba loca, no había perdido el norte. Todo eso estaba pasando. O eso quería creer.

Bajó las escaleras. Había olvidado que hacían ruido los escalones. A cada paso, el crujido era diferente y cambiaba de intensidad, como si cada peldaño emitiera su propio sonido.

Al principio bajó de puntillas, pero luego recordó que no era una invitada, era la dueña de la mansión, la heredera, el último miembro de la dinastía Blackmoor.

Cuando entró en la cocina, el botiquín seguía donde siempre.

Se hacía raro ver como la cocina, que pocas horas antes era un bullicio de cocineros y camareros, ahora era un lugar gobernado solo por los olores que aún flotaban en el aire: asados de cordero y ternera, salsa *gravy* con hierbas, pan recién hecho, mantequilla fundida, canela y nuez moscada, azúcar glas espolvoreado sobre bollos y tartas. El aroma denso del café se mezclaba con el del té negro que quedaba en las teteras. En el aire estaba el menú completo del banquete que se había servido en el funeral.

Buscó una pastilla efervescente del botiquín. Cogió un poco de agua del grifo y esperó a que las burbujas acabaran de hacer su reacción. Se lo bebió y decidió regresar a su habitación.

Iba a poner el primer pie en la escalera cuando escuchó unas voces, unos susurros leves, casi imperceptibles.

Venían de un pasillo de la izquierda. Arrugó el entrecejo y se preguntó qué demonios eran esas voces mientras se aproximaba.

Cada vez, las voces cobraban más fuerza. Cruzó el pasillo con precaución y llegó al lugar de donde provenían.

—Estate tranquila. No te preocupes —decía una voz masculina.

Rebecca apoyó la espalda contra la pared y prestó atención a la conversación.

—¿Qué pasó? —preguntó una voz femenina.

—No sé explicarlo, Vivianne no está en el ataúd.

Reconoció la voz de Nikos. No se atrevió a asomarse por si la descubrían; aún no sabía qué pensar de Nikos ni su papel en la desaparición del cuerpo de su madre.

—¿Cómo? —exclamó ella, ahogando un grito.

—Shhh. No alces la voz —advirtió Nikos.

—¡Dios mío!

—Es inexplicable.

—¿Crees que la chica y el bombero han hecho desaparecer el cuerpo?

—No, imposible.

Se callaron unos segundos y Rebecca esperó impaciente a que continuaran sintiendo el corazón en la garganta.

—No entiendo, ¿estaba muerta? —preguntó de nuevo la muchacha.

—Sí, por el amor de Dios, estaba muerta. Lo comprobé, no quisiera creer que… ¡No! ¡Es imposible! Debemos…

La voz de Niko se fue alejando y Rebecca maldijo para sí al asomarse con cautela y comprobar que se alejaban por el pasillo.

¿Quién era esa chica? Le sonaba del servicio, pero no estaba segura de quién era. ¿Por qué Nikos se reunía con ella a escondidas en mitad de la noche?

Perdida la oportunidad de enterarse de algo más, regresó a su dormitorio, esa vez, cerró con llave por dentro.

Demasiadas incógnitas, demasiados misterios y preguntas sin respuesta. Su estado anímico era demasiado inestable, estaba al límite, pero no iba a rendirse, demostraría que no era la niña débil que todos pensaban, se lo demostraría a su madre y, sobre todo, a sí misma. Descubriría la verdad a cualquier precio.

Casi una hora después, consiguió dormirse con un plan en marcha.

21

La funeraria Howard estaba ubicada justo al lado de la iglesia.

Casita de ladrillos, pocas ventanas y una entrada con una puerta verde y un cartel de madera tallada colgado encima. En el techo a dos aguas, varias salidas de chimeneas. A la izquierda, estaba la casa de los Stephenson y a la derecha, justo tocando la entrada de piedras de la iglesia, un pequeño jardín verde y frondoso.

En la parte trasera, un sendero de piedras llevaba hasta el almacén de ataúdes de madera.

Le abrieron enseguida a Rebecca.

El horario de la puerta marcaba que, si no había emergencias funerarias, era de siete de la mañana a una del mediodía.

—Señorita Blackmoor, lamento mucho lo de su madre —dijo el señor Howard—. ¿Quiere pasar?

Ella asintió.

La funeraria olía a un ambientador exótico; piña, fruta de la pasión, coco. No supo distinguirlo con certeza, pero le pareció la combinación más extraña que hubiera imaginado.

En todos los años que había vivido en Hambleden, nunca había entrado en ese lugar, objeto de mofas de sus compañeros de colegio.

«Nunca tienen crisis».

«No te enrolles con Loren, da mala suerte besar a la hija del funerario».

«Si no le gustas al padre, te mete en un ataúd».

Frases así llevaron a su amiga Loren a irse a Irlanda con dieciocho años. Solo se quedaron el padre y la madre en el negocio y en esa casa. En la parte superior, la vivienda, y la funeraria, en la planta baja.

—Siéntese, por favor —insistió el hombre, que parecía muy aburrido—. ¿En qué puedo ayudarla?

Se sentaron en un escritorio al fondo de la estancia, rodeados de ataúdes expuestos con varios accesorios y tipos diferentes de maderas.

A Rebecca se le hizo un nudo en la garganta. El ambiente le resultaba sofocante: un olor a madera barnizada mezclado con algo más antiguo, como polvo y flores marchitas. Todo en aquel lugar gritaba tristeza y muerte. Sus piernas le pedían levantarse y salir, pero se obligó a permanecer sentada. Necesitaba respuestas. Tenía que saber qué había pasado en el lapso entre que ella vio cómo se cerraba el ataúd con su madre dentro y abría el del mausoleo con la ayuda de Elijah.

«¿En qué puede ayudarme? —pensó Rebecca—. ¿Por dónde empiezo? Me va a tomar por loca».

Forzó una sonrisa.

Se pasó la mano por el pelo fino largo y rojizo para ganar tiempo.

—Señor Howard, no sé cómo preguntárselo…

Entonces, el hombre levantó las manos con sorpresa.

—Señorita Blackmoor, no se tiene que preocupar de nada, el señor Drakos se encargó de pagarlo todo.

Rebecca afinó la vista. El dueño de la funeraria tendría unos sesenta y cinco años, con pelo blanco, camisa oscura de cuadros y chaleco de algodón. Su rostro estaba lleno de arrugas, pero la barba cuidada le daba un aire de confianza y profesionalidad si no hubiese sido por el espantoso ambientador de químicos tropicales.

—No, no he venido por eso.

El hombre se relajó.

—Vengo por otra cosa. Verá, desde que se selló el ataúd en la iglesia hasta meterlo en el mausoleo de la familia, ¿cuál fue el protocolo?

El hombre se tensó con la pregunta que le hizo la muchacha.

—¿Perdón?

Rebecca se lo explicó de nuevo, solo quería saber cuál era el procedimiento.

Mientras esperaba la respuesta a su pregunta, a Rebecca se le ocurrió una cuestión. ¿Cómo podía ese hombre de avanzada edad levantar un ataúd,

moverlo, meter dentro un cadáver y todo el resto? Porque en la iglesia había otras personas además de él, y allí no estaban.

—Veamos… pues sellamos el ataúd con clavos que cubrimos con embellecedores para ocultarlos. Luego, lo llevamos a una habitación al lado de la sacristía. Después, lo cargamos en el coche de la funeraria y lo transportamos hasta el cementerio o al crematorio municipal.

Esa palabra fue un rayo que la partió en dos. La sola posibilidad de que hubieran confundido el ataúd y lo enviaran al crematorio, de que su madre hubiera muerto quemada viva, le heló la sangre y le revolvió el estómago al mismo tiempo.

Se acomodó en el sillón tapizado, intentando que su rostro no delatara nada. Aun así, el hombre la observó con atención.

—Señorita Blackmoor, ¿qué le pasa? La veo algo… alterada.

Ella pestañeó varias veces y supo que algo se había filtrado en su rostro. Tenía dos opciones: explicarle la verdad y arriesgarse a que todo el pueblo supiera que había abierto un ataúd vacío, o seguir preguntando con la esperanza de obtener una pista.

Se aferró a su pelota de espuma, apretándola con fuerza.

—¿Hay alguna posibilidad de que el cuerpo de mi madre haya acabado en la incineradora?

El hombre sonrió con un matiz difícil de definir, casi malicioso.

—Sé lo que quiere decir, señorita Blackmoor, y eso es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué está tan seguro?

—Ayer no tuvimos más funerales. Solo un ataúd salió de aquí y fue al cementerio —dijo, y se encogió de hombros—. Nunca nos hemos equivocado en ese aspecto.

Rebecca reprimió una sonrisa amarga. «Nunca nos hemos equivocado…», como si eso fuera garantía de nada. ¿Cómo podían saberlo si jamás volvían a abrir los ataúdes?

El tono del funerario cambió, tornándose condescendiente.

—No debe preocuparse. El cuerpo de su madre está a buen recaudo.

—¿Cómo?

—Sí, en el mausoleo familiar. Allí está y no se moverá —afirmó, como si aquello zanjara el asunto.

Rebecca sintió que la energía se le escapaba, no por la respuesta, sino porque entendía perfectamente cómo sonaba su pregunta. Pero no pensaba dejar que eso la frenara. Enderezó la espalda.

—¿No se pueden haber equivocado de ataúd?

Él sonrió de nuevo, preparado para tranquilizarla, pero ella se inclinó hacia delante.

—No me hable como si fuera estúpida. Quiero saber si alguien ha podido cambiar el ataúd de mi madre por otro.

El hombre se quedó sin palabras, sin esperarse la reacción de la chica.

—No. La respuesta es no.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque todo lo superviso yo.

Rebecca dejó que su mirada recorriera la sala.

—¿Y dónde están todas las personas que le ayudaron ayer?

—El señor Drakos pidió el servicio más caro. Cuando eso ocurre, contratamos personal externo para las tareas adicionales.

Ella arrugó el ceño, pensando la siguiente pregunta.

—¿Y no podría haberlo hecho uno de ellos?

—¿Hecho qué?

—Cambiar el ataúd.

El hombre dejó escapar una risa incrédula y breve.

—No, es imposible, me hubiera enterado.

22

La respuesta no le bastó.

Algo había ocurrido y no sabía qué era.

¿Dónde estaba el cuerpo de su difunta madre?

Caminaba por las calles del pueblo sin rumbo, dejando que sus pasos guiaran sus pensamientos. La visita a la funeraria resultó ser un fiasco. En su fantasía, esperaba que el señor Howard admitiera algún detalle importante, pero no, volvía a estar sin un plan claro por donde seguir. Si hubiera estado allí su padre, la habría entendido y encabezaría la búsqueda de la verdad. Pero no era así. Se las tenía que apañar ella sola, sin la ayuda de nadie. Y mucho menos, podía contar con Nikos, que tenía más preguntas a su alrededor que respuestas.

La mañana había empezado fresca. El sol resaltaba el verde de la campiña y el cielo estaba limpio de nubes. No se esperaban lluvias hasta el día siguiente. Un día tan bonito en una situación tan complicada.

Si no fuera por los acontecimientos, ella estaría ahora en Londres, pensando en sus vacaciones en Baleares: el bikini que se había comprado en Harrods, la crema solar, los libros por leer, las reservas en restaurantes con vistas al mar… Sin más preocupaciones que el horario de un vuelo.

Pero la muerte de su madre había roto ese guion y la había devuelto a Hambleden. Y en ese contraste entre lo que podría haber sido y lo que era, pensó que, quizá, si las cosas hubieran sido distintas, Vivianne habría aprovechado algún momento a solas, que Nikos estuviera en alguna tienda o bañándose, para decirle lo de la enfermedad que corría por su venas. Le explicaría lo que había pasado con la abuela y la tatarabuela. Habrían afrontado el tema y seguro que se habrían acercado más después de sincerarse.

Pero no fue así.

Su caminar por las calles de Hambleden sin rumbo la llevó a la calle del *pub*. Aún no estaba abierto, pero los recuerdos no saben de horarios.

La llevaron a esa noche, lejana y fría, cuando cambió por completo su vida. Recordó el estremecimiento que vivió y lo que vino después.

Los *flashes* de esos instantes se disolvieron cuando el móvil sonó.

Era un mensaje de Elijah.

Elijah:

Hola, Rebecca.

¿Cómo va la búsqueda?

Siento no poder estar allí.

¿Te apetece tomar un té esta tarde y hablar, o si te puedo ayudar con otra cosa?

Ella se lo pensó un momento.

Rebecca:

Sí, un té en la cafetería del pueblo a las 5.

Él contestó con un pulgar levantado.

Cuando se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, apareció el coche de la policía. Automáticamente, se bajó la ventanilla del conductor y apareció el rostro de John Ashford.

—Vaya, la princesa de Hambleden —dijo con retintín.

No podía imaginar una forma peor para cerrar la mañana.

John siempre había sido el típico chico conflictivo. El típico que termina en un reformatorio o encuentra un uniforme que le dé autoridad. En el instituto, su fama se propagó tan rápido como sus problemas; cuando aparecía un desperfecto en el mobiliario urbano, al primero al que iba a visitar la policía era precisamente a él. Acabó de reserva en el equipo de cricket, el deporte que elegían para los que no encajaban ni en el fútbol ni en el *rugby*.

—Siento lo de tu madre, aunque supongo que ahora tendrás más espacio en casa, ¿eh?

Rebecca lo miró con frialdad, sin morder el anzuelo.

—Muy gracioso, John.

Él sonrió de lado.

—Seguimos buscando a Callum Redford, ¿sabes, princesita? Aún no lo hemos encontrado.

—Lo siento por ti. Lamento que tu mejor amigo haya desaparecido de la noche a la mañana.

—Es muy raro porque esa noche quería ligar contigo —comentó, ladeando la cabeza sin apartar la vista de sus ojos.

La sangre le empezaba a hervir a Rebecca. Apretaba la pelota antiestrés dentro del bolsillo del abrigo. Le hubiera gustado soltarle un puñetazo a ese estúpido agente, ya que conocía perfectamente cómo era su amigo. Hambleden había ganado tranquilidad y calidad de vida al desaparecer ese criminal impune.

—Pues lo tenía crudo, porque yo estaba con Elijah y él lo sabía.

—Era un chico persistente. Callum conseguía lo que quería. ¿No te parece raro que, después de desaparecer mi amigo, te escaparas a Londres? ¿No es un poquito extraño?

Ella se encogió de hombros.

—La vida da muchas vueltas y mi vida me llevó a Londres.

—No me lo creo, las coincidencias no existen.

Rebecca sostuvo su mirada unos segundos y luego reanudó su camino sin alargar la conversación ni un minuto más.

—Estoy hablando contigo —gritó, pero una llamada por radio lo obligó a dejarla ir.

Rebecca siguió por la calle en dirección a su coche. Había decidido volver a casa. La excursión al pueblo había durado demasiado.

23

El Maserati de Nikos no estaba cuando Rebecca regresó a la mansión.

Dejó el Land Rover y fue directamente a buscar al mayordomo.

Lo encontró supervisando al resto del servicio, que abrillantaba objetos varios de plata. Controlaba que lo hicieran del modo correcto y, sobre todo, que nadie cayera en la tentación de guardarse algún tenedor o cuchillo en un bolsillo y lo vendiera al peso.

Se acercó al anciano mayordomo.

—¿Tienes un momento? Necesito hablar contigo —preguntó Rebecca.

El hombre asintió, ordenó que dejaran los objetos y les concedió cinco minutos de pausa para descansar. En definitiva, de forma educada, venía a decir «idos un momento que, si no, no os puedo vigilar como es debido».

El hombre la miró y colocó las manos detrás de la espalda, listo para saber lo que deseaba la señorita Rebecca.

—Ayer me pareció ver a una chica del servicio que no conozco. Tiene el pelo moreno y un acento bastante particular, ¿te suena?

—Sí, me imagino que se refiere a Katerina —respondió, seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Es la única que no es inglesa. Se incorporó hace unos meses.

—¿Italiana?

—Griega.

La respuesta amplió un abanico de nuevas preguntas. Verla con Nikos por la noche haciendo preguntas extrañas le provocó muchas sospechas. Y que fuera también griega abría un escenario inquietante. ¿Serían amantes?

—¿Por qué me lo pregunta, señorita Rebecca?

Le hubiera gustado decírselo, pero no quiso. Tenía que seguir investigando.

—Por nada.

—Señoritaaa… —dijo alargando las vocales, de la misma manera que de pequeña rompía un tarro de galletas y decía que había sido un gato.

Ella bufó.

—¿Cómo ha llegado a nuestra casa? —El mayordomo puso los ojos en blanco por un instante—. No parece que te guste mucho.

Ferdinand miró alrededor por si había alguien que pudiera escuchar. Ese comportamiento en él era extraño y muy raro. Se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Me la impusieron —confesó como si fuera el secreto más tremendo que hubiera guardado en décadas.

Rebecca levantó las cejas.

—¡Wow! ¿Quién te la impuso? —preguntó usando su mismo tono susurrante.

—Su madre —replicó, horrorizado.

—¿Y por qué?

—No me lo dijo, solo que le hiciera una entrevista y que la incorporásemos al servicio doméstico.

—Y eso no te gustó.

—Para nada —contestó, categórico.

El equipo, que se había ausentado los cinco minutos exactos, volvió y Rebecca no pudo seguir indagando. El momento de confianza y propicio para secretos se desvaneció. Ferdinand regresó a dar órdenes de cómo y qué objetos había que seguir limpiando.

Rebecca tuvo suficiente, se marchó de la sala para ir a su habitación a descansar un poco antes del almuerzo, pero el mayordomo la llamó.

—Le recuerdo que esta tarde el notario realizará la apertura del testamento. No quisiera que lo olvidara —dijo con solemnidad.

Ella arrugó el ceño y sacudió la cabeza.

—No sabía nada.

El mayordomo se extrañó.

—¿Cómo dice?

—No sabía nada. Esta tarde había quedado, ¿a qué hora?

—A las siete en punto en la biblioteca. Media hora antes de servir la cena —respondió, y añadió—: Creo que la importancia del evento, señorita Rebecca,

requiere un cambio en su agenda social; su madre hubiera querido fervientemente que asistiera.

Ella se calló.

El té con Elijah era dos horas antes de la reunión con el notario, le daba tiempo a acudir a ambas citas. No presentarse a la lectura del testamento sería inadmisible. Además de que por fin sabría por qué Nikos había destruido una copia del mismo con la trituradora.

24

Rebecca se sentó en su sitio favorito: el banco junto a la pared, mullido con cojines gastados de flores, desde donde podía ver a todo el que entraba y salía.

The Copper Kettle era como una cápsula del tiempo: mesas de madera oscura con marcas de años de tazas apoyadas, una pizarra con el menú escrito en tiza, el aroma persistente a té negro y bollos recién horneados. Para los turistas, aquel lugar era pintoresco; para los vecinos de Hambleden, una reliquia que se resistía a cambiar.

Los jóvenes, más inclinados al café de diseño, preferían conducir hasta las cafeterías modernas de los pueblos cercanos. Pero para Rebecca, que ahora vivía rodeada de ruido y prisas en Londres, aquel rincón con vajilla desparejada y una tetera siempre humeante se había convertido de nuevo en un refugio.

Al cruzar la puerta, una corriente de aire templado y olor a pan de jengibre la envolvió… y entonces lo vio. En el tablón de anuncios junto a la entrada, entre papeles que ofrecían clases de matemáticas, bicicletas de segunda mano y gatitos en adopción, todavía colgaba un póster que le heló la sangre. Aún se buscaba a Callum Redford, el chico desaparecido hacía más de un año. El papel, descolorido y arrugado, permanecía en el centro del corcho.

La señora que regentaba The Copper Kettle, con una diadema de flores y un delantal que se había cosido ella misma, acercó una bandeja con los dos tés. De la tetera de cobre, como decía el nombre del establecimiento, emanaba un aroma embriagador.

Cerró los ojos y dejó que la esencia subiera.

—¿Cómo estás? —preguntó Elijah.

Ella se encogió de hombros.

Rebecca sabía que apenas había tenido tiempo de asimilar todo lo ocurrido: la muerte de su madre, la desaparición del cuerpo y la certeza de que su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados. En medio de todo eso, estaba Elijah. Su antiguo novio, el chico guapo del pueblo que ahora, para colmo, parecía sacado de la portada de una revista.

No era momento para fijarse en eso y, aun así, aquella imagen se le había quedado grabada. Él había ido a buscarla y estaba allí, ayudándola en medio del caos. Nunca había creído en la amistad entre un hombre y una mujer después de una relación, pero empezaba a preguntarse si no estaba equivocada.

—Supongo que bien.

—¿Supones que bien? —repitió con cierto humor.

—La verdad es que no sé qué decirte.

Él sonrió y vertió en su taza un par de dedos de té para que se fuera enfriando.

—Bueno, entiendo que tendrás un buen caos mental —dijo él—. ¿Has podido descubrir algo esta mañana?

Rebecca sabía que ese momento llegaría. Se le presentaba una bifurcación importante. ¿Hacer de su ex un amigo, un compañero en esa aventura y tenerlo al corriente, o limitarlo a una distracción pasajera mientras durara su estancia en el pueblo?

No tenía respuesta a esa pregunta, pero su corazón se adelantó, inclinándose hacia la primera opción, mientras su mente seguía midiendo riesgos y calculando consecuencias.

—Anoche me desperté y vi a Nikos hablando con una chica.

—¿En serio? —Elijah alzó las cejas, asqueado.

Ella le explicó lo que pasó la noche anterior. Añadió que el mayordomo la había contratado por orden expresa de su madre y que era una chica griega.

En el rostro de Elijah se dibujó una expresión que Rebecca conocía muy bien.

—Venga, suéltalo.

—No, nada.

—Venga, que un poco te conozco y esa cara, también.

Él se pasó la lengua por los labios y se acercó a ella bajando la voz, no tanto para que los otros clientes del establecimiento lo escucharan, porque eran

abuelos y estaban lejos, sino por teatralizar la pregunta.

—¿Crees que Nikos indujo a tu madre para que la contratara en el servicio?

—Es lo que me llevo preguntando todo el día. Quizá mi madre estaba tan enamorada que hacía lo que Nikos le pedía. Ya sabes, cuando uno está enamorado, pierde el norte…

—Sí, sé perfectamente a lo que te refieres —respondió Elijah, mirando directa e intensamente a Rebecca.

Ella no pudo aguantar esa mirada tan penetrante más de un segundo. O incluso menos. Se sonrojó y bajó el rostro sobre la taza humeante para que él no lo notara.

—No sé cómo de enamorada estaba ni cuánto hacía Nikos por ella. La relación con mi madre no era… Me da muy mala espina todo esto.

—Ya… ¿Y qué dijeron?

—Pues él le contaba, algo sorprendido, que el cuerpo no estaba. Y ella, que si tú y yo nos lo habíamos llevado. Él contestó que no podía ser. No sé, la verdad es que me pareció sincero. Además, no era teatro, no sabían que yo estaba. Fue una casualidad.

—¡Ya! ¿Casualidad? —dijo, escéptico.

Le explicó el sueño tan raro que había tenido y el beso de su madre en la frente. Y que encontró la puerta abierta de su dormitorio cuando se despertó.

Elijah se apartó despacio de la mesa, como si algo en sus palabras lo hubiera incomodado o despertado un recelo que no quería mostrar.

—Te lo digo en serio.

Él asintió, se rascó un pómulo y se acercó de nuevo.

—¿Y en la funeraria?

Ella resumió lo ocurrido y ambos barajaron las posibles formas en que el cuerpo de su madre había podido desaparecer.

—Elijah, creo que hay un punto clave —dijo, segura—. Cuando estuve hablando con el señor Howard, me di cuenta. No pudo ser un intercambio con otro ataúd, porque ese día no hubo más funerales. Y aunque hubiera habido otro, el ataúd de mi madre no contenía nada: si hubieran usado ladrillos para simular su peso, Howard lo habría notado.

Elijah asintió.

—Cierto.

—Solo hay un momento en el que pudieron sacar a mi madre del ataúd.

Él arrugó las cejas, perplejo, pero intrigado por la lógica de la chica.

—¿Cuál?

—Entre que sellaron el ataúd delante de mis narices y lo llevaron al coche.

—Es decir, en la iglesia —concluyó él, apuntando a la ventana detrás de ella, a través de las cual se veía la iglesia.

—Allí tenemos que ir —confirmó Rebecca.

25

La iglesia aún olía a incienso. El día anterior, ese mismo lugar había estado repleto de parientes, amigos y conocidos para darle el último adiós a su madre. Aún podía ver el ataúd allí colocado y todas las flores que lo rodeaban.

En ese momento no había nadie en la iglesia.

—Yo estaba aquí —explicó Rebecca.

Elijah asintió.

—Me hubiera gustado venir.

Rebecca pensó que a ella también le hubiera gustado, pero no se lo dijo.

—¿Adónde llevaron el ataúd? —preguntó Elijah.

Ella indicó la dirección y caminó hacia adelante.

—Nosotros estábamos aquí, en primera fila. Luego, la cubrieron y se la llevaron por allí —dijo ella, y siguieron caminando, dejando el altar a la derecha—. Siguieron por aquí…

Rebecca indicó una puerta en el lateral y fue a abrirla, pero apareció el vicario.

Se lo encontró delante, vestido con un jersey de cuello alto y un tejano, casi no parecía él.

—Señorita Blackmoor —saludó con un tono ceremonial y serio—. Lamento mucho su pérdida, toda la comunidad desea que haya encontrado su lugar al lado del Señor.

Ella asintió y sonrió rápidamente.

—Gracias.

—¿Se mudará a Hambleden?

—No, no lo creo.

—¿Y qué la trae por la casa del Señor? ¿Busca orientación espiritual? —dijo, mirando después al bombero.

—Estamos siguiendo los últimos pasos de mi madre.

El vicario arrugó el ceño.

—No la entiendo.

Entonces Elijah dio un paso adelante.

—Nada importante, vicario. Estamos reconstruyendo el camino del féretro de la madre de Rebecca —afirmó, alargando la mano.

El religioso se extrañó. No entendía la necesidad ni el fin de aquello, pero no lo cuestionó. Se dio la vuelta y los dejó pasar. Seguramente, porque el padre de Rebecca había ayudado con mucho dinero una vez que tuvieron reconstruir el tejado por un temporal que dejó la iglesia casi al desnudo. Si hubiera sido otra persona, le habría dicho que no tenía tiempo o que se tenía que marchar o que tenía que hacer algo de ineludible importancia.

—El féretro pasa por esta pequeña salita, donde viene ya cerrado, y luego se abre esa puerta —dijo, indicándola—. El coche fúnebre espera ahí fuera y se lo llevan al cementerio, al crematorio o a casa.

La estancia no tenía escapatoria. Con paredes blanquísimas, un crucifijo en la pared y un mueble que contenía objetos religiosos, el carro que transportaba el ataúd tenía espacio para dar la vuelta y cabían unos cuantos operarios alrededor para trabajar cómodamente.

Luego, seguía su destino atravesando una puerta doble y un sendero de piedras al final del cual esperaba el coche abierto.

Sintió que no había descubierto mucho. Tampoco sabía qué pretendía averiguar exactamente allí. Se quedó mirando la puerta casi sin respirar, imaginando cómo esos hombres de la funeraria encerraban a su madre en la caja de madera y se la llevaban a saber dónde.

Vio que la nariz se movía, no una vez, sino dos, o por lo menos eso le pareció.

—¿Usted estaba aquí cuando se la llevaron?

El hombre la miró con perplejidad. Entendió que algo no iba bien, que algo le chirriaba a la hija de la difunta.

Movido por la curiosidad, se lo preguntó.

—¿Qué busca, señorita Blackmoor?

—Nada, simplemente, estamos reviviendo el trayecto, nada más —repitió el bombero.

El vicario se quedó callado, con una expresión contrariada.

—Solo quiero saber una cosa más —intervino de nuevo Rebecca—. ¿Vio cómo lo cargaban en el coche fúnebre?

El vicario sonrió, pero su gesto era más de incomodidad que de amabilidad.

—Creo que estos sucesos la han afectado muchísimo, señorita…

—Responda, por favor —interrumpió Rebecca, más firme que brusca. Sus palabras se proyectaron por las paredes blancas de la iglesia y el eco pareció insistir en su petición.

Estaba cansada de que no la tomaran en serio. El vicario, algo encogido, miró un instante a Elijah antes de contestar.

—Sí, seguí el féretro hasta que lo cargaron en el coche. Lo vi con mis propios ojos.

26

Salieron de la iglesia y Rebecca se sentó en un banco de piedra con líquenes verdes y amarillos, orientado hacia el edificio.

—Estás inquieta —comentó Elijah, mirándola de reojo mientras se sentaba a su lado.

—No es inquietud —respondió Rebecca, sin apartar la vista del horizonte —. Es… pensar demasiado.

Elijah alargó las piernas y estiró la espalda.

—Nunca te había visto así.

Rebecca miró el reloj. Eran las seis y media. Tenía que volver a la mansión, una cita ineludible la esperaba en media hora.

Pensó que, si hubiera sido por Nikos Drakos, nunca se habría enterado de la lectura del testamento. Ese hombre le resultaba de lo más controvertido. El forense confirmó que se había asegurado de que su madre no hubiera sufrido un ataque de catalepsia, lo escuchó hablar con la chica griega, con la que intuía que había una relación que todavía no podía catalogar, y, a la vez, parecía que quería a su madre. No era nada fácil de entender.

—¿Sabes qué es peor que perder a un ser querido?

Elijah frunció el ceño.

—La incertidumbre. —No le dejó contestar—. No saber dónde está el cuerpo de alguien que quieres… Es como vivir con una herida abierta. Todos los días te despiertas y alguien te echa un puñado de sal encima. Me imagino a esas madres que no saben dónde están sus hijos, sin un lugar donde llorarlos, sin saber si sufrieron, si… —se interrumpió, tragando saliva—. Es insoportable.

Elijah la miró, sorprendido.

—Nunca te había escuchado hablar así.

Ella dejó escapar una sonrisa breve, casi amarga.

—Tampoco suelo hacerlo.

—Pues me gusta que lo hagas —dijo él con sinceridad—. Por eso creo que deberíamos avisar a la policía.

Rebecca chasqueó la lengua.

—Claro, y darle el caso a John Ashford… El nuevo Sherlock Holmes de Hambleden. Seguro que en un par de horas resuelve todo mientras se mira en el retrovisor.

—No digas tonterías, se encargaría un inspector del condado. Nada de policías de tres al cuarto.

—Da igual, no creo que la policía nos ayude. Lo que hemos descubierto hoy es que el intercambio tuvo que ser en el coche fúnebre. Debemos hablar con el señor Howard para saber quién conducía, cuál fue el trayecto y cómo sacaron el cuerpo de mi madre.

—¿Y por qué todo este *show*?

Rebecca lo miró fijamente. Del mismo modo que hace un autómata cuando se queda sin cuerda o un juguete sin batería.

La palabra de Elijah la atravesó.

El *show*.

En realidad, no había ningún *show*, eran ellos quienes lo habían creado, el plan se había ejecutado de forma perfecta, pero ellos habían descubierto que alguien se había quedado con Vivianne.

Antes de que Elijah le preguntara qué estaba pasando en esa hermosa cabeza, su teléfono sonó.

Una alarma apareció en la pantalla, las dieciocho y cuarenta y cinco.

Se levantó bruscamente.

Dio un paso y se giró hacia Elijah.

—¿Has quedado?

Él negó con la cabeza.

—¿Tienes que hacer algo esta tarde?

—¿Qué te pasa, Rebecca? No me asustes.

Ella torció la boca, fue una decisión instintiva, nada meditada, pero la tomó igual. Para bien o para mal, la tomó.

—Ven conmigo, te lo explico mientras vamos de camino a casa. Tengo algo importante esta tarde.

27

El notario alargó el silencio más de lo que hubieran esperado los asistentes.

Bueno, ciertos asistentes.

A Rebecca le daba un poco igual lo que dijera ese hombre. La herencia de su madre no estaba en esas piedras ni en esas cosas: lo que llevaba de ella en la sangre era una carga, no un orgullo. Lo único que rescataba de esa casa eran retazos de infancia en los que su madre no estaba.

Recordaba, por ejemplo, cuando su padre la dejaba subir a sus hombros para alcanzar las manzanas más altas del huerto, riéndose juntos hasta que a ella le dolían las mejillas. Eso sí era herencia. Eso sí era suyo.

Sintió cero apego a todo lo que había en la mansión y la mansión misma. Si tuviera que dejar su habitación con sus muebles y llevarse solo una maleta, igual como llegó el día anterior, lo habría hecho sin pestañear. Solo se habría llevado una cosa: los álbumes de fotos donde aún quedaban esas sonrisas con su padre. El resto podía disfrutarlo, venderlo o quemarlo el marido de su madre

No obstante, quería estar presente y resolver una de las muchas incógnitas que rodeaban todo ese misterio.

Y quería que estuviera Elijah. No sabía bien por qué, pero cuatro ojos ven mejor que dos.

Justo cuando entró en la mansión, subió a su habitación sin demora y cogió el folio que había reconstruido el día anterior con los trocitos que había rescatado de la trituradora. Se lo guardó y se dirigió a la planta baja.

La función se había preparado en la biblioteca. Un gran salón que su abuelo había llenado con ejemplares rarísimos y antiguos. De techos altos y ventanas ojivales. Las paredes de libros estaban divididas en dos pisos. El

primero era de fácil acceso. El segundo, gracias a una escalera de madera y un altillo que rodeaba la estancia.

En el centro, sillas orientadas hacia la chimenea.

En ellas, estaba Rebecca en primera fila a la derecha. Nikos, a la izquierda. Detrás de la señorita Blackmoor, el mayordomo, Ferdinand, y, detrás del viudo, el abogado de la familia. Contra la pared, estaban Elijah y alguna persona del servicio. Todas y cada una de esas personas debían estar presentes en la lectura del testamento.

Vivianne no había contemplado que estuviera también el joven Elijah Thornhill, pero Rebecca así lo quiso y el notario no vio impedimento.

Lo que a Rebecca la asombró fue un detalle. ¿Por qué la chica de servicio griega, la tal Katerina, debía estar presente? Eso no le gustó. Todo aquello olía a chamuscado.

Katerina estaba de pie con su uniforme impecable. Largo pelo moreno con rizos y aparentemente nerviosa. Tendría unos treinta años y rasgos helénicos.

Al lado, Elijah era obvio que se sentía como un pez fuera del agua.

Le sonrió Rebecca y se giró.

Delante, el notario tomaba notas. Llevaba así casi diez minutos. La expectación de la lectura se notaba en el aire, flotaba a la altura de los ojos, casi se podía ver, sentir, respirar.

Mientras esperaba a que el notario se decidiera a leer, recordó la copia del testamento que había recompuesto de la trituradora. En ese, escrito de puño y letra, Vivianne hacía heredero a Nikos de las inversiones y acciones de sociedades, el resto, iría a Rebecca. Al triturar ese documento, tomaría vigencia el anterior. Pero ¿cuál era el anterior?

Se suponía que sería uno mucho más beneficioso para Nikos. Tal vez, todo lo heredaría él.

Suspiró y miró el reloj. Comenzaba a hacer calor.

El notario carraspeó y apartó los documentos de identidad de los presentes a la lectura del testamento.

El crujido tenue del pasar varias hojas hizo aumentar el silencio en la sala.

—Vamos a ver —dijo, y miró el reloj—. Las diecinueve quince. Tal y como designó doña Vivianne Blackmoor que se leyera el testamento. Todos los que

no asistan se quedarán sin herencia —anunció, y miró a los asistentes por encima de las gafas.

Luego, los contó mentalmente: un total de siete, más uno, Elijah.

—Bien, creo que estamos todos —afirmó, y regresó a sus papeles.

El notario tenía una estilográfica Montblanc con ribetes de oro. Cada vez que la usaba, aunque fuera para añadir una coma, la abría y la cerraba, como si fuera una liturgia, un ritual.

—Empecemos —dictaminó, y comenzó a leer.

Testamento de doña Vivianne Blackmoor

Fecha: 12 de mayo del año 2025

Lugar: Biblioteca de la mansión Blackmoor, condado de Buckinghamshire, Inglaterra

Yo, Vivianne Blackmoor, en pleno uso de mis facultades mentales y con absoluta conciencia de mis actos, redacto de mi puño y letra este, mi testamento final y definitivo.

Habiendo meditado largamente sobre los afectos verdaderos que han marcado mi vida, y tras sopesar con justicia lo que cada uno ha dado y quitado a esta familia, declaro lo siguiente:

Artículo primero:

A mi mayordomo, Mr. Farnsworth, quien ha servido a nuestra familia con lealtad durante más de tres décadas, le concedo una pensión vitalicia y el derecho a

residir en la casa del guardabosques mientras viva, así como el uso exclusivo de mi biblioteca personal.

Artículo segundo:

A mi abogado y amigo de mi marido de toda la vida, sir Horace Whitmore, le lego mi más sincero agradecimiento y una botella de aquel coñac francés de 1911 que tanto supo apreciar.

Artículo tercero:

A mi esposo en segundas nupcias, Nikos Drakos, le dejo el Maserati, ya que lo compró con mi dinero.

Artículo cuarto:

Lego, cedo y transfiero la totalidad de mis bienes, derechos, títulos y posesiones —incluyendo la mansión Blackmoor con todos sus terrenos, los establos, los jardines de invierno, la colección de relojes antiguos, la bodega subterránea, el piano Bechstein, los manuscritos familiares del siglo XVIII, los bonos de guerra británicos, todas las inversiones y todas las cuentas corrientes, a mi hija legítima, Rebecca Vivianne Blackmoor.

A ella le entrego también la llave del ala oeste, que guarda secretos que sabrá entender con el tiempo.

Cláusula final:

Ruego a quienes oigan estas palabras que no busquen justicia en las herencias, sino memoria en los actos. Lo que uno planta en vida, cosecha en muerte.

Firmado de mi puño y letra,

Vivianne Blackmoor

El silencio se apoderó de la sala.

Rebecca no tuvo el valor de girarse hacia Nikos. No, era demasiado pronto para hacerlo. Su madre se había quedado con un as en la manga que se sacó de repente.

Ella lo heredaba todo y Nikos se llevaba de vuelta a Milán o a su isla griega solo su querido Maserati. Además, con la conducción del lado derecho, no

disfrutaría al otro lado del Canal de la Mancha.

—¡Psé! ¡Psé! ¿En serio? ¿Esto es todo? ¿Un maldito coche? —gritó, y, antes de levantarse, hizo algo que Rebecca no esperaba, lanzó una mirada de socorro a Katerina, la cual lo miraba de la misma manera: patidifusa—. ¡Tiene que haber un error! Maldita sea. —Se levantó y se acercó al notario—. Le di los mejores años de mi vida… ¿a cambio de un coche?

Le arrancó el testamento y quiso leerlo él mismo.

Elijah se puso en pie del mismo modo que se habría comportado un guardia de seguridad.

Rebecca nunca había visto a Nikos tan enfadado, furioso como nunca. Desde luego, la situación lo valía, y no era para menos. Todos sus planes se desmontaron en un minuto.

Se quedó petrificado al confirmar lo que ya había escuchado.

—¿Satisfecho? —dijo el notario—. ¿Puede devolvérmelo?

—No, satisfecho, no. Este no es el último testamento que hizo Vivianne, me lo dijo. Me dejaba todo a mí. No puede ser. Esto es una conjura y no voy a permitirlo.

—Se equivoca, señor Drakos. Este es el último, lo ratificó hace unos meses. Si no está conforme, tendrá que tomar acciones legales. Por el momento, mi deber ha concluido —dijo, y se giró hacia Rebecca—. Enhorabuena, señorita, espero que haga buen uso de todo el patrimonio familiar.

Ella solo contestó asintiendo con la cabeza.

—Esto no se acaba aquí —afirmó Nikos de forma teatral, y sacó un folio que tenía a buen recaudo en su bolsillo—. Este papel lo cambia todo, mis queridos amigos.

Nikos desplegó el papel y se lo enseñó al notario.

—Dígame, señor notario, ¿qué dice este papel? —espetó con chulería.

El hombre lo leyó en un abrir y cerrar de ojos. Luego, hizo un gesto de desacuerdo.

—Lea, lea lo que dice. Se lo leo yo —afirmó, pletórico, a todos los presentes —. Que heredo todo lo que tenía mi esposa.

—Efectivamente —afirmó el notario, y los asistentes ahogaron un suspiro —. Efectivamente, señor Drakos, este documento dice eso.

Una sonrisa maléfica se apoderó del rostro de Nikos Drakos y demostró, de una vez por todas, su auténtica naturaleza.

—Y bien, creo que esto lo cambia todo. ¡Yo soy el dueño de todo!

Se creó un silencio sepulcral e incómodo cuando Nikos dijo eso, se puso delante de los presentes con los brazos en jarra y en una posición que le daba un aire de emperador.

Rebecca esperó expectante la resolución del notario. Estaba claro que la copia de Nikos no tenía validez si había un testamento posterior y con firma oficial. Su madre había jugado con él, ya que eran al menos tres los testamentos diferentes que habían circulado: el que ella tenía en el bolsillo, el que había sacado Nikos y el que había leído el notario. ¿Por qué lo habría hecho? Sería absurdo sacar su copia reconstruida porque tendría la misma validez que la de Nikos, y miró a este de reojo.

—Lo único que tiene legalidad es lo que dejó por escrito la señora Blackmoor ante notario y con la fecha más próxima a su defunción, es decir, el documento que he leído y del que todos ustedes han sido testigos, por lo que cualquier otra copia es papel mojado. Y con esto, cerramos la lectura —concluyó, y se levantó del escritorio, ayudándose con un bastón.

Rebecca sonrió mientras Nikos bufaba de frustración y el resto hablaba entre murmullos. Sintió que la justicia la besaba y por un instante todos los otros problemas desaparecieron, excepto la curiosidad creciente de saber qué habría en el ala oeste.

28

Esa noche, Rebecca volvió a tener pesadillas.

Se despertó con sudores y con un sobresalto. Esa vez, un elefante la perseguía y no podía escapar.

Cuando apoyó los pies descalzos en el parqué frío, intentó interpretar esa pesadilla. Se preguntó si el elefante era su propia herencia. ¿Ella quería todo eso? ¿Esa responsabilidad? ¿O prefería tener una vida anónima en Londres en un pequeño apartamento con un suelo casi precario?

No tenía respuesta.

El cadáver de su madre, desaparecido y ella, al mando de ese viejo barco que representaba su familia.

Las dos y media de la madrugada era pronto y tarde para cualquier cosa.

Sintió la herida que al despertar se llena de sal. La misma que tienen los parientes sin un cuerpo al que llorar.

Tenía la boca pastosa y seca. Tenía sed. En la habitación no tenía agua, había pensado que no era necesario, pero se equivocaba.

Sin ponerse las zapatillas, abrió la cerradura de su habitación y salió. La casa estaba silenciosa. Todos dormían. Pensó en la conversación de Nikos y Katerina la noche anterior. Supuso que esa vez no los encontraría. Se planteó si se quedaría Katerina o si ella misma se iría cuando Nikos dejase la casa. Él no se conformaría solo con el Maserati, pero no era su problema.

Bajó a la cocina a hurtadillas.

Le gustaba la mansión de noche, sin nadie y sin ruidos. Cogió un vaso y le echó agua de la nevera. Disfrutó que el líquido frío pasara por su boca y esófago hasta dejar de sentir sed. Se sentó un segundo en la mesa donde se preparaban postres. El taburete era muy alto, en sus recuerdos le costaba llegar

a la mesa y comer las galletas recién horneadas o la masa cruda antes de ser cocida.

Miró la cocina vacía que tenía delante. Solo había encendido pocas luces, las justas para llegar a la nevera.

—¿No consigue dormir? —Escuchó detrás de ella.

Se giró de repente, casi echándose el agua encima.

—Por todos los demonios, casi me da un ataque al corazón —refunfuñó.

El mayordomo llevaba un pijama discreto y un batín.

—Nada que ver con el que se ha llevado hoy el señor Drakos —bromeó.

Ella subió las cejas.

—Supongo —respondió, y se vertió más agua—. Ferdinand, ¿qué hay en al ala oeste?

El hombre pidió permiso antes de sentarse en el otro taburete frente a Rebecca.

—No lo sé, señorita Rebecca. Me temo que lo tendrá que descubrir usted.

—Pero no sé cómo acceder.

—Supongo que el notario le entregará todo lo necesario para que pueda hacerlo.

Ella asintió y se levantó. Vertió más agua en el vaso para llevarlo consigo al dormitorio y, antes de marcharse, se detuvo.

—Me alegro de que mi madre haya dejado que te quedes de forma vitalicia.

El hombre sonrió.

—Siempre y cuando usted no venda la casa, claro está.

Eso no lo había pensado.

—Buenas noches, Ferdinand —se despidió, y salió.

Se dirigió hacia la escalera para volver a su habitación, pero tuvo una extraña sensación y se detuvo. Algo no iba bien. Había algo inexplicable que no entendía y que no podía determinar, pero que, aun así, sentía.

Tuvo un escalofrío y se apresuró a subir para regresar a la cama.

Puso el primer pie en el escalón y levantó la vista. Su cuerpo ligero y delgado tuvo una sacudida.

No daba crédito a lo que había visto. Era imposible. ¿Estaría alucinando?

29

El vaso de agua fresca se le resbaló.

Se partió en mil pedazos y el agua se deslizó por la escalera.

Rebecca consiguió evitar un grito tapándose la boca con las dos manos. Un escalofrío le cruzó la piel levantando el vello de sus brazos.

No le dio tiempo de ver la figura exacta, un fragmento de la realidad, una sombra, una visión, pero lo que importaba era que la figura de su madre había estado allí. La miró un segundo, se fue de inmediato por detrás del muro y desapareció.

Se congeló un instante, era imposible que su madre estuviera allí. Su abuela le había hablado de fantasmas en la mansión. Historias antes de dormir para impresionarla y hacer que no saliera de la cama. Mitos, leyendas, habladurías. Pero aquello había sido muy real. Tan real que le había sacudido el cuerpo como nada lo había hecho antes.

Las posibilidades de si era una visión, un fantasma o ella en persona se entrelazaron.

Durante los pocos segundos que luchó entre entender si era la realidad o un producto de su mente cansada, todo lo que podía ser ya se había esfumado.

Subió los escalones de dos en dos, cuidando de no pisar los cristales.

Cuando el mayordomo llegó al pie de la escalera, alertado por la rotura del vaso, la vio llegar corriendo al primer piso.

Rebecca observó el pasillo que daba a su habitación y al resto de estancias; estaba vacío.

Su respiración se había intensificado. Jadeaba por el esfuerzo y por la adrenalina que tenía en el cuerpo.

—Señorita Rebecca —la llamó por detrás el mayordomo, que había subido con dificultad por las escaleras debido a sus desgastadas rodillas.

Cuando llegó a la puerta de la habitación de Rebecca, ella ya estaba dentro para ver si encontraba el rastro de su madre.

—Aquí no está… —afirmó ella con tristeza.

Él negó con la cabeza, sin entender.

—¿Quién?

—Mi madre —confirmó, y salió al pasillo—. Estas puertas… La llave, Ferdinand, la llave.

Demasiados sucesos incomprensibles para el anciano. Pero, no obstante, sacó la llave y se la dio.

Mientras ella iba abriendo una por una las habitaciones del pasillo, él la miraba perplejo.

Rebecca, ahogada en sus miedos y en la posibilidad de que se estuviera realmente volviendo loca, buscaba con sed de respuesta.

Entró en la primera habitación. Encendió la luz. Miró debajo de la cama. Abrió todos los armarios. Entró en el lavabo y apartó la cortina de la ducha. Cuando se dio cuenta de que ya no había recovecos donde mirar, siguió con la segunda habitación.

El ansia galopaba en sus venas.

—Están todas cerradas, señorita Rebecca. Nadie puede entrar —explicó en el umbral de la segunda habitación que inspeccionaba—. Creo que su mente le ha jugado una mala pasada. Muchas veces, cuando echamos de menos a alguien, podemos verlo en todas partes.

—No, Ferdinand, la he visto —dijo intentando convencerse de la locura que estaba haciendo—. La he visto.

Ferdinand negó de nuevo y esperó pacientemente a que la chica, ya dueña de toda la mansión, controlara una por una todas las habitaciones.

Una vez que terminó, sus dos miradas se cruzaron.

Rebecca resoplaba por haber inspeccionado casi diez habitaciones en tan poco tiempo.

—Estaba tan segura de lo que he visto…

Ferdinand la miraba con comprensión. Eran las tres de la madrugada y toda la casa excepto ellos dos dormía. Por fortuna, nadie más del servicio había acudido a ver ese momento de paranoia de la dueña.

Ella se pasó la mano por la frente y bajó la vista.

—Me estoy volviendo… —musitó.

Él apoyó la mano en su hombro. Era la primera vez que se atrevía a tocar a la pequeña de la casa. En sus más de treinta años de servicio allí, había visto de todo. Sin embargo, esa situación era complicada hasta para él.

—Debe tener en cuenta una cosa, señorita, no está usted pasando por un buen momento. Han sido muchas emociones en poco tiempo. Lo mejor es dormir. Mañana, le aseguro que verá la vida de otra manera. Y esta situación solo será un mal sueño, ¿me entiende?

—Me pareció verla, Ferdinand.

Él asintió.

—Suele pasar, supongo.

—¿Qué harías en mi lugar?

El hombre levantó las cejas tupidas y grises, pensó un instante y contestó.

—Cada persona afronta sus duelos como puede, *milady*. Dese tiempo. Y descanse.

—Supongo que tienes razón… —confesó, y miró las escaleras—. Recogeré ese desastre antes de que alguien se haga daño.

—¡Ni hablar! Usted duerma, lo necesita.

Rebecca, a pesar de que el mayordomo insistió numerosas veces, bajó con él, recogieron juntos los cristales y secaron el agua. La sorprendió la comprensión y la amabilidad del hombre, al que siempre había considerado como un estirado y un esbirro de su madre. Tal vez, la influencia de Vivianne había sido demasiado avasalladora como para negarse a ella. Incluso para las personas ajenas al apellido familiar.

Regresó a la cocina, cogió otro vaso de agua fría y, finalmente, entró en su habitación.

Antes de dormirse, sintió la necesidad incontrolable de mandar dos mensajes. Cogió el móvil y abrió la aplicación de WhatsApp.

El primero fue a Elijah, que le decía si repetían el té de las cinco.

El segundo era para Cressida Byrne, su psicóloga, necesitaba una sesión, aunque fuera a distancia, para explicarle todo lo que le estaba pasando.

30

—Quiero el nombre del conductor.

Rebecca llevaba toda la mañana con un único pensamiento martilleándole la cabeza. Esa mañana se había despertado alterada. Entre el suceso de las tres de la mañana que había partido su noche y que solo pudo dormir unas escasas horas, sintió un fuego interno que la quemaba hacia la verdad.

Entró en la funeraria.

No había ni siquiera desayunado.

No podía esperar más. Solo existía un punto posible donde pudo ocurrir el intercambio de ataúdes. Lo habían sellado delante de ella, llegó al cuartito contiguo a la sacristía ante la mirada del vicario, se cargó en el coche fúnebre y… sepultaron un féretro vacío.

El único punto donde todo había pasado era uno y solo uno. Y tenía delante a la persona que podía darle la información y ofrecerle la luz al final del túnel. La verdad y la recompensa, la redención de las almas.

El cuerpo de Vivianne Blackmoor tenía que ser encontrado, enterrado de una vez por todas para que Rebecca pudiera seguir con su vida en Londres. Y una vez que el orden natural se restableciera, solo entonces, dejaría de tener visiones y volvería a dormir tranquila. Solo entonces. Y el señor Howard, de la Funeraria Howard de Hambleden, era la única persona que podía ayudarla.

—¿Cómo dice? —preguntó, apabullado.

Rebecca cerró la puerta tras ella y se encaminó con firmeza hacia el hombre, sin importarle que dos señores estuvieran sentados en los sillones delante de su escritorio con catálogos abiertos de servicios funerarios.

—Necesito el contacto del chófer que llevó el ataúd de mi madre.

—¿Ahora? Estoy atendiendo a estas personas…

—No puedo esperar. Es muy urgente.

Los dos clientes se pusieron rígidos y el señor Howard se dio cuenta. Un cliente descontento era una publicidad terrible, más cuando las muertes en ese pueblo escaseaban más cada año.

Titubeó. En otra situación le habría hablado de confidencialidad y de protocolos, pero el brillo de los Blackmoor en los ojos de Rebecca le hizo reconsiderarlo.

Abrió un cajón, buscó en un tarjetero y, tras unos segundos, le tendió una tarjeta.

—Es lo único que tengo.

Ella la leyó.

—¿Solo esto? ¿No hay dirección, un contrato… algo más?

Howard se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Verá, hay ciertos servicios que no se contratan, sino que se hacen… de otra manera.

—Ilegales —adivinó, y el hombre miró nervioso a los clientes que escuchaban.

—Señorita Blackmoor, por favor, es lo único que tengo de ese hombre, por favor…, llévesela —pidió, indicando la puerta.

Ella suspiró y la guardó, se dio la vuelta hacia la puerta, pero no salió, se giró de nuevo, sorprendiendo al funerario y volviendo a ponerlo en guardia.

—Gracias y perdonen la intromisión.

Howard asintió y ella salió.

Entró en los jardines de la iglesia y fue a sentarse en el mismo banco donde la tarde anterior había estado con Elijah, pero estaba empapado por el rocío de la noche. Así que buscó uno al sol, uno que ya estuviera seco, y se sentó.

Sacó la tarjeta de visita que le había entregado el señor Howard y la miró.

George Miller, y un número de teléfono.

31

El corazón de Rebecca se aceleró en un instante.

Llamar a esa persona era un escalón más cerca de la verdad.

¿Quién era George Miller?

¿Y qué había hecho con el cadáver de su madre?

¿Habría descubierto una trama de comercio de cadáveres con algún fin lucrativo?

Primer tono.

Esperó.

Segundo tono.

Respiró hondo, intentando controlar el aire que entraba y salía de sus pulmones, pero no lo consiguió.

Tercer tono.

El chófer del coche funerario podía ayudarla a saber la verdad o, directamente, decirle por qué había cambiado el ataúd.

Cuarto tono.

¿Debería desistir?

No, las ganas de hablar con ese hombre eran demasiado fuertes.

Al quinto tono, el hombre contestó.

—¿Quién es? —dijo el tal George Miller al otro lado de la línea.

Su voz sonó ronca. George Miller. Nombre y voz de un peón del puerto más que de un hombre al que ocasionalmente llamaban para un servicio funerario. De la misma manera que un *catering* busca refuerzos de camareros cuando tiene mucho trabajo, ese hombre acudía cuando el señor Howard lo llamaba.

De la boca de Rebecca no salió ningún sonido, aunque, a las nueve en punto, las campanas de la iglesia de Hambleden repicaron.

El hombre no colgó, escuchando las campanas.

—¿Hay alguien? ¿Quién es? ¿Qué quiere?

Se armó de valor y contestó.

—¿Señor Miller?

El hombre gruñó del otro lado.

—Soy la hija de Vivianne Blackmoor. Quería hablar con usted por un asunto…

El señor Miller no dejó que Rebecca acabara de formular la frase: colgó.

Rebecca se quedó boquiabierta.

Miró la pantalla, incrédula.

—¿Cómo? ¡No!

Le dio a rellamar, pero saltó el buzón de voz.

—¡No, no! ¡No puede ser! ¡Responda! —gritó.

Marcó una tercera y una cuarta. Estaba claro que, George Miller, al escuchar quien era su interlocutora, no quería mantener una conversación con ella.

¿Por qué?

Estaba claro que había dado en el clavo y por eso no quería hablar con ella. Rebecca, por primera vez en esos días, había dado en la diana.

Hizo el ejercicio de las ocho respiraciones que le había enseñado su psicóloga y llamó de nuevo.

—Señor Miller, solo quiero hacerle unas preguntas. No le robaré más de cinco minutos. Por favor, llámeme de vuelta a este número. No quiero importunarle, solo quiero la verdad. Es por mi madre. Si sabe algo, por favor, necesito su ayuda —imploró Rebecca, y colgó.

Nunca sabría si escucharía el mensaje, pero no tenía más opciones, era lo que tenía que hacer.

—Claro que sabes algo, si no, no me colgarías como un bellaco —murmuró, guardándose el teléfono.

Rebecca se sintió sola y perdida. Sus dos progenitores ya no estaban, y ya no tenía a nadie a quien pedir consejo o llamar para desahogarse.

Se levantó y entró en la iglesia.

Solo había dos ancianas en los últimos bancos, rezando en silencio.

Caminó por la nave central hasta el primer banco, justo donde se sentó en el funeral.

Suspiró.

Su móvil vibró. Era un mensaje de su psicóloga.

Cressida:

Si quieres, podemos vernos en un par de horas.

¿Videollamada?

Ella contestó con un emoticono de un pulgar levantado.

Después, guardó el móvil y se centró en el presente.

Se quedó mirando el altar. Recordaba el ataúd de su madre con las guirnaldas de flores. Su nariz, que sobresalía de la madera y que se movió. ¿Un efecto óptico? Tras lo vivido la noche anterior, ya dudaba de todo.

Descubrió que la calma de la iglesia la ayudaba a razonar y a pensar.

George Miller era una pista importante, pero hasta que no contestara era un callejón sin salida. Así que se sintió como en medio de la nada. No tenía nada y no podía avanzar en ninguna dirección. Cuando le sucedía eso a la policía, en películas o series de televisión, lo que hacían era retroceder y volver a empezar.

Ella tenía que hacer lo mismo.

Retroceder.

Volver al inicio, a cuando todo empezó. Y eso fue cuando descubrió la enfermedad de su madre y que ella también llevaba en su ADN. Una maldición, había dicho ella en su diario.

Un defecto genético hereditario.

¿Era eso así?

¿Por qué su madre nunca le había mencionado algo de tan vital importancia?

Había buscado información en internet, pero esta era contradictoria y poco fiable; solo sabía, a grandes rasgos, que era un trastorno nervioso repentino que suspendía el movimiento del cuerpo.

Pero no era suficiente. Quería hablar con alguien que supiera del tema o que, al menos, lo hubiera tratado de cerca.

Se levantó del banco y fue directa a la consulta del médico de la familia.

32

El doctor Nathaniel Briggs visitaba en su propia casa. Tenía un pequeño consultorio en la planta baja: un despacho donde atendía a sus pacientes y una pequeña sala de espera con una mesa central llena de revistas y cuentos para colorear y sillones viejos pero cómodos.

En la salita, había una anciana, dos hermanos muy vivaces, por no decir maleducados, y una señora.

En un primer momento, Rebecca pensó que se tendría que marchar y regresar por la tarde, para no perder la videollamada con Cressida Byrne. Afortunadamente, las visitas fueron más rápidas de lo que esperaba y en menos de una hora ya estaba delante del médico.

El hombre alargó la mano para estrechársela.

—Fui al funeral, Rebecca, pero no pude acudir a la mansión. Lo siento.

Ella asintió.

—Recibe mi más profundo pésame.

—Gracias.

—Hacía mucho que no te visitaba. ¿Cómo estás? ¿Qué problema tienes?

Ella suspiró y se acercó al doctor. El escritorio que los separaba era de melanina gris. Un ordenador portátil algo pasado de moda estaba encima de la mesa. Como pisapapeles, alguna figurita patrocinadora de medicamentos.

—No es para mí, doctor. Es por mi madre.

La respuesta lo sorprendió.

—Tú dirás.

—Verá, he descubierto… En fin, voy al grano. ¿Sufría alguna enfermedad?

El hombre se relajó, porque creía que sería más difícil la pregunta.

—Hace mucho tiempo que tu madre era mi paciente y su estado de salud era muy bueno. Ha sido un *shock* para mí, como para todos. Las últimas

analíticas estaban perfectas, quizá un poco alto el colesterol, pero daba largas caminatas, iba al gimnasio y se alimentaba bien. Que muriera de un infarto fue una verdadera sorpresa, igual que sucedió con tu padre, te lo digo en serio.

Rebecca bajó la vista e hizo un par de intentos de seguir con sus preguntas.

—Me temo que no vienes por eso, ¿verdad?

Ella negó.

—Hay algo que no entiendo. El día del funeral descubrí algo de mi madre. Bueno, de mi madre, de mi abuela, de mi bisabuela y de mi tatarabuela. Y, por tanto, de mí.

—¿Qué has descubierto?

—¿Nunca le habló…? —preguntó, y se interrumpió para cambiar de pregunta—. ¿Cuánta confianza tenía mi madre con usted?

El hombre se movió en el sillón. La pregunta lo incomodó.

—Es difícil saber el grado de confianza de una persona, ¿verdad? —dijo, y se lo pensó un segundo.

El doctor Nathaniel Briggs se pasó la mano por la barbilla. Rozaba los cincuenta. Era atractivo, se mantenía en forma y hacía gala de una elegancia innata; corbata de punto de algodón, camisa estilo Oxford con cuello abotonado y una bata blanca impoluta. Por encima, el estetoscopio. Su pelo era corto, canoso, y le daba un aire moderno, más apropiado para una clínica privada de Londres que de un perdido pueblo de la campiña.

—No sabría qué decirte, Rebecca. Me aventuraría a decirte que mucha, no sé, bastante.

Rebecca asintió.

—A ver, solo uno sabe lo que tiene en la cabeza. Pero creo que sí, que Vivianne Blackmoor confiaba en mí. Cada vez que le preocupaba algo concerniente a la salud, se dirigía a este consultorio —dijo con un tono orgulloso.

Ella se pasó la lengua por los labios y se arregló el pelo. En la sala hacía algo de calor, no entendía cómo podía aguantar ese hombre con corbata y una bata encima.

—Doctor Briggs, le quería preguntar si mi madre sufría de catalepsia. ¿Tiene constancia? ¿Se lo había dicho?

El hombre abrió los ojos de par en par y tardó un segundo en responder, como si no esperara aquella pregunta.

—¿Catalepsia?

—Sí, encontré un diario donde me confesaba que estaba afectada por esta enfermedad y que yo también puedo estarlo. Nunca me había dicho nada —dijo ya con un tono algo desesperado.

Era la primera vez que verbalizaba esa posibilidad. La de dormirse tan profundamente que pensasen que había muerto. Era la primera vez que se sentía indefensa ante un mal que viajaba en sus células, en su sangre.

—Rebecca… —dijo él, con un tono paternal que no le gustó nada—. No te dejes arrastrar por ideas sin fundamento.

—No es una idea. Ella lo escribió —replicó con una firmeza que disimulaba un hilo de pánico—. Y todas las mujeres de mi familia han…

—Te equivocas, Rebecca. Te aseguro que tu madre no estaba afectada de catalepsia. Ni ella ni nadie de tu familia, ni tú tampoco.

Ella lo miró como se podría mirar a un alienígena que aparca en tu propio jardín.

—¿Qué quiere decir…?

—Vivianne Blackmoor no estaba afectada de catalepsia. En caso contrario, yo lo sabría. Créeme.

Había algo en ese «créeme» que sonó más a advertencia que a consuelo.

33

Tuvo que regresar a la mansión corriendo y conectarse con el portátil desde su habitación.

Entró en el enlace unos dos minutos antes, sabiendo que la psicóloga era tremendamente puntual.

Cuando fueron las once en punto, apareció Cressida Byrne en la pantalla.

Ese día llevaba el pelo suelto, de un precioso tono castaño, con pocas ondas realizadas con dedicación por la mañana delante del espejo. Gafas de pasta de montura fina y una expresión seria. Como era costumbre en su atuendo, llevaba una americana de color caqui y una camisa negra que le atribuían una imagen de profesionalidad distante.

Como era de esperar, Cressida Byrne no sonrió al ver a Rebecca.

—Buenos días, doctora Byrne —dijo Rebecca.

—He conseguido hacer un hueco en la agenda solo porque es usted y porque es una emergencia —respondió.

—Gracias.

—Antes de nada, le doy el pésame por su madre —dijo, e inclinó la cabeza unos centímetros.

Rebecca fue a darle las gracias, pero la pregunta de la psicóloga la interrumpió.

—¿Cómo se encuentra?

Rebecca resopló.

No sabía bien por dónde empezar ni por qué había pedido una cita con ella. A Rebecca le habrían bastado solo esos pocos minutos. Escuchar su voz y verla despertaron en Rebecca todos los consejos y análisis que había necesitado. Pero ya que las sesiones con la psicóloga Cressida Byrne le

costaban trescientas libras esterlinas, ese tiempo regalado y a distancia tenía la intención de aprovecharlo al máximo.

—Confundida.

La psicóloga asintió y tomó nota. Tenía en la mano un rotulador de punta fina con el que escribía en una de las libretas que tenía, una por cada paciente.

—¿Qué más?

—Con miedo —añadió Rebecca.

—¿Por qué con miedo?

—Porque he visto a mi madre.

—¿En el funeral?

Rebecca se armó de valor, como hace un niño cuando tiene que confesar a los padres una trastada.

—No, la noche pasada la vi en la escalera de la mansión. Era de verdad, bueno, parecía de verdad; la vi cuando regresaba de la cocina a las dos y pico. Había ido a por un vaso de agua.

—¡Ajá!

—Y una segunda vez, la vi en mis sueños y después me encontré la puerta abierta de mi dormitorio —dijo Rebecca, y se giró hacia la puerta; se dio cuenta de que estaba cerrada, pero no con llave.

Se levantó y dio dos giros.

—¿Ha cerrado la puerta? —preguntó la psicóloga.

—Sí.

—Está en su casa, ¿quién cree que va a entrar?

—Encontré la puerta abierta por la noche, alguien entró.

—¿No podría ser por el aire o que no la cerró bien?

Rebecca negó enérgicamente con la cabeza. Luego, cogió su pelota antiestrés y la apretó con ganas.

—No, estaba cerrada.

—Está bien. Háble me de esa visión.

—Fue muy real. Pero el problema no es ese, lo que ocurre es que abrí la tumba de mi madre y el cadáver no estaba allí.

La revelación dejó desencajada a la psicóloga. Nunca había visto una reacción tan transparente de ella, siempre camuflaba sus pensamientos y era tan neutral que pensaba que no era humana.

—¿Perdone? ¿Ha abierto qué?

Rebecca suspiró.

—Leí una anotación de mi madre confesando que era cataléptica y que podía estar muerta solo en apariencia. Considerando que su marido podría estar muy interesado en su herencia y en que muriera, creí que era una posibilidad que no estuviera muerta, así que abrimos el ataúd. Pero el cuerpo no estaba.

Necesitó unos instantes de reflexión la psicóloga. Se ajustó las gafas con uno de esos movimientos que las personas que llevan gafas hacen involuntariamente, casi como un tic, y siguió.

—¿Usted y quién más?

—Elijah.

Durante una fracción de segundo, en los ojos de la psicóloga se leyó que todo el trabajo realizado en el último año había sido en vano.

Decidió cambiar de rumbo.

—Señorita Blackmoor, ¿se ha cruzado o se ha acercado involuntariamente al lugar donde sucedió aquello?

Rebecca se entristeció. Bajó la mirada, no tanto por la respuesta en sí, sino porque ya sabía el camino que iba a tomar la conversación.

—Sí, cerca.

—Muy bien. ¿Y cómo se sintió?

—Perdida. Indefensa. Asustada. Asqueada y…

—¿Y?

—Cuando me di cuenta de que estaba en esa calle, me di la vuelta y me fui. No tenía ganas de cruzar por allí, ver el sitio donde… No tuve valor. Creo que aún no estoy preparada.

—Está muy bien. Es usted muy valiente. Es un gran paso. Pero entienda por qué se lo pregunto.

Rebecca ya hacía rato que lo había entendido.

—Volver al origen de lo que le sucedió le puede haber movido todo lo que tiene dentro y remover, a veces, cuesta y desestabiliza. Si, además, añadimos la repentina muerte de su madre, tenemos todos los ingredientes para un *shock* postraumático. Es normal que veamos de repente en cualquier esquina a personas que estimamos y que se acaban de marchar. Es normal que las

veamos en sus habitaciones, en sus pasillos y, en definitiva, en las zonas donde habitualmente estábamos acostumbrados a verlas. Es normal, señorita Blackmoor. Incluso hay casos de personas que sufren la pérdida de un familiar que creen verlo por la calle durante los siguientes meses. Así que no se preocupe.

Rebecca dio un suspiro de alivio.

Ya se encontraba mejor.

Que la persona más intransigente y dura que había encontrado en su vida, después de su madre, y que, al mismo tiempo, más la había ayudado, le explicara que todo lo que le estaba pasando era normal porque era un efecto postraumático de lo que le había sucedido la hizo sentirse más ligera.

—Lo que debería hacer, pero sin forzar, es regresar al *pub* y afrontar sus miedos. Estar en el lugar un tiempo. Revivir lo que pasó y aceptarlo. Recuerde lo que trabajamos con el tema del duelo y de aceptar y soltar.

Rebecca asintió. El tiempo se estaba agotando. Sus ciento cincuenta libras esterlinas por veinticinco minutos estaban concluyendo, pero tenía una última pregunta antes de colgar.

—¿Entonces, cree usted que no me he vuelto loca?

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, tan característico de la psicóloga que parecía calcular cada palabra como un cirujano antes de cortar.

—No —respondió al fin—. Lo que sería una locura es seguir huyendo.

Rebecca cerró los ojos. Por primera vez desde que había vuelto a Hambleden, la palabra «loca» no le pesó como una condena.

34

Rebecca, después de comer, se quedó en el despacho de su madre para meditar sobre todo lo que había pasado. Lo hizo porque durante esa tarde esperaba al notario, que tenía que entregarle la llave del ala oeste, y no quería esperar ni un momento. No conseguía contener las ganas de entrar allí y la necesidad de averiguar lo que decía su madre en el testamento: «A ella le entrego también la llave del ala oeste, que guarda secretos que sabrá entender con el tiempo».

¿Qué demonios habría allí? Sobre todo, porque el ala oeste no era un lugar abandonado con puertas cerradas, sino lleno de habitaciones de invitados.

Supuso que, cuando tuviera la llave, entendería. Incluso podría pedir consejo al mayordomo o consultar los planos de la casa que tenían que estar por algún lugar del despacho.

Cogió el teléfono y volvió a llamar al señor Miller. El móvil seguía apagado. Sintió rabia e impotencia. ¿Cómo no tenía el señor Howard una dirección, una identificación, de las personas que trabajaban con él? Era inadmisible. En Londres, la tónica era muy pero que muy diferente.

Dejó en el sofá el móvil y se quedó mirando las fruslerías que su madre había colocado por toda la habitación. Ahora era suya, pero no quería admitirlo. No quería reconocer que su vida había cambiado por completo.

La doctora Cressida le había dicho que volviera al *pub*, pero no sabía si estaba lista. Era el escollo emocional más grande que tenía. Volver a eso y afrontar lo que sucedió aquella noche de febrero.

No, no quería.

Sentía repulsión. Se sentía sucia.

Solo quería volver a Londres. Allí estaba segura, en el anonimato y en medio de gente que no la conocía.

Su respiración había subido como sus pensamientos habían sufrido una escalada destructiva. Cressida le decía que impidiera que esa bola de nieve de pensamientos negativos se apoderara de ella.

Una vez que consiguió tranquilizarse, después de las respiraciones, pensó en el doctor Briggs. ¿Por qué estaba tan seguro de que su madre no sufría catalepsia? No había pruebas que lo confirmasen. Solo se necesitaba un primer episodio para saber si lo tenías. Pero el doctor dijo que estaba seguro y que confiara en él.

No tenía sentido. Le hubiera gustado formular más preguntas al médico. Preguntas más meditadas y razonadas. Porque si tenía razón, ¿por qué su madre se había inventado esa rocambolesca historia sobre del ADN de la familia?

No, no le encontraba ninguna explicación. Quizá los secretos que guardaba el ala oeste estuvieran relacionados con ese misterio que se había materializado delante de ella.

Esperó al notario anotando en una libretita pensamientos e ideas. Esa tarde se hizo eterna para ella. Cuando el notario entró en el despacho, se alegró.

Ese día vestía un traje gris a cuadros y con chaleco conjuntado, avanzó despacio ayudado con un bastón.

Ella se levantó y se acercó para ayudarlo.

—No, señorita Blackmoor, no soy un viejo decrépito —dijo el anciano, rechazando educadamente su ayuda.

Se sentó en el sofá, al lado de donde estaba antes Rebecca.

—Gracias por venir, pero hubiera podido ir yo.

El hombre cogió aliento. Se sacó una pastilla de una caja de hojalata que llevaba en el bolsillo del chaleco y se la metió en la boca. Un olor a menta se expandió a su alrededor.

—Habría sido más fácil, desde luego, pero su madre quiso explícitamente que viniera yo y se la entregara en mano.

Abrió el maletín de piel que llevaba en la otra mano y sacó una caja. Parecía la típica de los anillos de compromiso, pero más grande, mucho más grande. Llevaba un lazo de terciopelo. Le daba un aire elegante, aunque macabro y misterioso porque era de color negro.

—Espero que haga buen uso de esto.

—¿Qué hay allí?

—No lo sé, tendrá que averiguarlo, señorita Blackmoor.

Ella levantó la mirada y se fijó en los grises iris del anciano.

—Tengo una pregunta.

Él, con un gesto lento y elegante, asintió.

—La última vez que vio a mi madre, ¿la vio nerviosa o que se comportara de forma extraña?

La respuesta tardó en llegar.

Después de meditarla y calibrarla, se pronunció.

—No. Estaba en plenas condiciones de raciocinio. Como notario, tengo que fijarme muy bien en cómo viene y cómo se comporta un cliente al dejar su testamento. Su madre estaba perfectamente.

Ella asintió.

—¿No le parece extraño que fuera hace unos meses a cambiarlo? ¿No le parece una coincidencia?

El hombre sonrió.

—¿Coincidencia, señorita Blackmoor? Para nada. Lo que le pasó al pobre Wilfred sí que lo fue. Hace años, vino por la mañana a firmar su testamento y por la tarde murió. Sin más. Se quedó durmiendo en la butaca de casa después de comer. Ni se enteró.

—Entiendo que usted no cree que haya nada raro.

El hombre asintió y se tocó dos veces en la pierna antes de levantarse.

—Me marcho ya —dijo el hombre, y se levantó.

Cuando estuvo a un paso de ella, que también se había levantado, se dio la vuelta y le hizo una reverencia de otros tiempos, tal como era él.

Desapareció al cerrar la puerta dejando a Rebecca Blackmoor con una caja oscura con un lazo de terciopelo negro.

Ella se sentó con la caja en la mano. No aguantaba la curiosidad. Apretó un par de veces la bola antiestrés y respiró ocho veces. Tenía la intención de no atrasar más de lo debido esa agonía. Quería entrar lo antes posible en el ala oeste y descubrir cuáles eran los secretos que mencionaba su madre en el testamento.

35

Apartó la cinta aterciopelada de la caja.

La dejó a un lado.

Se sentía segura en su habitación, cerrada por dentro.

Levantó la tapa y vio su interior. Una llave. Solo una.

No era una al uso, actual. Era una llave vieja, de las que se usaban en las puertas antiguas. Daba la impresión de que pertenecía a un castillo.

Tenía un cuerpo cilíndrico y, en la empuñadura, delicados relieves góticos mezclados con flores, gastados por el paso de los años.

Era la primera vez que la veía, no tenía noción de haberla visto nunca ni recordaba que nadie de la familia la tuviera.

La apoyó a su lado y buscó en el interior de la caja alguna nota, pista o instrucciones de lo que tenía que hacer con ella.

Nada.

Solo esa gótica y extraña llave.

Se resignó y se fue directamente al ala oeste de la casa.

Bajó las escaleras y cruzó el comedor para llegar al otro lado de la casa. Subió las escaleras del ala oeste que muy pocas veces había recorrido.

Al final de estas, un pasillo muy similar al del otro lado, donde se ubicaba su habitación y el resto de dependencias de la familia.

Miró la llave, ninguna de esas puertas tenía una cerradura donde encajara.

¿Por qué la había enviado hasta allí su madre y qué buscaba?

—Podrías haberme dado alguna pista más, mamá —susurró Rebecca para sí.

Intentó introducirla en distintas habitaciones de invitados, pero no tenía nada que ver. Las puertas necesitaban una llave plana y corta, en cambio, la que

tenía en la mano era larga y cilíndrica, estaba hecha para algo más antiguo, más singular.

Probó una tras otra, hasta el final del pasillo.

En el último tramo notó algo que no encajaba. Las paredes eran de madera, una estructura diferente a todo lo demás en la mansión. Tres puertas perfectamente alineadas y, entre la central y la de la izquierda, un hueco, una fisura apenas distinguible.

Se detuvo. Miró por encima del hombro. Silencio.

Pensó que no podía ser, pero era lo único que tenía.

Encajó la llave.

La cerradura cedió con un clic seco y, al girarla por segunda vez, un tramo de pared se hundió hacia dentro con un susurro de madera vieja.

Del otro lado se abría un espacio oscuro, más parecido a una cueva que a una habitación. Un olor a polvo antiguo y a humedad le golpeó la nariz. Una bombilla desnuda colgaba del techo, sobre un escritorio cubierto de telarañas.

Encima había un único objeto: un plano de la mansión en papel azulado, con muros, pasadizos y habitaciones trazados. Un símbolo con forma de estrella marcaba el despacho de su padre. Rebecca sintió un vuelco. Según el plano, estaba justo al lado de ese lugar… separado solo por una pared y un pasadizo oculto del que jamás había tenido constancia.

Sacó el móvil y encendió la linterna, enfocándola hacia el fondo. Un estrecho corredor se abría tras la mesa. Lo recorrió, escuchando el eco de sus pasos sobre el suelo de madera, hasta toparse con una compuerta.

La deslizó a la derecha.

Un haz de luz la cegó por un instante. Cuando sus ojos se adaptaron, se encontró mirando, a través de dos pequeños orificios, directamente al interior del despacho.

Dio un paso atrás, con el corazón golpeando en el pecho al pensar que alguien podría haber espiado desde allí durante la lectura del testamento.

36

Esa noche, Elijah fue a cenar a la mansión.

Estaban prácticamente solos, ya que Nikos, desde la lectura del testamento, hacía todas las comidas encerrado en su habitación y no salía de allí.

Había comido y cenado sola todos esos días, pero Claire la animó a socializar, a ver viejos amigos.

Ella estaba centrada en resolver el misterio que tenía entre manos; sin embargo, esa noche hizo caso a la mujer que la había cuidado como se suponía que hacía una madre e invitó a cenar al bombero.

Los empleados del servicio prepararon la mesa como cuando se recibía a los invitados más importantes.

Después de tomar un aperitivo en la biblioteca, pasaron al comedor. Una mesa larguísima estaba preparada para servir la cena. Un mantel blanco liso, sin dibujos ni estampados, la cubría. Los platos y los cubiertos estaban colocados en ambos extremos. Cuando Elijah entró, detrás de Rebecca, se sintió incómodo con esa disposición. Pero Rebecca cogió sus servicio y se sentó a su lado, provocando una sonrisa en el joven.

Una vez sentados, sirvieron un entrante: sopa de guisantes con menta fresca.

Desde que se habían sentado, apenas habían intercambiado ni una palabra. Se sentían los dos cohibidos. Elijah levantaba la mirada para observar todo lo que había colgado en las paredes: cuadros, tapices, acciones de alguna vieja banca de Inglaterra. Todo era pomposo y distante, y acrecentaba la distancia entre él y la chica.

Cuando iba por la mitad del entrante, ella le preguntó si le gustaba.

Él después de tragar y limpiarse la boca, respondió.

—Sí, gracias.

Ella sonrió y siguió.

Acabado el entrante, sirvieron un pastel de verduras de la huerta con una masa crujiente de base y acompañado de judías salteadas con mantequilla y almendras laminadas y un puré cremoso de patatas.

—¿Cómo se vive en Londres? —preguntó él, sorprendiendo a Rebecca.

Ella levantó las cejas y pensó si de verdad le interesaba o estaba preguntando por romper el silencio. Desde que había vuelto, apenas habían hablado de otra cosa que no fuera el misterio que envolvía la muerte de su madre y se sintió algo incómoda.

—Londres es impersonal. Es atractiva si tienes dinero, pero te exprime sin piedad. No es como en las películas. Allí no eres protagonista, eres una pieza de recambio. Te consume y te acelera hasta que no sabes si lo que queda eres tú o lo que Londres ha hecho de ti.

Elijah iba a replicar, pero la intensidad de su tono lo hizo morderse la lengua. Rebecca, consciente de que había sido demasiado directa, bajó la vista.

—Las veces que he ido a Londres me ha encantado —comentó Elijah—. Incluso una Navidad con mis padres… fue mágico.

—Sí, en Navidad es especial —admitió ella.

—¿Pensaste en mí cuando estabas allí?

Rebecca sintió el disparo a bocajarro. Elijah no había cambiado: directo, sin anestesia. Ella bebió un sorbo de agua para ganar unos segundos.

Elijah, impasible, no se inmutó. Al revés, esperaba cualquiera palabra o gesto que hiciera Rebecca.

—Muchas veces…, pero estábamos a muchos kilómetros de distancia y… Bueno, ya me entiendes.

—Pero ahora estás aquí.

Ella sonrió y dejó el tenedor, luego apoyó un momento la mano encima de la suya.

—Gracias por ayudarme.

—Estoy aquí para lo que necesites.

—Pero sabes que luego volveré a Londres, ¿verdad?

—Me da igual, yo te quiero… —dijo, y rectificó—. Quiero decir que quiero ayudarte.

Ella se sonrojó y bajó la mirada, incómoda.

—Está bien.

El postre —una tarta de melaza con aroma a limón— llegó como una tregua. Rebecca lo probó con calma y, cuando dejó la cuchara, habló sin mirarlo.

—He descubierto qué era el famoso secreto del ala oeste —dijo de repente.

Elijah levantó la cabeza.

—¿En serio?

Ella asintió y pidió al servicio que les llevaran el té al despacho de su madre. Acto seguido, retiró la silla y le hizo un gesto a Elijah para que la acompañara.

Subieron las escaleras y Rebecca abrió la puerta del despacho. Encendió una lamparita de pie junto al sofá que estaba enfrente de la librería y lo invitó a sentarse con ella.

—La llave abre una puerta casi oculta en el pasillo del ala oeste. Esa puerta da acceso a un pasillo que da a un hueco con… —se interrumpió sin dar más detalles, estremecida.

—¿Qué? ¿Qué había? —preguntó Elijah, lleno de curiosidad.

—Justo allí. —Rebecca señaló la pared frente a ellos—. Entre la primera y la segunda fila de libros hay una mirilla. Desde ahí se puede ver todo lo que ocurre en este despacho… sin que nadie se dé cuenta.

Elijah parpadeó, desconcertado. Ella, en cambio, se recostó en el sofá, como si acabara de dejar caer una ficha importante en un tablero que no aún no entendía del todo.

37

Estuvieron en el sofá un rato más, tomando un Earl Grey y compartiendo hipótesis sobre el propósito de la mirilla y de por qué su madre habría añadido esa llave en el testamento.

Descubrió un lado más profundo de Elijah y de su amistad; ambos habían madurado en ese último año separados. Comprendió que esa conexión que no había encontrado en Londres la había estado esperando todo ese tiempo en casa.

—Es tarde. Será mejor que me vaya —dijo Elijah después de mirar el reloj —. ¿Qué haces mañana?

Ella apoyó los codos en las rodillas y se sujetó la cara con las manos.

—No tengo ni idea. No tengo ninguna pista más que pueda seguir.

Él le acarició el rostro.

—Duerme, seguro que mañana se te ocurrirá algo para seguir con todo esto. Seguro. En fin, creo que es hora de que me vaya a dormir, mañana tengo guardia.

Se levantaron del sofá y salieron del despacho.

Ella lo acompañó hasta la puerta de entrada.

—Te acompaño al coche —dijo ella.

—No, no te preocupes, hace fresco.

—Mejor, me vendrá bien el paseo.

Él sonrió y caminaron hasta el Ford del bombero.

El aire estaba cargado del perfume de la vegetación húmeda. Rebecca se estiró las mangas del cardigán de algodón, escondiendo las manos por dentro.

—Bueno… —dijo ella, separando los brazos del cuerpo y volviendo a juntarlos, sin saber qué hacer con las manos.

—Hace una noche preciosa —comentó él—. La verdad es que…

Ella no dejó que acabara la frase. Se acercó y apoyó sus labios en los de Elijah. El tacto de sus dulces y tiernos labios fue una chispa que encendió recuerdos y sentimientos olvidados. Él se quedó quieto, desprevenido y superado por el momento. No se lo había esperado. Lo deseaba, pero no lo creyó factible.

—En fin, buenas noches —dijo ella, tan sorprendida como él por su arrebato, y se dio la vuelta—. Manda un mensaje cuando llegues a casa.

Rebecca no le dejó decir ni una palabra y se fue directa a la puerta de entrada, sin darse la vuelta, sin mirar la expresión de Elijah, sin dejar que reaccionara o dijera algo.

La noche debía acabar así.

Aún desconcertado, él entró en el coche y se marchó.

Rebecca observó desde el cristal de la puerta cómo los faros rojos se alejaban por el camino. Después, subió hacia su habitación.

Cuando iba por la mitad de la escalera, la voz de un hombre la interrumpió.

—¿Ha ido bien la noche?

—Todo perfecto, Ferdinand.

Él bajó la cabeza con elegancia para mostrar su conformidad.

—Entonces, le deseo una feliz noche, señorita. —Y levantó el dedo antes de que Rebecca siguiera por la escalera—. Me he tomado la libertad de poner agua fresca en su habitación. Por si se despierta por la noche y quiere hidratarse.

Ella sonrió y le contestó:

—Eres el mejor.

El mayordomo se sonrojó y ella se fue directa a su habitación.

Le costó dormirse.

No era solo el beso, era lo que había removido. La cercanía de Elijah había sido reconfortante y, al mismo tiempo, una amenaza a ese muro que había levantado desde hacía tanto. Un beso tan breve y tan limpio no debería haberle desordenado la cabeza, pero lo había hecho.

No sabía si lo que sentía era deseo, gratitud… o miedo.

Aún no estaba preparada para dejar entrar a nadie y, sin embargo, por un instante, había querido hacerlo.

No tardó en llegar el mensaje de Elijah.

Elijah:

Ya en casa.

Gracias por la velada y por… (emoticono con un beso sin corazón).

Que descanses.

Ella no tardó en contestar.

Rebecca:

Gracias a ti por la compañía. (mismo emoticono)

Cogió un libro y comenzó a leer. Leer la ayudaba a no pensar, a distraerse del día a día. Viajar, vivir vidas que nunca viviría y sentir cosas poderosas. El libro que había comprado en una librería del centro, cerca del trabajo, aconsejada por una chica que parecía más una *booktoker* que una dependienta, la estaba apasionando. Así que, sin darse cuenta, llegaron las dos de la madrugada y la sed.

Cerró el libro, guardando el punto de lectura.

Se acercó a la mesa de su habitación y cogió la botella de agua. Seguía fresca. Dio un par de tragos y miró por la ventana. Estaba imaginando desde ese punto, la escena de ella dándole el beso a Elijah. Le hubiera gustado verlo.

En ese momento, al pensar en ver desde su habitación la escena, una idea la sacudió.

Dejó la botella en la mesa.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Había entendido por qué su madre le había dejado esa llave.

La sacó del bolsillo del pantalón y se aventuró por la casa en pijama.

Bajó por las escaleras de su ala y subió las del ala oeste.

Recorrió el pasillo. Le daba miedo. Mucho más miedo por la noche y sola. La mansión parecía un órgano con vida propia. Las escaleras crujían, las paredes respiraban, las puertas gemían. De noche, todos los pequeños sonidos se magnificaban por el altavoz del miedo.

Llegó hasta el fondo del pasillo del ala oeste y metió la llave gótica y cilíndrica en la ranura de la puerta escondida.

Miró hacia atrás, no había nadie. Con la luz del móvil, miró el plano otra vez.

—¿Por qué aquí, mamá?

El viento de la noche se filtraba por las paredes y gemía. Se estremeció y se dijo que había sido muy mala idea haber ido hasta allí en plena noche y sola.

Paseó la linterna por todas las paredes, buscando alguna muesca o algo extraño, pero no había nada fuera de lugar o que le llamara la atención, así que se dirigió al pasillo que terminaba en la mirilla.

Dio un par de pasos y levantó la linterna del móvil para iluminar el final. Fue entonces que casi se le detuvo el corazón.

La silueta de una mujer se le apareció delante. Una sombra que fue tomando cuerpo y forma bajo la luz del móvil. La imagen de su madre se materializó ante ella.

El miedo la paralizó. Le temblaban las manos y las piernas.

No tenía fuerzas para escapar ni hablar ni retroceder.

La imagen de su madre estaba quieta. No era un sueño. No era una silueta que escapaba por las escaleras y desaparecía. No, era algo real, algo que tenía delante y podía ver. Lo estaba viendo. ¿Era real o un fantasma? ¿Una alucinación, como decía la psicóloga debido a un *shock* postraumático?

La confirmación anduvo hacia ella por su propio pie.

—Hola, Ribby… Sabía que vendrías. Siempre fuiste más lista de lo que aparentabas.

38

Solo su madre y su abuela la llamaban así.

Su abuela lo usaba con cariño; su madre, con condescendencia, como si siempre esperara que no hiciera nada bien. Odiaba ese diminutivo. La hacía sentirse pequeña, invalidada. Insuficiente.

—¿Cómo estás? —insistió la figura, dando un paso adelante—. Ven, déjame que te vea.

—¿Mamá… eres tú? —balbuceó Rebecca.

—Sí, lo siento, hija mía, siento haberte hecho pasar por esto.

—No puede ser, estabas muerta…

—Mírame, Ribby —pronunció despacio, con esa cadencia que la atravesaba como una daga—. Soy real. Tócame.

Rebecca la tocó por un segundo y quitó enseguida la mano. Era real, esa figura que tenía delante era su madre. No era una visión fruto de un *shock*. No. Era real. Lo que le había pasado en esos días era real. El sueño que se había mezclado con la realidad. La visión de la madre vista rápidamente por el pasillo. Todo era real. No estaba perdiendo la razón, era todo más real que ella misma.

—No… No sabes lo que he tenido que pasar. ¡No lo sabes!

—No te enfades conmigo.

—¡Pues claro que me enfado! ¿Has perdido el juicio? ¿Qué mierda de espectáculo has montado? Abrimos el ataúd, no había nada. Me volví loca, aún más de lo que creía estar, por todos los demonios —gritó, enfadadísima, sin saber de dónde sacaba esa energía, esa rabia, ese carácter.

El rostro de la madre se entristeció bajo la luz del móvil, que había dejado caer al suelo sin percatarse siquiera. Bajó la mirada y negó.

—Lo siento.

—¿Lo siento? ¿Solo sabes decir eso? ¡Al cuerno tu «lo siento»! Estabas muerta, he pasado unos días de infierno buscándote y ocultándolo —estalló—. Si no hubiera sido por Elijah y Nikos…

—¿Nikos sabe que no estoy en el ataúd?

—Pues claro, me siguió al cementerio cuando yo intentaba salvarte de morir asfixiada. Escribiste que sufrías catalepsia, ¿no te acuerdas?

Vivianne encendió la bombilla solitaria del techo, apartó un taburete que estaba debajo de la mesa y se sentó. Con la luz proyectada desde el techo, el tablero de melanina creaba una zona de sombra, un negro absoluto que no permitía ver si había algo más.

Sintió un pinchazo en el corazón. Durante días había llorado su ausencia y ahora la rabia le impedía abrazarla. La contradicción la golpeó con fuerza. No podía asimilarlo todo a la vez. Inspiró hondo, intentando bajar el ritmo de su respiración. No estaba lista para perdonarla, pero tampoco quería desperdiciar la oportunidad que tantas veces había deseado: tenerla delante otra vez.

Algo en su interior cedió, no del todo, pero lo suficiente como para mirarla sin el temblor de antes.

—¿Por qué? —preguntó la hija, simplemente.

Vivianne sonrió nerviosa. Llevaba un chándal y el pelo recogido, no parecía ella. Ni al gimnasio iba así.

—Estaba cansada.

—¿Cansada?

—Cansada de todo.

—¿Y tienes que montar este circo para cogerte unas vacaciones? —replicó, intentando controlar el tono de voz.

—No es tan fácil, Ribby. No es tan fácil.

—¿Qué no es tan fácil?

La madre suspiró y la sonrisa se desdibujó de su rostro. Eso era la antecámara de que iba a decir algo importante.

—Nikos estaba planificando matarme.

Rebecca frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Cómo lo sabes?

—Quería matarme y quedarse con todo. He sido una tonta, Rebecca, al casarme con ese hombre.

Rebecca la miró fijamente. Le hubiera gustado echarle en cara que ya se lo advirtió, siempre tuvo la sensación de que Nikos era capaz de cualquier cosa, pero también de que era un estafador de medio pelo, un tipo que se creía un tiburón y apenas era un idiota con traje caro.

Se guardó el pensamiento para sí y prefirió esperar a que le dijera cómo había sido toda la historia.

—Sigue.

—Tenía planificado matarme con escopolamina. Pero lo descubrí.

—¿Escopolamina? —repitió, recordando el bote de pastillas que había encontrado en la mesa del despacho cuando buscaba el diario.

—Es un medicamento que se usa para los mareos, pero, en dosis prolongadas, puede inducir a un estado de parálisis que simula la muerte y, en personas con predisposición a la catalepsia, puede desencadenarla.

—Pero tú no tienes catalepsia, me lo dijo el doctor Briggs.

—Lo sé, pero a él se lo expliqué para ver si me cuidaría o, en definitiva, me quería solo por el dinero.

—Le pusiste en una bandeja de plata la posibilidad de matarte.

—Ya me estaba suministrando la escopolamina en pequeñas dosis. Y esto me hubiera llevado a tener un paro cardíaco o a quedarme como un vegetal.

Rebecca arrugó las cejas y la recorrió un escalofrío al pensar que Nikos estaba haciendo eso con su madre.

—Insistió mucho en que no abriera el féretro, que el forense había corroborado que estabas muerta. Que yo estaba loca y que veía cosas raras… —dijo, despacio, asimilando la verdad.

—Lleva más de un año riéndose de mí, pensando que soy una vieja estúpida. Cuando me propuso contratar a una amiga de la familia en nuestro servicio doméstico, acepté como un tonta. ¡Como una tonta! Se la follaba en sus aposentos, descaradamente, mofándose de todo. Tu padre se estará revolviendo en la tumba, pobre hombre.

—¿Por qué no la despediste?

—Estuve a punto de hacerlo, pero luego me convencí de que yo ya era mayor y que él necesitaba una chica más joven para sacar toda esa testosterona que tiene. Luego me pregunté si todos esos «te quiero» eran verdaderos, entonces le confesé que tenía ese fallo genético que venía asociado a toda la

estirpe de mi árbol genealógico. Yo incluida. Así que se delató él mismo. Me quería muerta.

—Pero ¿por qué escribiste esa nota para mí?

Vivianne le cogió la mano.

—Porque tenía la esperanza de que me ayudaras.

—¿Ayudarte a qué? —preguntó sin entender a qué se refería.

—A matar a Nikos.

La petición la dejó sin palabras y Vivianne se lo repitió otra vez. Rebecca intentó apartar la mano de entre las de la madre y ella se la apretó con suavidad pero con firmeza, como si no quisiera dejarla escapar.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—No estoy loca, él me hubiera matado antes si no hubieras, en fin…

—¿Me estás pidiendo en serio que matemos a Nikos?

—¡Sí! Tienes que ayudarme.

—No pienso matar a nadie, mamá, vamos a ir a la cárcel. Si quieres librarte de él, divórciate, no es necesario montar toda esta tragedia griega.

Vivianne no respondió de inmediato. Sus dedos, aún sobre la mano de Rebecca, aumentaron apenas la presión. La dulzura de su expresión no desapareció del todo, pero sus ojos cambiaron: un brillo más frío, calculador, que contrastaba con la voz casi cariñosa con la que habló.

—Tienes que ayudarme. Me lo debes.

Rebecca notó un ligero escalofrío.

—¿Qué te debo…?

—Yo, hace un año, te ayudé de forma incondicional. Tú misma lo admitiste en esa carta tan emotiva que me dejaste en el ataúd —continuó, sin levantar la voz, pero con un tono que ya no admitía réplica—. Ahora es el momento de que me devuelvas el favor.

39

Un año antes.

No era suficiente con ser la hija de una de las familias más conocidas del condado, también había heredado una presencia que llamaba la atención sin proponérselo. Claire decía que tenía «buen porte»; ella lo llamaba, simplemente, saber ir bien peinada y vestida, tal y como su madre le había exigido desde que tenía memoria.

Eso no cambiaba su manera de ser. Aunque sabía que gustaba, jamás se había sentido cómoda con la idea de tener pretendientes. Estaba centrada en su trabajo en una pequeña galería de arte en Henley, una localidad muy próxima a Hambleden. Allí catalogaba, limpiaba y restauraba piezas antiguas, le encantaba devolverle el brillo a un lienzo olvidado o rescatar el dorado de un marco ennegrecido por el tiempo.

Y, además, se mantenía fiel a su relación con Elijah, un joven normal, deportista y entregado a su trabajo como bombero.

Esa noche, un triste jueves de febrero, había quedado con una amiga para escuchar un grupo de música en el *pub* del pueblo. El local estaba a rebosar y el aparcamiento también. Llegaba tarde y tuvo que dejar el Land Rover un poco más lejos de lo habitual.

Su amiga Amélie estaba delante del *pub* muerta de frío, esperándola.

—Podías haber entrado —dijo Rebecca.

—Ni loca, no entraría sin ti.

Rebecca puso los ojos en blanco y abrió la puerta. La música, altísima, salió como la llama de un incendio. Al entrar, la temperatura subió de repente. El concierto ya había empezado. Las mesas estaban ocupadas y la barra, a rebosar. Vasos y vasos de cerveza circulaban por todas partes.

Decidieron dejar el abrigo en un armario e ir directas a la barra.

—Tengo mucha sed, Becky —dijo la amiga mientras pedía las primeras pintas de la noche, indicando al camarero que quería las más grandes.

—No exageres. No pienso volver arrastrándome hasta casa. Mañana tengo que trabajar —replicó, y acto seguido le indicó al camarero que las pintas fueran normales, no grandes.

—Eres una aguafiestas.

—No, ya me lo agradecerás.

Llegadas las pintas, brindaron por la vida y por seguir siendo amigas.

—¿Dónde tienes a tu ligue? —preguntó Rebecca.

—¿A cuál de ellos?

Rebecca puso los ojos en blanco. La música era alta y les impedía escucharse bien. Notó un par de miradas clavadas en ella. No eran muchas, pero las suficientes para incomodarla. Al seguir el rastro, tensa, encontró al otro lado de la barra de donde estaban ellas a dos jóvenes muy conocidos en la zona: John Ashford y Callum Redford. El vándalo y el cerebro. El gato y el zorro.

Las miradas de Callum le resultaban esa noche de lo más incómodo, casi insoportables. Sintió su presencia al entrar y se dio cuenta de que la miraba con fervor e insistencia.

—Becky, estoy hablando contigo —repitió Amélie.

—¿Qué?

—¿Te refieres a Michael?

—No lo sé, tienes tantos… ¿Con cuál has quedado esta noche?

—Sí, con él. Allí está, en una mesa esperándome. ¿Por qué no te vienes?

Rebecca miró en la dirección que decía ella.

—Pero si tiene solo una silla. Qué voy a hacer, ¿haceros de carabina? ¡Ni hablar!

—Venga, no te pienso dejar aquí.

—Mira, has quedado con él. Yo me acabaré de tomar esta cerveza y me iré. No me gusta esta música.

—Eres una aburrida, tía.

—Amélie, te lo digo en serio, prefiero irme —dijo, pensando en lo incómoda que se estaba sintiendo. Prefería salir con Elijah—. Nos vemos otro

día. Disfruta de Michael y escríbeme cuando llegues a casa, ¿vale?

La amiga le puso ojos de corderito degollado.

—¿En serio no te sabe mal?

—Vete, quítate de mi vista —afirmó riendo Rebecca, y la amiga la besó en la mejilla antes de despedirse.

Rebecca la siguió con la vista hasta la mesa del chico, que se levantó y la invitó a una cerveza. Empezaron a reír y a coquetear.

Dio un trago a su pinta y se acabó lo que quedaba. Dejó la jarra, se dio la vuelta y fue directa a la puerta. Al cerrarla, dejó el ruido del grupo de música atrás. Le habían dicho que era fenomenal, pero no compartía esa opinión; el sonido que emitían era de todo menos música.

Se preguntó por qué había ido hasta allí.

Caminó hacia al Land Rover. La música del bar tan alta la había dejado con los oídos algo aturdidos. Seguía escuchando un pitido molesto que tardaría horas en desaparecer.

La noche era cerrada y el frío se colaba por el abrigo.

No podía hacer más frío.

Dejó atrás el asfalto y siguió por el camino de gravilla que llevaba a otro aparcamiento, entre casas, graneros y un campo donde solían pastar ovejas.

En todo el trayecto, había coches aparcados en los dos lados. De vez en cuando, dentro de alguno, una parejita se daba el lote o fumaba mientras charlaba.

Cuando llevaba un rato en el camino de grava, percibió unos pasos por detrás. Estaban lejos y la seguían. Pensó que era alguien a quien tampoco le gustaba esa música, pero cuando al llegar a su Land Rover se giró, no tuvo tiempo de reaccionar. Las manos de Callum Redford la sujetaron con fuerza. Con una fuerza que no había sentido antes. Se sintió indefensa a la voluntad del chico.

—Déjame, Callum, ¿qué haces?

—Hola, princesita. Ya no podrás rechazar mis mensajes, ¡zorra! —susurró al oído mientras la agarraba con suma facilidad y la empujaba hacia el campo.

—Déjame, maldito —gritó, pero nadie la escuchaba.

—Cállate, zorra.

Mientras la empujaba, miraba que a su alrededor nadie lo estuviera viendo.

El miedo y la impotencia más intensos que Rebecca nunca había sentido se extendieron por su cuerpo. No podía defenderse. Era un títere de ese animal.

Él abrió con una patada un granero que estaba cerca.

En el suelo, en medio de la paja, había una alfombra.

—¡Al suelo! —ordenó, tirándola él mismo. Ella, llorando y sin fuerzas, cayó de rodillas.

El corazón nunca le había dolido tan fuerte. Se sentía sucia solo con notar las manos de Callum agarrándola, no se imaginaba cómo se sentiría si él seguía con aquello.

El joven era conocido por haber agredido a otra chica. Tenía un juicio por agresión sexual y otros cargos pendientes de ser juzgados. El peor elemento de la comunidad del tranquilo pueblo. Un depredador en libertad.

Sus manos la manoseaban por todas partes mientras jadeaba de excitación y ella, petrificada, solo pensaba en escapar como fuera.

—Ahora dejaremos de jugar, ¿vale, princesita?, y vamos a hacer cosas serias. Quieres, ¿verdad? —dijo, babeando, mientras se desabrochaba el pantalón.

Un grito aterrorizado escapó de la garganta de Rebecca, intentando resistirse sin éxito.

Fijó la mirada en el techo del granero, sin ver nada. El peso de él le aplastaba el pecho y la mantenía clavada al suelo, incapaz de mover un músculo. Su mente era un ruido blanco, un zumbido sordo que lo tapaba todo.

Entonces, él le murmuró al oído.

—Ahora vas a probar lo que es de verdad bueno —dijo, sujetándola con una mano mientras con la otra le arrancaba la ropa interior.

Cuando Rebecca lo sintió dentro de ella, la invadió una repugnancia insoportable. Un calor lleno de rabia le subió por el cuerpo. Parpadeó, respiró hondo y, en ese instante, lo vio: a un lado, una herramienta vieja de mango largo y cabeza de metal oxidado.

No pensó en nada más. Solo giró el cuerpo lo suficiente para estirar el brazo, aferró el mango y, con un grito que no supo de dónde salió, descargó el golpe contra él. El impacto resonó hueco. Él gruñó, aflojando la presión, y eso le dio el espacio a ella para alejarse e incorporarse de rodillas. Rebecca,

temblando entera, lo golpeó otra vez, y otra, hasta que el cuerpo de su agresor cedió y se desplomó sobre la tela.

La sangre de su depredador la salpicó y la bilis le subió por la garganta. Callum estaba en el suelo, en un charco de sangre que quedaba concentrado debajo de él. Lo que le había parecido una alfombra resultó ser una tela de plástico oscura. Había orquestado y preparado el escenario para hacer desaparecer todo tipo de restos orgánicos tras la agresión y evitar las posibles pruebas en un supuesto juicio posterior.

Pero al maldito hijo de perra le había salido mal el plan.

Ella estaba a salvo, pero ¿qué iba a hacer ahora con el cadáver?

40

Rebecca arrugó el ceño al pensar en ese episodio de su vida que habría preferido olvidar.

—Acuérdate de que, hace un año, limpié tu metedura de pata —dijo su madre.

—Ese monstruo me violó, mamá, ¡me violó! La humanidad está mejor sin ese hijo de perra andando por las calles —respondió, indignada, Rebecca.

—Da igual, limpiamos lo que dejaste en ese granero. Por el amor de Dios, ¿es que no te acuerdas? —insistió la madre, levantando la mano, casi indignada —. Claro, ahora vives en Londres en un piso de maravilla, limpia y sin mácula, pero el despojo que dejaste en el granero… Solo nosotras sabemos lo que limpiamos.

—¿En serio vas a usar eso contra mí? —Su voz se quebró, pero no apartó la mirada—. Eso no fue un favor, mamá. Eso fue…

Se detuvo, porque la palabra que buscaba ardía demasiado en la lengua.

La sonrisa de Vivianne ya no era una sonrisa.

—Fue supervivencia. Igual que ahora.

Rebecca respiró hondo, obligándose a no dejarse arrastrar por la culpa.

—No voy a matar a nadie, mamá. No creía que fueras tan maquiavélica.

El gesto de Vivianne se tensó, como si esa palabra le hubiera pinchado el orgullo.

—¿Maquiavélica? Ribby, en esta vida hay que ser rápida, inteligente, previsora, o el mundo te come como si fueras una manzana de caramelo en una feria.

La hija miraba a la madre con atención y la escuchaba intentando reconocer a su madre en aquella mirada afilada y ese discurso calculador. No

era solo lo que decía, era cómo lo decía: sin pestañear, sin rastro de duda. Como si la muerte la hubiera despojado de cualquier freno moral.

La mujer que tenía delante parecía otra: más fría, más peligrosa. Y lo que más la inquietaba era esa calma, la tranquilidad de quien cree no tener nada que perder.

—¿Y tu plan cuál es? Volver a aparecer en la sociedad y decir… —exclamó con tono sarcástico— *voilà!* Estoy aquí. Me he equivocado. Estoy bien. Tranquilos, estoy perfectamente. Nada, solo era para ver cuántos pañuelos se gastaban en mi funeral y listo. Todo en orden, todo como antes. Margaret, nos vemos mañana a la misma hora en la cafetería.

La madre sonrió, el sarcasmo de su hija le hizo gracia.

—Londres te sienta bien. ¡No! Mi intención no es volver. Estoy muerta y me quedaré muerta.

Rebecca sacudió la cabeza. Con cada frase que decía Vivianne, se ensanchaba la distancia entre las dos; la Vivianne que siempre había conocido y la mujer que tenía delante.

Desde que vivía en la *city*, consumía mucha literatura de crecimiento personal. En ese momento, no supo por qué, le vino a la mente una frase que se repetía en varios libros: «El dinero potencia la verdadera personalidad».

Esos libros no decían que el dinero fuera bueno o malo, sino que sacaba lo que cada uno lleva dentro, dándole alas.

En el caso de su madre, no era el dinero, sino la libertad: la había despojado de cualquier filtro moral, como si se supiera invisible. Del mismo modo que una cámara graba a las personas lo que hacen cuando saben de no están siendo observadas.

—¿Qué quieres decir con que te quedarás muerta? —preguntó Rebecca sin entender la paradoja que le estaba planteando su madre.

Vivianne se relamió, como valorando si contarlo o no.

—Merezco que me expliques lo que está pasando —insistió Rebecca.

—¡Está bien! —claudicó, y dejó pasar unos instantes para buscar las palabras—. He contratado una empresa americana. No puedo decirte el nombre, es confidencial. Ellos te contactan, no al revés. No tienen web ni contactos ni redes sociales. Nada.

—Sigo sin entender. Me da igual cómo los has contratado. ¿Qué hace esa empresa?

—Te hacen desaparecer. Cuesta una cantidad de dinero importante, pero te dan una identidad nueva, una vida nueva y una casita en un resort en un paraíso tropical que está lleno de multimillonarios que, oficialmente, han muerto. Ni impuestos ni tasas ni comidas con plebeyos. Solo la élite de la élite.

Rebecca demostraba sin esconderlo una mezcla de asombro y repulsión por todo lo que estaba escuchando. Por un instante, pensó que ya no tenía miedo de sufrir el «fallo» genético, eso habría sido lo de menos, lo que más la asustaba era convertirse en su madre y volverse loca, loca de verdad.

—¿En serio has montado todo esto para no pagar impuestos?

—No lo digas como si fuera un crimen, Ribby. Nos exprimen, mantenemos a la monarquía… ¡Por favor, despierta! No pienso seguir atada a esta casa, a parientes, clientes o teatros sociales.

—Podrías haberte ido sin montar este espectáculo grotesco.

Vivianne sonrió con autosatisfacción.

—Había que hacerlo bien. Y estoy muy satisfecha de cómo lo has hecho, porque lo has realizado a la perfección. ¡Muy satisfecha! Lo que sí tendrás que hacer ahora es mandarme dinero cuando te lo pida y listo. Solo esto. Confío en ti. Piénsalo bien, te dejo todo, si no confiara en ti de forma incondicional, no lo haría. Además, tenemos un secretito que nos unirá para siempre —dijo, dejando caer aquella deuda moral que cortaba como un cuchillo.

Rebecca tragó saliva. El recuerdo la atravesó como un golpe frío.

—¿Y según tus normas, cuándo tendría derecho a visitarte en tu paraíso fiscal? —preguntó Rebecca, cansada de tanta insensatez.

—Bueno, hay ciertas reglas y protocolos, pero creo que una vez al año, cuando la empresa lo autorice… sí, sí podrás venir.

Rebecca asintió despacio, sin decidir si le divertía o le repelía lo que acababa de oír. No valía la pena seguir escarbando en la fantasía de su madre; cada palabra añadía otra capa de surrealismo que no tenía paciencia ni energía para asimilar. Bostezó y echó un vistazo al reloj: las tres y media pasadas. El cansancio le nublaba la vista.

—Me voy a dormir, mamá.

—Espera —dijo Vivianne, inclinándose hacia delante—. Antes de que te vayas tengo que contarte lo que harás mañana mismo.

—¿Mañana? ¡Ya es mañana! Son casi las cuatro.

—¡No! Escúchame bien —la interrumpió Vivianne con un tono que no admitía réplica—. Mañana a las siete menos cuarto tienes que entrar en mi despacho. —Empujó una llave sobre el plano azul de la casa—. Coge el frasco de escopolamina del cajón, el mismo con el que Nikos me estaba envenenando. Luego, cierras el despacho con dos giros de llave y bajas a la cocina. Hugh estará preparando el café con leche de soja que Nikos se lleva cada mañana al gimnasio. Lo hace siempre en el mismo termo que le compré en un Starbucks de Milán. Echa todo lo que quede en el frasco en el termo. Le vamos a pagar con la misma moneda que me quería cobrar a mí.

»Después, esperas a que salga y le preguntas cuánto tiempo se piensa quedar en tu casa. Te dirá que una semana, ya verás. Entonces le pides si te puede hacer un favor y dejarte en el cementerio. Le dices que el Land Rover no arranca, que así le viene de paso para ir al gimnasio de Henley.

—¿No es raro ir al cementerio a las siete de la mañana?

—No lo preguntará. Es demasiado simple. —Vivianne sonrió con frialdad —. En el camino, ya estará mareado. Si no, improvisas: lloras, discutes, lo que sea para que se duerma al volante. Cuando esté grogui, me llamas a este número —dijo, y deslizó una tarjeta escrita a lápiz.

Rebecca la miró, había solo un número. La forma en que estaba escrito, a lápiz, le recordó al que le había dado Howard con el nombre de George Miller.

—Me llamas en cuanto esté grogui, ¿has entendido? Entonces iremos.

—¿Iremos? ¿Tú y quién más?

La madre suspiró.

—Un chico que se parece a Nikos: guapo, alto, moreno, elegante. Sabe que tiene que coger el Maserati, dejarlo en el gimnasio, entrar con su acreditación y salir por la puerta de atrás, sin dejar rastro. Y punto. Luego, cogeremos el cuerpo de Nikos, lo meteremos en mi ataúd y lo encerraremos allá donde quiso enviarme a mí desde un principio. Le daremos la misma suerte que quiso darme a mí —acabó con una sonrisa vengativa.

—Yo no puedo levantar el cuerpo de Nikos, ni tú tampoco, ¿cómo piensas que lo haremos?

La madre levantó las cejas.

—Ferdinand. Mi fiel mayordomo nos ayudará.

Esa información le dolió a Rebecca más de lo que imaginaba. En los últimos días, había llegado a creer que el viejo mayordomo la apreciaba de verdad.

—Ahora entiendo que en el testamento haya una casa para él de forma vitalicia…

—Tiene más fuerza de la que aparenta —dijo con una media sonrisa—. Y sí, él me ayudó con Callum. Lo enterramos en el nicho de tu abuelo…, un lugar perfecto. Nadie va a abrirlo jamás y mucho menos van a preguntarse por qué el ataúd pesa más de lo que debería.

Rebecca sintió un escalofrío recorrerle la espalda al escuchar su tono orgulloso. La imagen de la tumba de su abuelo, siempre pulcra y cubierta de flores frescas, se deformó en su mente hasta volverse algo siniestro. Aquello no era un acto de supervivencia: era cálculo frío. Miró a su madre y supo, con total certeza, que Vivianne era un monstruo.

Bajó la mirada a la llave y la cogió.

—Está bien… —murmuró, fingiendo que lo tenía claro.

La sonrisa de Vivianne fue instantánea, como la de una actriz que recibe el aplauso antes de tiempo.

Rebecca no añadió nada. Sabía que discutir sería inútil.

Se levantó, cogiendo la tarjeta con el número escrito a lápiz y se obligó a mirarla como si de verdad planease usarla.

—Mañana, entonces —dijo, intentando sonar obediente.

Vivianne asintió satisfecha.

Rebecca salió de la habitación con la llave en la mano y la incertidumbre de no saber cómo iba a escapar indemne de aquello.

41

Tan solo habían pasado pocos días desde el funeral de Vivianne y las cosas habían cambiado mucho.

Después de perseguir la verdad fuera de su casa, resultó que al otro lado de una puerta camuflada que se abría con una llave gótica, estaba la respuesta. Su madre nunca había muerto.

Rebecca se despertó con dolor de cabeza. Las pocas horas de sueño y la revelación que había tenido la noche anterior provocaron que su cabeza estuviera a punto de explotar.

De la noche a la mañana, se encontró en un papel que jamás habría imaginado: cómplice, al menos en apariencia, de un asesinato que su madre quería cometer. El miedo y la rabia se entremezclaban como dos venenos diferentes en su estómago. No entendía cómo había permitido que la arrastraran hasta ese punto, ni cómo la situación había pasado a estar tan completamente fuera de su control.

Era verdad que Nikos nunca le había inspirado mucha confianza, siempre había pensado que era un cazafortunas y un gigoló. Pero tampoco se había portado mal con ella directamente. Se sentía entre la espada y la pared y aún no había encontrado una solución a su dilema, así que decidió seguir el plan de su madre mientras se le ocurría otra forma de resolverlo. La idea era ganar tiempo, no convertirse en asesina.

Entró en el despacho y encontró el bote de pastillas donde lo vio la última vez.

Escopolamina.

Quedaba un poco menos de la mitad del frasco.

Se lo guardó en el pantalón y cerró el despacho con dos vueltas siguiendo las indicaciones de su madre.

Bajó a la cocina.

—¿Vas a desayunar, princesa? —preguntó Claire.

Las dos mujeres se abrazaron.

—No, voy a salir ahora mismo. Gracias de todos modos.

—Come, Rebecca, estás en los huesos —aconsejó, y siguió con sus cosas.

Todo el mundo se lo decía, pero esa mañana tenía el estómago tan cerrado que no le habría entrado ni un sorbo de té.

Tal y como había indicado su madre, Hugh estaba preparando los cafés y un termo bien grande.

—Buenos días, Hugh —dijo ella, y el cocinero se dio la vuelta.

—Señorita —saludó con una ligera reverencia.

—¿Sería posible un *cappuccino* para mí también?

El hombre asintió y se puso a prepararlo enseguida.

—No, acaba lo que estás haciendo, por favor.

Hugh repitió la reverencia y, mientras calentaba la leche para el termo, ella aprovechó para comprobar por el rabillo del ojo que nadie la observaba. Sacó el frasco de escopolamina del pantalón y lo vertió todo en el termo de Nikos.

Hugh giró la cabeza justo en ese instante. Ella, sin perder la compostura, le mostró el termo como si nada.

—Caray, tengo que hacerme con uno de estos…

El hombre sonrió, asintiendo mientras vertía la leche caliente sobre el café. Rebecca no se tranquilizó; esperaba que el calor ayudara a disolver las pastillas. Hugh cerró el termo con un giro firme y lo dejó a un lado antes de comenzar a espumar leche para el *cappuccino*.

En ese momento entró Claire con paso rápido.

—Hugh, ¿está el termo del señor Drakos?

—Todo listo —respondió él, señalando el termo.

Claire lo cogió sin más y se lo llevó.

—Déjalo, Hugh, gracias —se apresuró a decir Rebecca, intentando sonar casual.

—No, señorita, se lo preparo enseguida.

—No tengo tiempo. Será para mañana —improvisó Rebecca, y salió detrás de Claire.

Nikos, sin dar las gracias a la mujer del servicio, agarró el termo y se apresuró a salir. Llevaba un chándal y una bolsa de entrenamiento, pero su actitud no era la de siempre: caminaba con la cabeza agachada, centrado en sus pensamientos y dando grandes zancadas.

Le costó alcanzarlo.

—¡Nikos! —llamó ella para detenerlo.

Él se giró, la miró y siguió hacia la salida.

—Te estoy hablando, Nikos.

—Estarás contenta —gruñó.

—Nikos, por favor, espérame. ¿Me puedes hacer un favor?

El hombre, sorprendido por la petición, se detuvo.

—¿Yo? ¿Un favor a ti, que lo tienes todo? —ironizó, indicando el techo por encima de ella—. Tu familia me ha dejado sin nada y, encima, ¿me pides favores?

—¿Me puedes dejar en el cementerio? Te viene de paso para ir al gimnasio, ¿verdad? —dijo, ignorando el exabrupto del griego.

Nikos la miró por unos instantes. A Rebecca le dio la sensación de que la estaba estudiando, tanto a ella como a la situación.

—¿Por qué no coges tu Land Rover? —preguntó, y dio un buen trago al termo.

Ella contuvo el aliento al notar que su boca dibujaba una mueca al probar el líquido.

—Si mi Land Rover no se hubiese quedado sin batería, no te lo pediría —contestó con la respuesta preparada.

Él asintió.

—De acuerdo, te dejo allí, pero con una condición…

—¿Cuál? —respondió, expectante.

—Que pueda quedarme una semana más en la mansión. Necesito… reorganizar mi vida —confesó sin disimular la rabia y la frustración que aún anidaban dentro de él.

—Por supuesto, Nikos. No hay ningún problema con eso —contestó con amabilidad.

Él hizo un gesto breve con la cabeza y siguió hacia su coche.

Abrió el Maserati y dejó la bolsa en el maletero.

Rebecca se acomodó en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón. Ignoraba cuánto tiempo tardaría en hacer efecto el medicamento o si siquiera lo haría en el corto trayecto hasta el cementerio. Se arrepintió de haberlo hecho, pero no encontró alternativa con tan poco tiempo.

Nikos apretó el botón del encendido y el motor italiano arrancó.

Salieron del recinto de la mansión y se fueron directos al pueblo.

Mantuvieron un silencio tenso e incómodo durante un par de minutos hasta que él le preguntó:

—¿No es un poco pronto para ir al cementerio?

Ella lo miró.

—Me gusta ir temprano —mintió—. ¿No me preguntas cómo va la búsqueda del cuerpo?

Él chasqueó la lengua.

—A estas alturas de la película, me da igual, esa mujer me hizo la vida imposible y me ha dejado sin nada.

Ella no quiso entrar al trapo y la vista cayó en el termo.

—Es muy bonito, no te lo había visto nunca.

Nikos apartó un segundo la mirada de la carretera y cogió el termo. Antes de dar otro trago a su café, le contestó.

—Es como un amuleto. Lo compré hace muchos años en Milán cuando trabajaba en el despacho.

—Por eso está tan gastado.

—Sí, exacto.

—Pensaba que te lo había regalado mi madre —comentó con el ceño fruncido.

—¿Tu madre? Menuda bobada —dijo, riendo sin humor—. Esto lo tenía mucho antes de conocerla.

Ella se giró hacia la ventanilla, intentando asimilarlo.

—Quizá me equivoco, creo que me lo dijo ella, que te lo había regalado durante un viaje que hicisteis a Milán juntos.

—Sí, fuimos un fin de semana a Milán, pero esto ya lo tenía de antes —aseguró, mosqueado—. Era una manipuladora. Siempre lo fue, pero lo vi demasiado tarde.

—¿Manipuladora?

—Sí, Rebecca, despierta. Tu madre era una víbora. Todo lo que decía y hacía era una tergiversación de la realidad.

—¿Por qué me dices todo esto ahora?

Él dejó de nuevo de mirar la carretera. En su mirada, Rebecca vio cólera, ira e indignación.

—Me pidió que fuera a vivir a vuestra casa. Que dejara mi piso en Milán, y mi trabajo, y mi vida. Que lo dejara todo por ella. Que estaba locamente enamorada de mí. Que nunca había conocido a un hombre como yo.

—Siempre pensé que eras tú quien quería venir a vivir a la mansión, que estabas enamorado y que querías casarte con mi madre —replicó, estupefacta.

El griego resopló.

—Menuda patraña. Eso es lo que tu madre ha vendido de mí a mis espaldas. Me fui enterando después.

—¿Y Katerina? —preguntó con un hilo de voz, empezando a encajar todas las piezas en su lugar.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No es tu amante?

—¡Amante! ¿Amante? Pero si esa chiquilla es la única persona sana de ese lugar. La única con la que puedo hablar sin sentir que me juzgan o que me toman por un muñeco sin cerebro. Además, tiene un novio en Atenas con el que espera casarse —bufó—. Tu madre la contrató para tentarme, por si, en las semanas sin sexo a las que me sometía, la engañaba y así me tenía más pillado por los huevos.

Volvió a coger el termo del salpicadero con un gesto brusco, pero antes de llevárselo a los labios, Rebecca le dio un manotazo y el café se derramó por todas partes, ensuciando la tapicería y al propio Nikos.

—¿Pero qué demonios haces? —gritó Nikos, dando un frenazo.

Ella le sostuvo la mirada, muda, como si no pudiera articular palabra, con la vista fija en los trocitos de pastillas sin disolver que brillaban como cristales húmedos sobre el cuero.

Nikos cogió uno de esos fragmentos con la yema de los dedos, lo frotó hasta deshacerlo y, para sorpresa de Rebecca, no dijo nada. En lugar de eso, asintió muy despacio, como si acabara de comprender algo.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. No era cálida. Era la clase de sonrisa que no sabes si precede a un pacto silencioso… o a una amenaza.

Rebecca sintió un escalofrío. En ese momento, su móvil sonó con un mensaje entrante: «¿Cómo va el plan?».

42

Rebecca llevaba un buen rato esperando a su madre en el frío mausoleo familiar; lo suficiente para rebobinar todo lo que el griego le había dicho.

Pensó en el termo. Una pequeñez, un detalle sin importancia. Pero como decía su padre: «El diablo está en los detalles». Su madre le dijo que se lo había regalado ella y él reveló que lo había comprado cuando vivía en Milán.

Recordó a la joven y guapa Katerina, contratada por su madre, según la versión de Nikos, para que fuera una presa fácil para las sequías sexuales a las que lo sometía Vivianne. Su versión se reforzaba por lo que ella misma vio aquella noche en la que los pilló hablando en el pasillo. No se comportaron como amantes, sino como amigos.

Dirigió la vista hacia el otro lado del mausoleo, donde el griego dormía con la cabeza torcida.

Él le había confesado que nunca quiso vivir en una remota aldea de la campiña inglesa. A pesar de que era un lugar de postal, prefería el bullicio de Milán y su vida anterior. Pero, de alguna manera, su madre lo convenció y como recompensa solo había recibido un coche de lujo que ahora debía vender.

La puerta del mausoleo se abrió y apareció la madre. Acalorada visiblemente y sudada, miró a la hija.

—¿Y Nikos? —preguntó, y, al mismo tiempo que formulaba la pregunta, se dio cuenta de que el griego estaba justo ahí, dormido—. ¿Por qué me has dicho que el plan había salido mal? Hemos perdido mucho tiempo. El actor tenía que ir a la siete y media al gimnasio, ahora hay más tráfico, más gente. Esto se está complicando. ¿Por qué?

—Quería hablar contigo.

Necesitó pensar varias veces la respuesta de la hija para entenderla.

—¿Qué? Tengo que llamar a George —dijo, y sacó el móvil.

Rebecca se levantó despacio y se acercó a la madre. A través del auricular del teléfono de prepago, se escuchó un tono.

Ella alargó la mano y se lo quitó. Apretó el botón rojo y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón.

—Supongo que te refieres a George Miller. El que te sacó del ataúd cuando estabas en el coche fúnebre.

La madre arrugó las cejas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—El señor Howard me dio su número. No fue difícil imaginar el resto. El forense también estaba compinchado, ¿verdad? ¿Fue él quien te dio la escopolamina para que aparentases no tener pulso?

La madre no replicó.

—Devuélveme el teléfono, Ribby.

—No me llames así, lo odio.

—Está bien, Rebecca, dame el teléfono.

—No. Quiero que seas sincera.

La madre bufó y sacudió la cabeza.

—¿Perdona? Yo siempre he sido sincera contigo. ¿Qué te crees?

—Que ya dudo de todo, mamá.

—Dame el móvil.

—¿Por qué contrataste a Katerina?

—Es la amante de Nikos, me obligó él.

—Mamá, te doy otra oportunidad, por favor, dime la verdad. ¿Por qué contrataste a Katerina?

—Te lo juro, Rebecca, ¿cómo te lo tengo que decir?

—Eso es lo que querías que creyera. Lo que pasa es que tú la contrataste para tenerlo aún más controlado. Le negabas sexo con la esperanza de que se acostara con la sirvienta de su misma nacionalidad, ¿verdad? ¿Por qué?

—¡El móvil!

—Contéstame —exigió con firmeza.

—Rebecca Blackmoor, dame el móvil o te lo quitaré de las manos yo misma.

—Te lo daré cuando me digas por qué has hecho todo esto. Nikos no se lo merece. —Rebecca sacó el móvil y se lo enseñó como si fuera el premio de la verdad—. Confiesa, ¿contrataste tú a Katerina?

Vivianne negó.

—No pareces mi hija…

—¡Mamá!

—¡Sí, por Dios, claro que lo hice yo!

La afirmación fue un latigazo para Rebecca. Miraba a su madre con estupor e incredulidad. Se quedó unos instantes con la boca abierta y cuando su madre se acercó a coger el móvil, lo guardó de nuevo en el pantalón.

—También te confieso que lo abordé yo en la piscina del crucero. Compré el mismo libro que leía. Era guapo y joven, elegante, salía de una relación difícil y necesitaba compañía; parecía el típico cazafortunas. Pero lo mejor de todo es que era tonto —dijo, y Rebecca la miró como si fuera una completa desconocida—. Sí, era tonto, Rebecca.

—Me da igual lo que pienses de él, si era tonto o lo que fuera, no te voy a permitir que mates a Nikos. No te ha hecho nada.

La madre levantó los brazos y la mirada hacia el techo del mausoleo.

—¿Te estás escuchado, Rebecca? No sabes nada de la vida. ¿Con cuántos novios has estado? —preguntó, y rectificó enseguida—. Quiero decir, con cuántos de ellos de verdad has estado, con cuántos te has acostado.

—¿Qué tiene eso que ver? —replicó, molesta y avergonzada.

—Solo con Elijah, ¿verdad? Rebecca, despierta. Tienes veintisiete años y no sabes cómo va esto de la vida, no sabes nada de los hombres, ¿es que no lo ves? Son todos unos inútiles. Son todos unos guarros que solo quieren sexo y procrear, y ver quién la tiene más larga.

—Puede que no sepa mucho de la vida, pero tú no pareces mi madre y creo que Nikos no es como lo describes —afirmó, convencida, y negó despacio antes de seguir—. No creo que debas matarlo.

—¡Todos los hombres son unos inútiles! —gritó.

—¿Todos? ¿Cómo que todos? No puedes generalizar así. Es como decir que todas las mujeres son… unas… —No encontraba la palabra exacta.

—Tienes mucho que aprender —dijo con una sonrisa condescendiente.

—No puedes pensar que todos los hombres son unos inútiles —insistió—. Elijah, no lo es; Nikos no lo es; papá no lo era.

Al escuchar esas últimas palabras, Vivianne rio con verdadera diversión. Rebecca se preguntó quién era esa mujer y cómo era posible que nunca la hubiera visto de verdad. Dio un paso hacia atrás, impresionada por la maldad que rezumaba.

—Tu padre… tu padre era otro flojo e inútil. Todo su patrimonio fue heredado, él nunca consiguió nada en la vida.

—No hables así de mi padre —murmuró, dolida.

—¿Qué vas a saber tú, que eras la niña bonita de sus ojos? Tú no veías nada porque nunca te importó ver las cosas tal y como eran. Tu padre te mimaba y te malcrió. Así saliste…

Rebecca apretó los labios y sintió que se le humedecían los ojos. Inspiró hondo.

—¿Malcriada? ¿Eso piensas? —preguntó, y la voz se le quebró en un arranque de rabia contenida—. Me pasé toda mi infancia esperando que me miraras como él lo hacía. Tú estabas demasiado ocupada en tus fiestas, en tus viajes, en tus «amistades importantes». ¿Sabes lo que significaba para mí que él viniera a leerme un cuento cuando tú ni siquiera te despedías antes de salir? Yo no era malcriada, mamá, yo era una niña sola que solo buscaba tu aprobación.

Vivianne frunció el ceño, pero Rebecca siguió, sin darle respiro:

—De adolescente, cuando todas mis amigas iban al cine con sus madres, yo me quedaba en casa, escuchando cómo discutíais porque él quería que cenáramos juntos y tú no soportabas quedarte una noche sin tu dichosa vida social. ¿Malcriada? Me refugié en él porque era el único que me hacía sentir que importaba.

Hizo una pausa y un temblor le recorrió las manos.

—Me fui a Londres para escapar de esa maldita noche en el granero. ¿Quién no lo hubiera hecho? No soy débil —reconoció por primera vez en su vida—. Escapé de aquí para dejar de ser la hija invisible, para dejar de ser la niña que nunca sería suficiente para su propia madre.

Vivianne fue a replicar, pero Rebecca la interrumpió con un gesto brusco, apuntándola con el dedo lleno de rabia.

—Y no te permito que hables mal de mi padre. Él fue lo único que tuve, lo único que me hizo sentir segura en esta casa. Su muerte fue lo más doloroso de mi vida, una herida que todavía llevo en el corazón y que jamás sanará.

Al pronunciar esas palabras, algo se quebró dentro de ella. Recordó la conversación con el doctor Briggs cuando fue a preguntarle sobre la supuesta catalepsia de su madre y cómo le dijo que su infarto había sido una sorpresa. Igual que cuando murió su padre. Un infarto repentino e inexplicable.

El corazón le dio un vuelco. Las piezas comenzaron a encajar en un puzle aterrador.

A Rebecca se le congeló la sangre y dejó de sentir el frío del mausoleo. Sus ojos buscaron la lápida de su padre. Un ataque al corazón un día cualquiera mientras volvía de montar en bicicleta, sentado en un banco y… bebiendo de su cantimplora.

Bebiendo de su cantimplora.

Como Nikos con el termo, el patrón se repetía.

Un flojo, un inútil. Todos los hombres lo eran.

Rebecca sacudió la cabeza y miró a su madre con los ojos anegados de lágrimas.

—Papá no…

Vivianne sonrió.

—Por favor, no, dime que no…

—No, ¿qué? Dilo —se encaró llena de soberbia.

Rebecca se negaba a decir esas palabras. De formular la peor pregunta que jamás hubiera querido pronunciar.

No, no podía, no quería hacerla.

—¡Dilo, dilo!

Entonces se armó de valor y de rabia, e hizo la pregunta que le quemaba por dentro.

43

—¿Mataste tú a papá? —preguntó Rebecca con la voz rota, como si al pronunciarlo algo dentro de ella se quebrara.

Vivianne sonrió con esa mueca maléfica que ya no parecía de un ser humano.

—Te lo he dicho, querida, era un hombre como todos: un flojo y un inútil. Como Nikos, como Callum… Aquella noche en el granero demostraste algo de agallas. Ha sido la única vez que me he sentido orgullosa de ti —escupió.

Rebecca gritó, un grito ahogado que mezclaba rabia y desgarro. Se agachó en el suelo, rodeándose las piernas con los brazos, como si así pudiera contener el dolor que la desbordaba. Nunca había sentido tanto odio hacia su madre. Nunca había sentido tanto amor perdido por su padre.

«Lo único limpio y bueno de mi vida me lo arrebataste tú», pensó, y las lágrimas le nublaron la vista.

El móvil le sobresalía del bolsillo. Vivianne lo vio y se lo arrancó con violencia. Rebecca no opuso resistencia: estaba demasiado rota por dentro. Había recibido la mayor lección de falsedad de su vida.

¿Cómo podía ser que, en todos esos años, no hubiera descubierto cómo era realmente su madre?

—George, ven al cementerio, tienes que coger el Maserati y llevarlo al gimnasio, tal y como habíamos quedado. Pero tenemos un contratiempo, un cambio de planes —ordenó por teléfono, y se detuvo un segundo para escuchar lo que decía el otro hombre—. Lo sé, lo siento, pero hay que arriesgarse. Tendrás que venir luego al cementerio. Aún no he conseguido meter a Nikos en mi ataúd —dijo, y calló—. Lo sé, pero mi hija es como su padre: una inútil. Tendrás que ayudarme tú —afirmó, y hubo otro silencio—. ¿Que cómo está Nikos? Pues durmiendo, ¿cómo va estar?

Vivianne se giró… y se topó con Nikos de pie, delante de ella. No dormía. Nunca había estado drogado. Había fingido todo ese tiempo, esperando oír la confesión que Rebecca acababa de arrancarle.

—George, creo que… —A Vivianne no le dio tiempo de acabar la frase.

No tuvo tiempo de terminar. Nikos, que jamás en su vida había levantado la mano contra una mujer, sintió que aquello no era una mujer, sino un monstruo que los había destrozado a todos. Con una fuerza que ni él esperaba, le asestó un puñetazo brutal en la cara. El golpe le aplastó la nariz y Vivianne cayó de espaldas, ensangrentada, soltando el móvil.

Rebecca quedó paralizada. La voz de George seguía sonando por el altavoz:

—Vivianne, ¿Vivianne? Contesta. ¿Qué tengo que hacer?

Nikos cogió el aparato y colgó sin dudar. Luego, se volvió hacia Rebecca, respirando con dificultad.

—¿Cómo estás?

Ella lo miró sin saber qué contestar. La garganta le ardía de tanto contener el llanto.

—¿Y tú?

Nikos desvió la vista un instante hacia el cuerpo inerte de Vivianne. Después, la miró a los ojos, serio:

—Estoy bien. Tenía que oírla, escuchar la verdad de su boca.

Rebecca bajó la mirada hacia su madre, que no se movía del suelo. Su rostro estaba ensangrentado y desfigurado.

—¿Cuánto tiempo decías que una persona puede vivir en un ataúd? —preguntó Nikos, ladeando la cabeza y mirándola con curiosidad.

—Unas cuatro horas —contestó Rebecca sin entender la pregunta—. ¿Por qué…?

Nikos elevó las cejas ligeramente y señaló a Vivianne con la barbilla sin decir nada. Cuando Rebecca comprendió lo que pretendía hacer, se mordió los labios. El recuerdo de su padre, de su bondad y de su ausencia, la desgarraba por dentro. Apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en la piel.

—Técnicamente, no estaríamos matando a nadie porque tu madre, oficialmente, ya está muerta. Así que nadie la buscará. Y si la encuentran,

estará donde tiene que estar, en su ataúd y muerta. No nos pueden acusar de algo que no podríamos haber hecho, ¿no te parece?

—Por ti, papá —susurró casi sin voz. Se giró hacia Nikos y continuó—. Se llevará un buen susto cuando se despierte dentro del ataúd.

Nikos asintió.

—Sí, se llevará un susto de muerte.

EPÍLOGO

Cuando Elijah abrió la puerta, no se esperaba que fuera la policía: un hombre con una cazadora de piel, vaqueros y una placa en la mano.

—Policía de homicidios, soy el inspector Blacht. ¿Está en casa la señorita Blackmoor?

Elijah asintió y lo hizo pasar.

—Sí, claro… Pase.

El inspector caminó hasta la sala de estar. Desde una enorme ventana que daba al Támesis, se veía el London Eye y el Big Ben en la lejanía. Una joya de apartamento justo delante del río. Muebles caros, sofás de importación y cuadros minimalistas; se respiraba abundancia y buena vida, esa clase de orden que solo tienen los espacios demasiado calculados.

No tuvo que esperar mucho delante de esa ventana. Rebecca apareció poco después. Llevaba un jersey de cachemira rosa y unos vaqueros, el aire de alguien que no tiene nada que ocultar.

—¿Sí? —preguntó Rebecca.

El hombre se dio la vuelta.

—Señorita Blackmoor, buenas tardes —dijo, y señaló la ventana—. Bonitas vistas.

—Gracias. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Conocen a un señor llamado Callum Redford?

Rebecca se giró hacia Elijah y los dos intercambiaron una mirada.

—Sí, lo conocemos. Era un chico del pueblo. Desapareció sin dejar rastro hace un tiempo.

—Desapareció —repitió el inspector— la misma noche del concierto en el *pub* de Hambleden. Según algunos testigos, la siguió a usted.

Rebecca ladeó la cabeza, como si rebuscase en su memoria.

—Ya declaré en su momento. Lo vi hablando con John Ashford dentro del *pub*. Nada más.

—Ashford dice otra cosa —añadió el inspector con un deje inquisitivo.

Rebecca se echó hacia atrás en el sofá, serena.

—Inspector, la gente en Hambleden habla mucho. Pero los jóvenes ambiciosos se marchan del pueblo. Callum era así. No sería extraño que encontrara a una chica y se fuera sin despedirse.

Blacht entrecerró los ojos, apuntó algo en la libreta y cerró de golpe.

—De acuerdo. Gracias por su tiempo.

«Estoy segura de que nadie buscará un cadáver en la vieja tumba de mi abuelo —pensó—. Solo dos personas lo saben, una está a mi lado y la otra vive retirada en un casita con todos los lujos y comodidades dentro de mi propiedad».

El hombre se levantó y Elijah lo acompañó a la puerta. Cuando regresó al salón, Rebecca lo esperaba junto a la ventana. No dijo nada hasta que la puerta del edificio se cerró en la distancia.

—¿Ves? Todo bajo control —dijo ella.

Elijah la observó en silencio. Sabía perfectamente lo que había pasado con Callum, lo que había pasado con Vivianne, lo que había pasado con Nikos, que vivía en una pequeña isla griega alquilando bicicletas para turistas y disfrutando de la mitad de la herencia de Vivianne. Lo sabía todo desde hacía tiempo. Y, sin embargo, estaba allí, a su lado.

Se acercó y le rozó el brazo con suavidad.

Rebecca sonrió. Una sonrisa tranquila, segura, peligrosa. Volvió la vista al reflejo de la ventana. Por un instante, creyó ver la sombra de Vivianne en sus propios ojos.

Y no apartó la mirada.

No te pierdas esto…

Gracias por haber leído este libro.

Te agrecedería enormemente si pudieras dejar una reseña en Amazon. Te llevará pocos minutos, ayudará a otros lectores a elegir esta novela y hará que no se pierda entre todas las novedades.

Además, si es la primera vez que lees una de mis historias, te invito a continuar con la primera investigación del inspector Álex Cortés.

En las próximas páginas, encontrarás los primeros dos capítulos y el enlace para descargarte la historia completa **totalmente gratis.**

Sumérgete en mi **saga más exitosa**, protagonizada por el sargento Álex Cortés. Decenas de miles de lectores ya han disfrutado de sus investigaciones.

¡ADELANTO GRATIS! - Saga Álex Cortés

Comienza a leer gratis la saga del sargento Álex Cortés con:



A continuación puedes leer los primeros capítulos de la primera investigación

de Álex Cortés:
PRIMEROS CAPÍTULOS GRATIS

CAPÍTULO 1

Álex Cortés no estaba preparado para lo que estaba a punto de ver.

Necesitó respirar varias veces antes de seguir avanzando por el despacho. Su carrera como agente de la policía científica lo había llevado hasta esa habitación, pero de pronto sentía que la situación le iba grande.

Hacía relativamente poco que había llegado a la comisaría central de Barcelona como nuevo agente del grupo de investigación criminal. Para él, originario de Tarragona, aterrizar en la capital fue un gran logro. Se había sentido importante, pero solo hasta ese momento.

El estado del cadáver que tenía delante le estaba haciendo replantearse muchas cosas.

¿Qué clase de persona cometía semejantes atrocidades?

¿Por qué torturar así a un hombre?

Hasta entonces había pensado que eso solo sucedía en las películas.

Al parecer, la maldad era un virus más difundido de lo que Álex había pensado.

Se encontraba en una oficina poco iluminada. Tenía sofás rojos de terciopelo y espesas cortinas que atenuaban la luz. La vieja moqueta verde tenía algunas manchas. En el aire flotaba un aroma siniestro; una energía insana más propia de un cementerio.

En el pequeño escritorio había pocos documentos, ni siquiera un ordenador. Los flashes de las cámaras iluminaban el ambiente, que olía a muerte y a nidos de ácaros.

En las paredes colgaban cuadros baratos con imágenes explícitas: una decoración más propia de algún prostíbulo de Castelldefels o de la Junquera

que del barrio del Poble Sec.

Junto a Álex se encontraba otra agente, la oficial Karla Ramírez, de la misma promoción de la academia. Ella se detuvo también, mientras los dos intentaban asimilar lo que estaban viendo.

Un flash los alcanzó de pleno.

El compañero de la científica se dio cuenta de su presencia y bajó la réflex, dejando ver su cara.

—¿Qué narices hacéis aquí? —les espetó el hombre, autoritario—. ¿Pensáis que por ser de investigativa podéis hacer lo que queráis? ¡Fuera de aquí! Si queréis entrar, id a vestiros con los elementos de protección.

Los dos agentes sacudieron la cabeza, dándose cuenta de que habían entrado en la estancia sin bata, gorro, cubrezapatos, o mascarilla.

Retrocedieron y se vistieron con trajes blancos. A Álex le costó que todos sus rizos negros cupieran debajo del gorro. Cubrió con la bata su atuendo, que lo hacía parecer una estrella de rock más que un policía. Una vez listos, los dos agentes volvieron a entrar.

La víctima estaba en el centro de la estancia, mirando a la puerta y sentado en una silla. Tenía las manos atadas por detrás del asiento, impidiéndole moverse. La cabeza yacía sobre la barbilla. La sangre, que ya había dejado de gotear de la boca, había ensuciado su traje, caro pero mal conjuntado. Era negro, a rayas, combinado con una corbata oscura y camisa color vainilla.

Karla y Álex se acercaron al muerto. Seguía con los ojos abiertos, como si quisiera decir algo a su verdugo. Petrificado en el momento de su muerte.

Álex levantó la mirada: el despacho no disponía de cámaras, y el pasillo tampoco.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Karla.

Ella se arrodilló, colocándose a la altura del rostro del cadáver.

—Desde luego, querían que este hombre sufriera —contestó observando el rostro.

—En la academia no te enseñan cosas así…

—Supongo que nuestros compañeros del FBI tienen casos como este a diario —replicó ella.

Álex se alejó del cadáver y se acercó al compañero que estaba realizando las fotos. Le alargó la mano con timidez y el hombre bajó la cámara de fotos, le

miró a los ojos y se la estrechó.

—Mario, de científica.

—Álex, investigativa, grupo homicidios.

—¿Nuevo?

—No, llevo unos meses en la comisaría.

—Eso ya se ve, pero me refiero con cadáveres así —dijo mientras señalaba con la cabeza al muerto.

Álex enarcó las cejas en un gesto irónico.

—Ya veo —contestó Mario.

—¿Qué habéis descubierto?

—De momento poco. Nada de huellas aparentes, ni pisadas: el asesino ha sido pulcro. Os pasaremos el informe más tarde.

Álex asintió.

—¿El teléfono móvil?

—Estaba en un cajón del escritorio, lo llevaremos a informática forense —contestó Mario.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El conserje del edificio.

—¿Y dónde está ahora?

—En el hospital. Tuvieron que auxiliarle los del SAMUR porque al ver todo esto tuvo una crisis de ansiedad. Sigue en estado de shock.

—¿No puede haber sido él?

—No creo, aunque tampoco lo podemos descartar a priori. Pero eso es cosa vuestra. Suerte con esto, sabueso —concluyó Mario justo cuando alguien aparecía en la estancia.

—¿Qué? ¿Estamos de cháchara? —les espetó el recién llegado—. ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar! Venga, al curro.

En cuanto apareció el sargento Ortega, el ambiente en la escena del crimen se enrareció.

El sargento era el punto flaco del primer destino de Álex.

Lo vio entrar por el rabillo del ojo, sin dignarse a mirarle. Luciano Ortega era un hombre hecho a sí mismo, de la vieja escuela. Llegó de la benemérita cuando el cuerpo de los Mossos d'Esquadra absorbió varios agentes de otros cuerpos de policía.

Su reputación le precedía. En los vestuarios de la comisaría se vociferaba que había pasado por una época de alcoholismo que supuestamente había superado. Se decía que estuvo a punto de ser expulsado del cuerpo.

Vestía una camisa color gris claro con un botón abierto. Por debajo asomaba una camiseta originariamente blanca, que se había vuelto ya del mismo color que la camisa. La corbata, con un estampado floral, solo podía provenir de alguna tienda de ropa de segunda mano de *Els Encants.* La gabardina mostraba manchas y rozaduras y, en días de lluvia, le añadía un sombrero borsalino negro. De su boca siempre colgaba un pequeño caliqueño, que en la escena del crimen había tenido la delicadeza de apagar.

El sargento se detuvo en el umbral de la habitación.

—¿Usted también? ¡Póngase de blanco! —gritó Mario.

—Tranquilo, hombre, ¿no ves que me he quedado en la puerta?

—Da igual, puede contaminar la escena.

—Sigue con tus fotos, rata de laboratorio.

Mario apretó los dientes y, con mucho esfuerzo, siguió con la inspección ocular.

Ortega no era conocido por sus modales y todos esperaban, casi más que él mismo, que se jubilara y se fuera. Su poco compromiso con el cuerpo y su manera de trabajar le habían impedido avanzar en la jerarquía.

Álex observó la escena, a distancia, con expresión de desprecio.

—*Mare meva* —dijo el sargento sin vocalizar del todo, sujetando entre los labios el pequeño puro—. Le han cerrado la boca, ¿eh?

El comentario no le gustó a Álex: le pareció una falta de respeto hacia la víctima.

Pero el sargento, en cierto modo, tenía razón: el asesino le había cosido la boca a su víctima, literalmente. Una cuerda le pasaba del labio superior al inferior, como puntos de sutura. A ese empresario le habían cosido el hocico.

De los orificios, alargados por la fuerza de la mandíbula y de su desesperación por pedir auxilio, había salido sangre a borbotones.

Álex miró a su jefe con desdén.

—Tenemos que gestionar esto —dijo Ortega—. Abajo está la prensa y no pueden saber que es la segunda víctima que encontramos así.

CAPÍTULO 2

Cuando Álex y Karla llegaron a la escena del segundo crimen, los periodistas todavía no habían llegado. Pero las noticias en Barcelona volaban y, cuando había un muerto de por medio, se convertían en pólvora.

Ortega podía ser muchas cosas, pero tenía razón. Si trascendían detalles de lo que habían hallado en esa habitación, a las pocas horas, primero en las webs de noticias y al día siguiente en los periódicos, tendrían la noticia de que había un asesino en serie por las calles de Barcelona.

Y eso tenían que evitarlo a toda costa.

Karla seguía mirando con distancia la situación, pero su expresión era un volcán a punto de explotar.

—Esperamos el informe hoy mismo —dijo en voz alta el sargento, para que lo oyera el de la científica—. Oye, tú…

—¡Se llama Mario! —soltó Karla sin mirarle.

Ortega miró a su subordinada como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Lo sé —contestó—. ¿Crees que no lo sé, mocosa?

—¿Entonces por qué no le llama por su nombre? —replicó ella, sosteniéndole la mirada.

—Está bien, Karla —dijo Álex, interponiéndose físicamente entre los dos, con las manos en alto—. Estamos aquí por un asesinato y nada más. Mario nos lo enviará lo antes posible, ¿verdad?

Este afirmó con la cabeza sin decir nada.

—¿Qué nos quería decir de la prensa? —continuó Álex.

La expresión de Luciano Ortega mostraba el desprecio que sentía hacia Karla y Álex.

—Su señoría ha dictaminado el secreto de sumario. Por lo tanto… —dijo y concluyó acercándose el índice a la boca—. Ni se os ocurra decir nada.

Álex se giró hacia donde estaba Karla.

—Bien, yo creo que hemos acabado aquí —le dijo.

—Tenemos que ir a la comisaría, el subinspector Rexach quiere vernos. Quiere que analicemos los dos casos juntos —dijo Ortega. Después se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

—¿Te has vuelto loca? No hace ni seis meses que estamos aquí y nuestro jefe nos odia. Tu actitud desde luego no ayuda —dijo Álex a Karla.

—Ese engreído cree que nos puede tratar como títeres y es el primero que se pasa las normas por el forro.

—Shhh —dijo Álex, mirando hacia la puerta y dando a entender que Ortega aún podía oírlos.

—¿Y tú? Eres peor que él. Bajas la cabeza y te dejas insultar —dijo ella.

—¿Insultar? No, se llama mando.

Karla soltó una risa cínica.

—¿Mando? O… ¿mando a distancia?

Álex tragó saliva y declinó contestar.

Fue hacia Mario y le preguntó en cuánto tiempo tendría el informe. Este le contestó que las fotos se las podía mandar inmediatamente, pero que para el resto necesitaría casi todo el día.

Al despedirse de Mario, Álex sintió por primera vez una cierta afinidad con alguien del otro departamento de la comisaría, la científica. Mario tenía algo más, aunque aún no sabía qué era.

Al volver hacia la puerta pasó al lado del cadáver, que seguía allí, sentado como un espectador silencioso de su propia muerte y de los juegos de poder del cuerpo.

El cordel que juntaba sus labios no era la única anomalía de aquel cadáver ya endurecido: su frente mostraba una profanación, que podía haber sido un

mensaje. La piel de la frente había sido incisa con un objeto punzante, como un bolígrafo en una hoja en blanco:

AP98

¿Qué podía significar aquello?

¿Un mensaje cifrado?

¿Una firma?

Álex lo miró por última vez, arrugando las cejas. Si era una firma, ¿quién era AP98? ¿Un seudónimo, o unas iniciales?

Aunque aún no lo entendieran, aquello era una pista, y sin duda los acercaría al asesino.

Karla y Álex pasaron entre los periodistas sin decir palabra. Entraron en el coche y fueron hacia la comisaría. A Karla le gustaba conducir y prefería hacerlo ella.

Álex miraba los rótulos de las tiendas a través de las ventanillas, mojadas por la insistente lluvia invernal.

La cuerda y la incisión ocupaban los pensamientos de Álex. Ese asesinato era muy parecido al anterior.

¿Se encontraban frente a una serie de asesinatos? Y, si así era, ¿cuántos más vendrían?

Se dirigieron a la cita con el subinspector, en la que analizarían los detalles y similitudes entre las dos muertes. Esperaban que aquella reunión arrojase algo de luz sobre ese caso, el primero tan complejo para Álex Cortés.

¿Te ha gustado? TE REGALO EL LIBRO

Descubre “El Sastre del Diablo”, la primera entrega del inspector Alex Cortés.

DESCARGA AL LIBRO

Un nuevo caso sacude la ciudad de Barcelona.
Todo empieza con un cadáver quemado en un túnel, en una noche de primavera.

Álex Cortés no tardará en darse cuenta de que ese es solo el primero de una larga cadena de asesinatos.

Todos los cadáveres presentan las mismas marcas en las muñecas, lesiones similares y el mismo *modus operandi*. Es la firma del nuevo asesino de Barcelona.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este

código:



MIS OTRAS NOVELAS

Serie El Forense
RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora **Olivia Wolf,** realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.
Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.
El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey

Serie Álex Cortés
RESUMEN DE LA SERIE:

¿Cómo de peligroso puede ser abrir un paquete?

La serie de **Álex Cortés**, protagonizada por un sargento de la policía**, está ambientada en una Barcelona fría, lluviosa y peligrosa.**
Todo empezó con una furgoneta abandonada delante de una comisaría, llena de cadáveres. Paquetes con sorpresas, criptogramas que resolver y giros inesperados; el asesino del criptograma tiene a la ciudad condal en tensión y sumergida en el terror.
Junto a la explosiva inspectora Karla Ramírez realizan investigaciones al límite para resolver los complejos casos.

El Hedor de la Verdad **es un thriller policíaco que recorrerá los callejones más oscuros de Barcelona y de la miseria humana.**



El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto
Piscina de la Muerte

Serie Gildo Falcone
RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas.
Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica.
Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.
Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los motores. Acompañado por la sorprendente Rita De Angelis**,** resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.

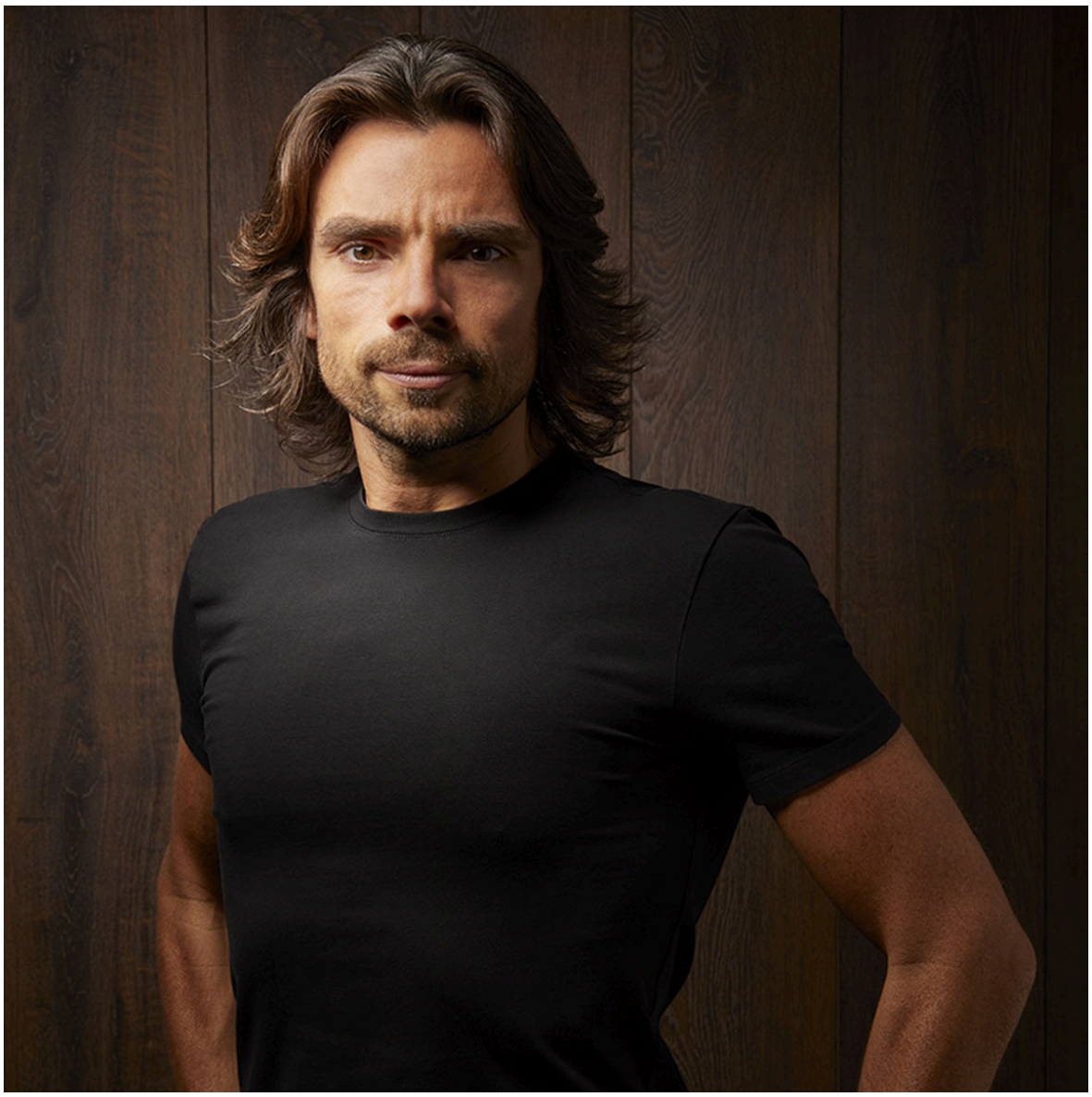


El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte

Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

También comparto con Pablo Poveda el Podcast LA COSA MEDITERRÁNEA, donde hablamos de escritura, de novelas y sobre todo de lo que hacemos cuando no escribimos.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Lista de obras:

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

El primer thriller psicológico de Riccardo Braccaioli.
Cuatro horas de oxígeno, un thriller psicológico que te dejará sin aliento.

Serie Álex Cortés
El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta
La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

[Asesinato en la Academia]



Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis

novedades cuando las publique:



Leer muestra ▶ Muestra

Sigue al autor

Riccardo Braccaioli — Seguir

habitantes de Barcelona. Paquetes misteriosos que llegan a la policía y desatan un macabro juego.

¿Cómo de peligroso puede ser abrir un paquete?

Un joven inspector se verá envuelto en una carrera contra reloj para detener a un **asesino perturbado y calculad** tratará de detener una macabra **cadena de homicidios** mientras se enfrenta a una sucesión de pistas falsas y calc

Cada paquete recibido desvelará una pieza del rompecabezas, acercando al agente cada vez más a la **trampa fina** que Barcelona es una ciudad hermética y que esconde facetas inimaginables.

Una novela negra policiaca que gira en torno a la obsesión por el protagonismo, el misterio que celan los homicidios, violentas y la soledad de una gran metrópolis.

El asesino empujará hasta el extremo el inspector que maldecirá haber aceptado el puesto en la comisaría de Bar

Leer más

Libro 1 de 13	Longitud de impresión	Idioma	Accesibilidad	Fecha d publicac
Inspector Álex Cortés Novela negra policíac...	**391 páginas**	**Español**	**Más información**	**2 mayo 2**

Ver todos los detalles

Informar de un problema con este producto

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Paola por ayudarme a mejorar tanto este libro.

Gracias a Marta por su contribución para hacer esta historia mejor.

Gracias a los consejos de Juanjo como lector beta con la última versión de esta historia.

A los miembros de Intriga Club por sus sugerencias como lectores beta de la primera versión:

Griselda
Beatriz
Silvia
Ana
Fabio
Claudia
Amparo

Al toque de magia que tiene Eva para afinar y para hacer que la historia sea redonda.